

CHINA MIÉVILLE

LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE NUEVA PARÍS



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE NUEVA PARÍS

China Miéville

Traducción de Silvia Schettin



Título original: *The Last Days of New Paris*

Traducción: Silvia Schettin

1.^a edición: febrero 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-638-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

A Rupa

Se oyen muchas reacciones al arte surrealista, pero la más patética viene de los que preguntan: «¿Qué se supone que tengo que ver y sentir con esto?» En otras palabras: «¿Qué dice papá de lo que puedo pensar y sentir con esto?»

GRACE PAILTHORPE
*Sobre la importancia
de la vida fantástica*

Capítulo uno

1950

Una calle a la luz de una farola. Más allá del muro de una ciudad desgarrada, los nazis estaban disparando.

Al otro lado de la barricada, y de una hilera de maniqués de sastre que se congregaban en un burdo e inmóvil cancán, Thibaut distinguía el caqui de los hombres de la Wehrmacht dispersándose, el gris de unos uniformes de gala, el negro de las SS, el azul de la Kriegsmarine, todo iluminado por las llamaradas de las armas. Algo se apresuró por la calle Paradis, serpenteando en un aullido de goma entre los cuerpos y las ruinas, directo hacia los alemanes.

¿Dos mujeres en un tándem? Venían muy rápido sobre las enormes ruedas.

Los soldados dispararon, recargaron y corrieron, porque el veloz vehículo no se apartó ni cayó bajo su arremetida. Se oyó un siseo de cadenas.

Solo iba montada una mujer, según divisó Thibaut. La otra era un torso que emergía de la propia bicicleta, su proa impulsora, un mascarón donde habrían de estar los manillares. Estaba extruida del metal. Llevaba los brazos extendidos hacia atrás, enroscados en los extremos como el coral. Tenía el cuello estirado y los ojos muy abiertos.

Thibaut tragó saliva y trató de hablar, lo intentó de nuevo y luego gritó: «¡Es la Vélo!»

Sus camaradas llegaron al instante. Se apretaron contra la enorme ventana y miraron fijamente hacia abajo, entre las sombras de la ciudad.

La *amateur* de los velocípedos. Daba bandazos por París sobre sus ruedas de gruesos radios mientras cantaba una canción sin palabras. *Dios mío*, pensó Thibaut, porque una mujer estaba conduciéndola y eso no tendría que estar pasando en absoluto. Pero allí estaba, sujetando la muñeca de la Vélo con una mano, tirando con la otra del cuero atado con fuerza alrededor del cuello de la

ciclocentauro.

La Vélo se movía más rápido que cualquier coche o caballo, que cualquier demonio que Thibaut hubiese visto hasta ahora, meciéndose entre las fachadas, esquivando balas. Atravesó al último de los hombres y la hilera de estatuillas que habían dispuesto. Levantó la rueda delantera y chocó contra la barricada, subió por encima de los metros de plástico, piedra, hueso, madera y mortero que bloqueaban la calle.

Se elevó. Se proyectó en el aire por encima de los soldados, dibujó un arco, pareció detenerse, y cayó al final a través de la frontera invisible entre el noveno y el décimo distrito. Aterrizó con fuerza en el lado surrealista de la calle.

La Vélo rebotó y giró sobre las ruedas, patinó de lado. Se detuvo, alzó la mirada hacia la ventana del escondite de los Main à plume y la fijó directamente en los ojos de Thibaut.

Él fue el primero en salir de la habitación y bajar por los escalones astillados, pero en la puerta estuvo a punto de caerse en la calle anochecida. El corazón le dio un vuelco.

La pasajera estaba tirada sobre los adoquines donde su montura la había derribado. La Vélo estaba encabritada por encima de ella sobre su rueda trasera como un caballo de batalla. La mujer se balanceó a un lado.

Miró a Thibaut con ojos sin pupilas del mismo color que su piel. La manifi flexionó sus gruesos brazos, los estiró para romper la cuerda que tenía alrededor del cuello y la dejó caer. La ciclocentauro se meció en el viento.

El rifle de Thibaut le colgaba en las manos. Por el rabillo del ojo vio a Élise lanzar una granada por encima de la barricada, no fuera que los alemanes se estuviesen reagrupando. La explosión hizo que el suelo y la barrera temblaran, pero Thibaut no se movió.

La Vélo se dejó caer hacia delante, de nuevo sobre las dos ruedas. Aceleró en su dirección, pero Thibaut se obligó a no apartarse. Ella se abalanzó hacia él y sus ruedas sonaron como una fresadora. La adrenalina se apoderó de él con la certeza del impacto, hasta que, en el último momento, que pasó demasiado rápido como para ver algo, ella se inclinó a un lado y le pasó tan cerca que la ráfaga de aire a su paso tiró de las ropas de Thibaut.

Con el zumbido de las ruedas, la bicipresencia serpenteó entre los edificios

derruidos de la Cité de Trévis, se adentró entre las ruinas y las sombras, y se perdió de vista.

Thibaut exhaló por fin. Cuando pudo controlar sus temblores se volvió hacia la pasajera. Fue hasta donde estaba tirada.

Se estaba muriendo. Había sido ametrallada por el fuego alemán al que la Vélo había hecho caso omiso. Por alguna esquiva presencia en aquella poderosa intersección de calles, todos los agujeros de su piel estaban secos y fruncidos, pero la sangre caía de su boca como si insistiese en buscar una salida. Tosió y trató de hablar.

—¿Lo has visto? —exclamó más que preguntó Élise. Thibaut se arrodilló y puso la mano en la frente de la mujer derribada. Los partisanos se reunieron alrededor—. ¡Estaba montando la Vélo! —añadió—. ¿Qué significa eso? ¿Cómo narices la ha podido controlar?

—No muy bien —apostilló Virginie.

El vestido oscuro de la pasajera estaba sucio y rasgado. La bufanda que llevaba se extendía hacia la carretera y enmarcaba su rostro. Arrugaba el ceño como si estuviera pensativa. Como si estuviera examinando un problema. No era mucho mayor que Thibaut, pensó él. Ella lo miró con ojos apremiantes.

—Es... es... —empezó a hablar al fin.

—Creo que habla inglés —dijo despacio.

Cédric se adelantó y trató de murmurar alguna plegaria, pero Virginie lo apartó de un brusco empujón.

La moribunda tomó la mano de Thibaut.

—Aquí —susurró—. Ha venido. Wolf. Gang. —Respiraba entrecortadamente. Thibaut acercó su oreja a la boca de la mujer—. Gerhard —dijo—. El doctor. El sacerdote.

Thibaut reparó en que ya no lo estaba mirando a él sino más lejos, a su espalda. Sintió un picor en la piel bajo la atenta mirada de París. Se volvió.

Detrás de las ventanas del edificio más cercano, mirándolos desde arriba, se desplegaba un universo de emplastos fetales y rasguños que se movía lentamente. Una ciénaga de colores oscuros, vívida sobre una oscuridad más negra. Las formas sisearon. Golpetearon el cristal. Un torbellino de manifs había salido del interior de la casa para ser testigo de la muerte de esta mujer.

Mientras todos los que se habían congregado allí observaban la virtud

negra detrás de las ventanas, Thibaut sintió los dedos de la mujer en los suyos. Los apretó en respuesta. Pero ella no quería un último momento de atención. Le abrió la mano. Puso algo en ella. Al instante Thibaut supo y sintió que era un naipe.

Cuando volvió la cabeza hacia ella, la mujer estaba muerta.

Thibaut era un Main à plume leal. No habría sabido explicar por qué se deslizó la carta en el bolsillo sin que el resto de sus compañeros lo viesen.

En las piedras, debajo de la otra mano, la mujer había escrito unas letras en la carretera con su índice a modo de plumín. Tenía la uña húmeda de tinta negra sacada de a saber dónde, provista por la ciudad en ese último momento de necesidad. Había escrito dos últimas palabras.

FALL ROT.

Ahora han pasado meses y Thibaut se acurruca en un portal de París con la mano en el bolsillo, sujetando ese naipe de nuevo. Sobre su propia ropa lleva puesto un pijama de mujer dorado y azul.

El cielo está chillando. Dos Messerschmitt se acercan por debajo de las nubes, perseguidos por unos Hurricane. Las pizarras de los tejados estallan bajo el fuego británico y los aviones abandonan rápidamente sus picados. Uno de los aeroplanos alemanes hace un rizo de repente, con una virtuosa maniobra en espiral sin dejar de disparar, y en una ráfaga abrasadora un avión de la RAF se despliega en el cielo, abriéndose como unas manos, como un beso lanzado al aire, como una bola de fuego, convirtiendo en polvo una casa oculta.

El otro Messerschmitt vira hacia el Sena. Los tejados tiemblan de nuevo, esta vez desde abajo.

Algo emerge de las entrañas de París.

Un zarcillo pálido, ancho como un árbol, cubierto de un enmarañado follaje brillante. Se levanta. Trémulas garras como cogollos o fruta del tamaño de cabezas humanas. Florece hasta el infinito por encima de la línea del horizonte.

El piloto alemán vuela directo hacia las vívidas flores, como embelesado, como ebrio de planta. Baja en picado hacia la vegetación. Esta abre unas hojas temblorosas. La gigantesca viña agita una última del tamaño de una casa y atrapa al avión entre sus zarcillos. Lo arranca de los tejados y lo tira

hacia las calles, donde desaparece de la vista.

No hay explosión. El aeroplano capturado se ha desvanecido sin más, en las profundidades de la ciudad.

Los demás aviones se dispersan frenéticamente. Thibaut espera mientras se marchan. Deja que su corazón se tranquilice. Cuando recompone su rostro y sale al fin, lo hace bajo un cielo despejado.

Thibaut tiene veinticuatro años, es duro, delgado, fuerte. Mueve los ojos sin cesar mientras vigila en todas direcciones: tiene ese aire de irritable hostilidad y furia contenida del nuevo parisino. Lleva corto el pelo y las uñas. Entorna los ojos con algo más que mera suspicacia: no lleva las gafas que intuye que necesitaría. Bajo la colorida prenda para dormir de mujer lleva una camisa blanca remendada y sucia, pantalones oscuros con tirantes, botas negras gastadas. Hace días que no se afeita. Está costroso y hediondo.

Esos pilotos eran unos temerarios. El cielo de París está lleno de razones por las que no se debe volar.

Hay cosas peores que trampas de jardín para aviones como la que se había llevado al Messerschmitt. Las chimeneas de París sufren el azote de extáticos nubarrones aviares. Los huesos hinchados como dirigibles. Bandadas de hombres de negocios con alas de murciélago y damas con abrigos de otra época gritan monólogos interminables de ofertas especiales y obstruyen las hélices de los aviones con su propia y dudosa carne. Thibaut ha visto geometrías de monoplanos, biplanos y triplanos, esferas aladas y abominables husos de enorme tamaño, una larga ventana de cortinas negras, todos volando como muertos vivificados sobre los tejados de las casas, persiguiendo un bombardero Heinkel Greif errante, para anularlo con un toque desvivificador.

Thibaut casi puede llamar por su nombre las manifestaciones que ve, cuando lo tienen.

Antes de la guerra ya se había comprometido con el movimiento que las engendró, un movimiento cuyos detractores habían ridiculizado como demodé, como impotente. «¡A mí la moda me da igual!», es lo que le había dicho a su divertida madre, agitando con las manos las publicaciones que compraba, sin verlas antes siquiera, de un comprensivo librero en la calle Ruelle, que sabía apartar para él cualquier cosa que tuviera la misma afiliación. «¡Esto va de la liberación!» El vendedor, Thibaut descubriría más

tarde, mucho después de aquellos días, a veces aceptaba un mísero pago de su entusiasta e ignorante joven cliente, a cambio de rarezas. El último paquete que envió llegó a casa de Thibaut dos días después de que saliera de ella por última vez.

Cuando más tarde vio a los alemanes entrar desfilando en la ciudad, la imagen de sus columnas en el Arco del Triunfo le había parecido a Thibaut un macabro collage, una advertencia en forma de agitprop.

Ahora camina por anchas calles desiertas en el decimosexto distrito, lejos de su propio entorno de actuación, con el rifle levantado y el ribete dorado de sus faldones aleteando. El sol blanquea las ruinas. Un gato que milagrosamente aún no ha servido de alimento sale corriendo de debajo de un tanque alemán abrasado en busca de otro agujero.

Las malas hierbas crecen entre los coches viejos y los suelos de quioscos de periódicos. Miman a los esqueletos de los caídos. Girasoles enormes echan raíces por doquier, y la hierba bajo los pies está moteada de plantas que no existieron antes de la explosión: plantas que hacen ruido; plantas que se mueven. Flores de los amantes, con sus pétalos como ojos elípticos y corazones de cartón palpitantes, agrupados alternativamente en las bocas de las serpientes, erguidas que son sus tallos, que se mecen y clavan la mirada mientras Thibaut pasa por allí con cautela.

Escombros y vegetación desaparecen y el cielo se abre cuando llega al río. Thibaut vigila por si hay monstruos.

En los bajíos y en el barro de la isla de los Cisnes, manos humanas reptan debajo de caparzones en espiral. Una congregación de tiburones del Sena levanta una sucia espuma debajo del puente de Grenelle. Revolcándose y elevándose, miran a Thibaut cuando se acerca y muerden el cadáver mecido por el agua de un caballo. Delante de la aleta dorsal, cada tiburón tiene un hueco en el lomo en el que hay un asiento de canoa.

Thibaut camina por el puente encima de ellos. Se detiene a la mitad. Se queda de pie a plena vista. Sus nervios de soldado le agujijonean para que se ponga a cubierto, pero se obliga a quedarse allí y mirar. Inspecciona la ciudad alterada.

Ruinas dentadas, un boceto malogrado. Recortado contra el brillante cielo plano hacia el noreste, se alza imponente la torre Eiffel. La mitad superior en forma de aguja de la torre cuelga en su lugar de siempre, donde el puente de Jena se encuentra con el muelle Branly, por encima de los jardines

ordenados, pero a mitad de camino hacia la tierra ya no hay metal. No hay nada que la ancle al suelo. Cuelga, truncada. Una bandada de los valerosos pájaros que quedaban en París baja en picado debajo de los tocones de sus puntales, a cuarenta pisos de altura. La media torre señala con una larga sombra.

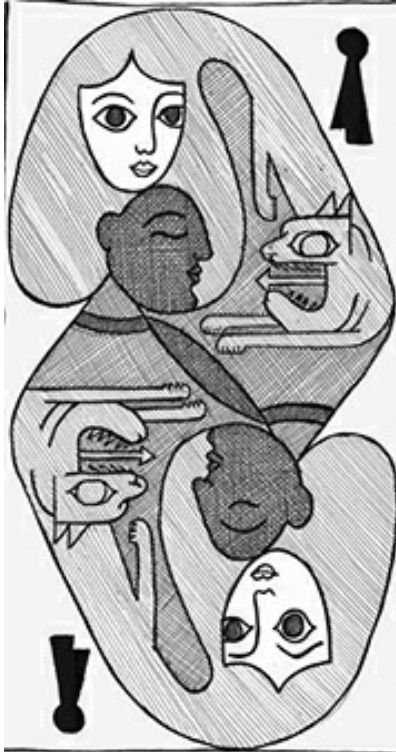
¿Dónde están ahora las células de los Main à plume? ¿Cuántas han caído?

Meses atrás, después de la Vélo, Thibaut había sido llamado, podría decirse así, a la acción, en la medida en la que todavía alguien podría ser llamado a algo. Le llegó una invitación a través de las redes en la ciudad. Noticias de viejos camaradas.

—Me han dicho que tú llevas las cosas aquí —había dicho el joven ojeador. A Thibaut no le gustó aquello—. ¿Vendrás?

Thibaut recuerda lo mucho que le había pesado el naipe en el bolsillo. ¿Sabía alguien que lo tenía? ¿Era por eso que lo reclamaban?

En la carta se ve la imagen de una estilizada mujer pálida. Mira dos veces con fijeza en simetría rotacional. Su pelo amarillo se convierte en dos enormes gatos que la envuelven. Debajo de cada una de sus caras hay otra azul, de perfil, con los ojos cerrados, a no ser que las dos también sean ella. Hay un ojo de cerradura en negro, arriba en la esquina derecha y abajo en la esquina izquierda.



—Venga —le había dicho Thibaut al mensajero—. ¿Por qué quieren que vaya yo? Estoy protegiendo el noveno.

Un poco después de que rehusase, llegaron noticias de una dramática misión de combate, una que fracasó de forma espantosa. Rumores de quién había muerto: una lista de sus profesores.

Adiós, piensa al fin, después de todas esas semanas. Su ropa para dormir crepita en el viento.

Thibaut tenía quince años cuando llegó la bomba S.

La llamada de una sirena lejana, cerca del río, y una avalancha de sombra y silencio que se van rápidamente y dejan al joven Thibaut jadeando entre sibilancias y parpadeando con unos ojos que se han quedado temporalmente sin vista, y la ciudad preparada y dispuesta detrás de aquello, algo que emergía, algo que irrumpía en y desde su inconsciente. Un sueño invadido desde lo profundo. La que había sido la ciudad más bella del mundo estaba ahora poblada por sus propias antiestéticas fantasías y por la fealdad del pozo.

Thibaut no era un guerrillero por naturaleza, pero, con el odio al invasor y

la lucha para seguir vivo, había aprendido a combatir. Como parisino había sido abocado a un apocalipsis; uno al que, según descubriría pronto, para su disonante conmoción, estaba afiliado.

Aquellos primeros días habían sido de locura, asaltos de figuras imposibles y osamentas distorsionadas en el recuerdo. Los combatientes nazis y los de la Resistencia se habían matado en las calles unos a otros, presos del pánico, mientras trataban de contener los ensueños a los que eran incapaces de dotar de sentido. Durante la segunda noche después de la explosión, una aterrorizada Wehrmacht, en su intento de proteger una zona, había guiado a Thibaut y a su familia y a todos los vecinos hasta un redil asegurado con alambre de espino en la calle. Allí fueron, arrastrando pies y bolsas con todo a lo que consiguieron echar mano, mientras los soldados vociferaban insultos y discutían entre sí.

Había llegado un inmenso aullido, que se acercaba con rapidez. Ya en ese momento, Thibaut reconoció la voz de algo que se manifestaba.

Todo el mundo gritó al oír aquello. Un oficial, preso del pánico, agitó su arma, apuntó al fin, con decisión, a los civiles reunidos. Disparó.

Algunos soldados intentaron sin éxito que no disparara más, otros se le unieron. Por encima de los ecos de la matanza, el manif siguió gritando. Thibaut recuerda cómo cayó su padre, cómo cayó su madre, que se puso como escudo para protegerlo, y cómo cayó después él mismo, sin saber si le habían cedido las piernas o se estaba haciendo el muerto para sobrevivir. Había oído más gritos, la voz del manif que se acercaba y los sonidos de una violencia renovada.

Y, entonces, cuando por fin todos los gritos y los disparos se hubieron silenciado, Thibaut levantó la cabeza despacio de entre los muertos, como una foca en el agua.

Miraba al interior por una rejilla de metal. La visera del yelmo emplumado de un caballero. Era desproporcionadamente grande. Estaba a centímetros de su cara.

La presencia enyelmada lo miraba fijamente. Él parpadeó y el metal tembló. Thibaut y aquello eran lo único que se movía. Los alemanes estaban todos muertos o desaparecidos. El manif se tambaleó, pero Thibaut permaneció inmóvil. Esperó a que lo matara, pero la cosa le sostuvo la mirada y lo dejó en paz. Fue el primero de muchos manif en hacer eso.

La presencia se balanceó hacia arriba y hacia atrás, y se apartó de la carne y

los desechos del suelo de la matanza. Se levantó, siete, ocho metros de altura, un imposible compuesto de torre y humano con un enorme escudo, todo fuera de escala y convertido en un solo cuerpo amenazante, de brazos sin manos colocados casi con refinamiento en los costados, el izquierdo atestado de tábanos. Se anunció a sí mismo con tono lúgubre, un grito reverberante de las bisagras de las placas. Cuando aquel sonido disminuyó, la enorme cosa por fin se marchó con furia sobre tres miembros: una pierna de hombre con espuela; un par de pies de mujer calzados en tacones altos.

Y se hizo el silencio. Y Thibaut, el chico de la guerra, había reptado al fin entre escalofríos por la hecatombe, atravesando un campo de escombros, hasta que encontró los cadáveres de sus padres y lloró.

Ha fantaseado a menudo con una caza vengativa del oficial que disparó primero, pero Thibaut no logra recordar qué aspecto tenía. O del hombre u hombres cuya munición mató a sus padres, pero no sabe quiénes eran. Puede que todos estuvieran entre aquellos a los que dispararon sus propios camaradas en el caos, de todos modos, o aplastados por los ladrillos cuando el manif derribó la fachada.

En la calle Giroux, la mampostería se desploma en confusos aluviones. Los ladrillos caen rebotando por una cuesta abrupta y emerge una mujer joven, con el rostro mugriento y ensangrentado y el pelo en punta por la tierra. No ve a Thibaut. Él la observa morderse las uñas y escabullirse fuera de allí.

Una de los miles de atrapados. Los nazis nunca permitirán que París contamine Francia. Todas las carreteras de entrada y salida están cerradas.

Cuando quedó claro que los manif, esas entidades nuevas con sus nuevos poderes, no desaparecerían, antes de que el Reich se hubiera conformado con esta contención, habían intentado primero destruirlos, después usarlos. O crear los suyos propios, menos caprichosos que sus aliados infernales. Los nazis incluso habían logrado invocar unas cuantas cosas con su manifología: estatuillas incompetentes; un weltgeist céliniano, lasitud micótica, tierra semiconsciente y enervación que infectaba casa tras casa. A pesar de todo, sus éxitos fueron escasos, insostenibles, ingobernables.

Ahora, años después, a Thibaut le parece que la cantidad de manif ha empezado a disminuir. Que esta es la segunda etapa de la ciudad posexplósión.

Por supuesto, París aún está llena de ellos. *Date un paseo si lo dudas, piensa, a ver qué encuentras.* Enigmarelle, un robot dandi que salió a tumbos de la guía de una exhibición, con los brazos extendidos dispuestos a dar un abrazo letal. El gato soñador, tan grande como un niño e incompetente como bípedo, que observa con voluntad consciente. *Lo que encontrarás son esas figuras,* piensa Thibaut. *Todavía por un tiempo.*

Y si sigues caminando así y te mantienes a salvo y sin ser visto, entonces llegará un momento en el que volverás a estar solo, y habrá un tramo de ventana y ladrillos que la guerra no habrá tocado, y por un instante podrás creer que estás de vuelta en la vieja París.

No echo de menos nada, insiste Thibaut para sí una vez más. Ni los días de antes de la guerra, ni la reciente seguridad relativa del distrito nueve. Los nazis varados en el décimo nunca podrían tomar esas calles, o los parajes alterados que atravesaron, los *paisages*, topografías alpinas allanadas como cortinas tendidas, casas de habitaciones heladas llenas de relojes, lugares donde la geografía producía un eco de sí misma. El noveno estaba tan compuesto de arte recalcitrante en su totalidad como para que nadie pudiera soportarlo. No cobijaría a nadie más que a los partisanos de ese arte: los agentes surrealistas de las *stay-behind*, los soldados del inconsciente. *Main à plume.*

No echo de menos nada. Thibaut aprieta el puño alrededor del arma.

Cada árbol de esta ribera pertenece a una estación diferente. Hojas muertas y vivas. Thibaut quiere líneas ferroviarias. Rutas al exterior. Debajo de una farola es de noche. Se apoya en ella, se sienta y durante largos minutos mira las estrellas.

¿Merezco ya siquiera estos lugares? Vinieron en el momento equivocado y de la forma equivocada. La liberación se fue a la mierda. Pero si Thibaut no es capaz de encontrar ninguna chispa de alegría en ellos, piensa, quizá no es mejor que cualquiera de los hombres de Stalin. O que un burro de carga para De Gaulle, un enemigo de la verdadera libertad.

Ese no soy yo, piensa. *No.*

Se pone de pie y se adentra en la luz del sol más allá de las débiles seudotinieblas manifiestas, y cuando lo hace, un aullido llena la calle.

Thibaut se agacha al instante, se agazapa detrás del tocón de un pilar, con el arma en alto. La guerra le ha enseñado cómo quedarse muy quieto. Ese no es un sonido humano; tampoco, de eso está seguro, el de un manifiesto.

Espera. Controla su respiración y escucha ese pesado aproximarse. Algo se acerca poco a poco hasta hacerse visible. Thibaut apunta el rifle hacia abajo y lo sujeta con más fuerza.

Un cuerpo oscilante como el de un toro enorme. Tiene los flancos ensangrentados y coloreados con el arcoíris, como si tuviera gasolina sobre agua. La cosa tiene la frente llena de cuernos largos y grises colocados al azar, algunos de ellos partidos. Brama de nuevo y enseña unos colmillos de carnívoro.

No se mueve con la especificidad onírica de un manif, sino con el paso entrecortado y estruendoso que Thibaut puede sentir en el suelo. No llega con esa agitación del reconocimiento —incluso cuando proviene de algo inconcebible que nunca ha visto antes— que le provoca un manif. Aquello supura, gotea y despierta náuseas en Thibaut. La sangre le crepita y le humea y cae sobre el pavimento en manchas de fuego. La bestia sacude la cabeza y de sus cuernos vuelan copos que aterrizan húmedamente. A Thibaut se le retuercen las entrañas y ese espasmo le dice que eso son restos de manif.

Si los demonios y el arte viviente no pueden evitarse, lucharán, de forma encarnizada. La carne de arte que gotea de la cara del demonio está fresca.

En los días después de la bomba S, las fuerzas alemanas y los recién llegados manif se habían aliado, en abominable unión, contra este invasor extraviado, los batallones del inframundo.

Las exigencias de la supervivencia enviaron a algunos camaradas de Thibaut para que trataran de comprender esas caídas y, ahora resucitadas, vergüenzas. Acumulaban experiencia de los libros malos que buscaban y encontraban. Sonsacaban información a los invocadores alemanes capturados y los sacerdotes especialistas en el naciente obispado de Alesch. Los intrépidos escuchaban a escondidas fragmentos de las aulladas discusiones de los demonios, encajaban los pedazos de información, analizaban los rumores de pactos malhumorados entre el Infierno y el Reich. Élise podría haber sido capaz de decir qué clase de diablo era este que ahora veía, mientras rezaba, no a un dios, sino por que la bestia no lo mirase; lo único que sabe Thibaut es que es un demonio, y que es enorme.

Como casi todos los de su calaña, se ve claramente que aquello siente dolor. Pero ese tamaño, cualesquiera que sean sus heridas o enfermedades, no lo ayudará. Los pocos cachivaches que lleva en la mochila para usarlos contra lo infernal son insuficientes: lo matará si lo encuentra.

La bestia, sin embargo, arrastra dolorosamente los pies sobre lo que parecen un diverso número de piernas, y no mira en su dirección. Deja un rastro de sangre ardiendo y de suelo fracturado.

Thibaut espera hasta que sale de la calle y desaparece de la vista, lo oye arrastrarse lejos, espera hasta que no escucha nada. Solo entonces se desploma al fin, toqueteando el pijama con los dedos. Ni siquiera eso, piensa, reconocer la marca del dobladillo, lo habría salvado. *Debería dejar las calles*, piensa. Luego: *Quizá debería coger el metro*, se dice como provocación.

Thibaut piensa en los muertos, allí en el bosque. Piensa en el plan que ha fracasado, el asalto del que él mismo se exilió.

De la mochila saca un lápiz y un libro de texto viejo y manchado, doblado muchas veces. Abre sus cuadernos de guerra.

No soy un puto desertor. La misión está vacante. No soy un desertor.

Thibaut tenía casi diecisiete años cuando, siguiendo las historias de los supervivientes, el ruido de los disparos, los restos quemados y siniestramente retorcidos de las patrullas alemanas y las intuiciones que a veces lo asaltan, averiguó el paradero de los Main à plume entre las ruinas.

Se acercó a ellos agitando polémicas publicaciones, temblando tantísimo por los nervios que desató las risas de los seleccionadores que fueron a su encuentro y lo guiaron hasta su recinto, aunque no fueron risas de mala fe.

—Sois vosotros, ¿verdad? —les decía sin parar, señalando las páginas, los nombres—. Quiero unirme.

Y siguieron las risas.

Le pusieron a prueba. Cuando dijo que no sabía disparar —aún no había tenido un arma en las manos—, bromearon con que tendría que probar con el disparo automático. Como la escritura automática, dijeron.

—¿Sabes quién dijo que el acto más sencillo de surrealismo era disparar de forma aleatoria a una multitud?

Lo sabía, y eso les gustó.

Más pruebas. Señalaron determinados objetos de entre la chatarra que llenaba el sótano y le preguntaron si eran surrealistas o solo basura. Thibaut miraba las composiciones y murmuraba respuestas tan rápido que ni las pensaba: una silla Chippendale no era nada, una caja de puros vacía y un peine eran surrealistas, y así con el resto. Rectificó solo una vez, sobre algo

que nunca recordó después. Lo miraron con mayor consideración cuando terminó.

Cuando uno de los interrogadores se quitó el zapato para frotarse el pie, Thibaut se lo cogió al sorprendido hombre de las manos con un atrevimiento por entonces impropio de él, agarró un candelero que antes había descartado como mero objeto y lo metió dentro del cuero viejo.

—Ahora es surrealista —dijo.

Las miradas de los seleccionadores (artistas, vendedores y comisarios de arte) no le habían pasado desapercibidas.

—Quieres combatir, y lo entiendo —le dijo el hombre a medio calzar, mirándolo de soslayo—. Muy bien, pero... con todo esto... ¿por qué justo así? Tal como está la ciudad, ¿no tenemos necesidades mayores que la poesía?

Sin dudarle, Thibaut casi gritó la respuesta:

—«Nos negamos a escapar de la poesía por la realidad» —dijo—. «Pero nos negamos a escapar de la realidad por la poesía.» —Los hombres y mujeres lo miraron con desconcierto—. «Nadie debería decir que nuestras acciones son superfluas» —recitó Thibaut—. «Si lo hacen, diremos que lo superfluo presupone lo necesario.»

Había reconocido la pregunta, la última prueba. Tanto esa como su respuesta eran las palabras de Jean-François Chabrun, hablando por los francotiradores, los surrealistas irregulares, dejados en París cuando vinieron los nazis. Una profecía, una promesa escrita después de un cataclismo y justo antes del siguiente. Lo habían mantenido vivo después de aquel otro, la bomba S, y Thibaut le había concedido fidelidad.

Nunca será un tirador de primera. En el combate mano a mano es correcto en el mejor de los casos. Thibaut fue admitido en los Main à plume por su visión, las conexiones que hace, la sincronicidad que advierte e invoca. Le enseñaron a dirigir lo que llamaban *disponibilité*, ser un receptor. Aprovechar la suerte objetiva.

En habitaciones en lo alto de casas inclinadas, en una ciudad convertida en zona libre de disparos y en territorio de caza de lo imposible, Thibaut aprendió de supervivencia y de poesía, de Régine Raufast, Edouard Jaguer, Rius, Dotremont, el propio Chabrun; aprendió técnicas que después se llevaría con él, una vez acabado el entrenamiento, lleno de agradecimiento y solidaridad, para propagar la resistencia, para unirse y reclutar a otros. En su compañía, Jacques Hérold prendió fuego a una cadena negra.

En el miasma tras la explosión, todos los parisinos desarrollaron órganos invisibles que se doblaban en la presencia de lo maravilloso. Los de Thibaut son fuertes.

Los surrealistas que quedaron atrapados habían sabido enseguida que las recién aparecidas figuras eran producto de la explosión. No así los demonios, esas pesadillas chapuceras: en ellos pensaban tan poco como podían. Pero los otros, a esos los conocían. Fueron los primeros en reconocerlos, en tratar de desarrollar una estrategia para la vida y para la guerra urbana que les concediese respeto. Los *Main à plume* les debían no obediencia sino una especie de vasallaje: esto no era ni por asomo la insurrección esperada, pero sí que eran destellos surrealistas, estos manifs. Eran de una belleza convulsiva, y habían llegado. Los poetas, artistas y filósofos, los activistas de la Resistencia, los exploradores secretos y los alborotadores se habían convertido, como tenían que hacer, en soldados.

Ahora, solo, Thibaut brinda por la libertad de París, bebiendo de una tubería en una plaza llena de ladrillos como flores caídas.

Hace meses, sus ojeadores en el noveno informaron de que había demonios en un osario lejos de Clichy. Thibaut y los camaradas de su célula se habían mirado unos a otros horrorizados.

—No están con los instructores nazis —dijo Virginie. Era una recluta reciente de la Resistencia surrealista, feroz, pero joven e ignorante—. Son salvajes. ¿Cómo de urgente es? ¿Tenemos que...?

—No te las has visto con ellos antes —dijo Thibaut—. O lo sabrías.

La cuestión era, le dijo, que no podías dar cabida a demonios del mismo modo que no podías dejar una astilla que se había vuelto séptica, una reacción alérgica. El poder del distrito los había mantenido alejados hasta el momento, salvo por algunos intrusos torpes y tardos. Pero ahora que se habían establecido, si no los expulsaban o los destruían, transformarían el noveno en un lugar de sangre y sufrimiento infernal. Los surrealistas tenían que preparar un exorcismo.

Hallaban cierto placer en algunos de aquellos procesos y pertrechos, reliquias de hechicería que habían avergonzado a la Ilustración. Otras necesidades, en cambio, apestaban a clericalismo y los partisanos se sentían asqueados de que resultasen eficaces. Fue con desagrado que Thibaut y Élise

llevaron una bolsa de crucifijos, botellas de agua sagrada, campanillas, al padre Cédric. Élise hizo una broma: anda que ser ella, la nieta de un rabino, la que tuviese que llevar esas cosas... El viejo sacerdote ofició algunas bendiciones inconexas y le pagaron en cigarrillos y comida.

—Vuelve la otra mejilla, padre —dijo Élise al ver su expresión—. Busca algún francés libre si quieres ovejas que estén dispuestas a que las traten con condescendencia. Hasta entonces, este es un matrimonio de inconveniencia. ¿Quieres dar un paseo? Ahí tienes la puerta.

Estaba más seguro en su compañía, y ellos en la suya. Una simbiosis incómoda. Los surrealistas detestaban su vocación, y él a ellos por su ateísmo militante, pero todos sabían que ayudaba tener un sacerdote oficiando ciertas absurdos de su profesión cuando se trataba de combatir a demonios.

—¿Por qué? —le preguntó Thibaut a Élise cuando se marcharon de nuevo—. ¿Por qué crees que funciona? No es que nada de esto sea cierto.

—Quizás a los demonios les encanten los rituales tanto como a la gente —respondió ella.

Por mucho que se burlaran de él o lo intimidaran, el equipo de Thibaut sentía cierto grado de antipático respeto por Cédric: al margen de qué otras cosas fuese, era de la Resistencia. En estas calles, su misma tradición se había convertido en una improbable disidencia. Al contrario que muchos clérigos, él se había negado a firmar ninguna paz con la nueva Iglesia de París, ni con su líder, Robert Alesch.

Durante meses, antes de la reconfiguración, el abate Alesch había sido un famoso sacerdote contrario a los nazis. Solo unos pocos del círculo íntimo habían sabido que además trabajaba como parte de la red clandestina de Jeannine Picabia, la *réseau* Gloria. Había sido mensajero y confidente, capaz, como sacerdote, de atravesar las zonas, llevar mensajes y contrabando. Sus camaradas de la Gloria lo llamaban «obispo» y él escuchaba sus confesiones.

Era un agente doble. Tras las secuelas de la bomba S, había vendido a sus camaradas a los pagadores nazis, y casi todos ellos habían muerto. Alesch, hombre-v, delator, recibió no treinta monedas de plata sino doce mil francos al mes.

Dos severos activistas, Suzanne Dechevaux-Dumesnil y su amante, el irlandés Beckett, se habían escapado de la matanza de la Gloria. Habían hecho correr la voz sobre la perfidia de Alesch, pero él no se había acobardado. Al contrario, había inaugurado una teología de la traición. Un

catolicismo de la colaboración, con los invasores alemanes, y con esos invasores del inframundo. Roma lo condenó, y él condenó a Roma. Se proclamó obispo de su nueva Iglesia, financiada por el Führer.

Cédric y los surrealistas coincidían en su odio a Alesch.

Con la llegada del ocaso los combatientes habían ascendido a los tejados, con sus armas cargadas de esa munición bendecida con sarcasmo. En París tenías que estar preparado para combatir al arte y lo diabólico —por no hablar de los nazis—, así que trabajaban con armas para todas las contingencias.

Thibaut estaba preparado para enfrentarse a los manifs. Tenía la experiencia y el conocimiento, podía llevar a cabo la catexis o usar un arma que se hubiese manifestado contra ellos.

Los humanos, por supuesto, podían ser asesinados con casi cualquier cosa.

Los partisanos rebuscaban como recolectores de leña entre bosquecillos de chimeneas. Entre los viejos ladrillos, los cuervos muertos, tejas y canaletas, Thibaut veía péndulos y figuras hechas de cuerda. Los detritos de lo surrealista, inconsciencia evanescente. Había puertas en los bordes de los tejados. Objetos sombríos caminando demasiado cerca, a los que no quería mirar.

Entonces, el débil sonido de un grito. Se acercaron con cautela. Rodeados del enorme cielo, los Main à plume llegaron hasta la fuente del ruido. Bajaron la mirada hacia el tragaluz agrietado del almacén y se lo quedaron mirando como si estuvieran practicando la hidromancia en un espejo.

Más abajo, un hombre vestido con túnicas se contorsionaba a sacudidas en el aire, suspendido sobre el suelo polvoriento de la estancia. Se retorció entre monstruos.

Una bestia con nariz en forma de trompeta y ojos de pez hacía girar un garrote con brutal percusión. Una cosa sin piernas y alas de murciélago lo golpeaba con su cola llena de pinchos y ventosas. Animales de trapo mordisqueaban los dedos del hombre y le sacaban los ojos con los cuernos.

—Dios mío —susurró Virginie—. Vamos.

Los combatientes de la Resistencia apretaron los dientes con asco y prepararon las armas deprisa. Un muñeco con forma de lagarto gruñó enseñando los dientes, un atacante peludo con cara de cerdo observaba con una mirada aviesa entre asalto y asalto.

—Esperad —logró decir Thibaut. Levantó la mano—. Mirad. Fijaos en las

ropas.

—Aparta, Thib —dijo Pierre, apuntando a través del cristal.

—Esperad. Se movió así hace solo un momento —dijo Thibaut. El hombre volvió a gritar—. Escuchad. —Pasaron unos instantes, y el inconfundible grito tembloroso se repitió—. Mirad a los demonios —insistió Thibaut—. Miradlo a él.

Los ojos a la deriva del hombre estaban desenfocados, tan planos como el cemento. Había una precisión en sus túnicas del color de la arena, en su barba. Gemía y lloraba, y sus gritos no se volvían más altos ni más tranquilos, y la sangre golpeteaba inagotablemente debajo de él en un charco que no se extendía.

—Esos demonios —dijo Thibaut al fin— están demasiado sanos. No hacen más que repetirse como un disco rayado. No son demonios. Y lo que están torturando no es un hombre.

Las calles cambiantes de París reverberaron con el impacto de unos pies duros como el Infierno. Habían emergido de las cloacas después de la explosión, habían desgarrado árboles como puertas rotas, lanzándose al mundo como hacían los manifs, aunque no eran como ellos, en nada como ellos, si bien era palpable que la explosión no era de su naturaleza. Como si la explosión no fuera su nacimiento sino su excusa. Nadaron hasta la luz entre pavimentos convertidos en lava, alzándose entre rugidos de un panorama de dolor. Gigantes con telarañas por rostros, generales con cabezas de cangrejo revestidos de dientes. Etcétera. Llevaban armaduras y oro. Lanzaban hechizos pestilentes y vociferaban con entusiasmo abisal.

Pero en las muecas de los demonios asomaban gestos de dolor. Se frotaban la piel con mucho cuidado cuando creían que nadie los miraba. Cuando mataban y torturaban, lo hacían de un modo vagamente necesitado. Parecían ansiosos. Apestaban no solo a azufre sino a infección. A veces lloraban de dolor.

Los demonios de París no se callaban. Declamaban al acercarse, en un centenar de lenguas, siseaban y aullaban descripciones de sus ciudades hadales, golpeaban con sus garras los sellos que llevaban, de las casas en las profundidades, además de gritar a quienes daban caza y muerte que era del Infierno de donde venían, para que así todos se aterrorizaran.

Habían llegado a las calles codo con flanco con los nazis y sus aliados de Vichy, patrullando con oficiales especialistas en brujería, lanzando ataques conjuntos, con balas y bombas y la saliva y la sangre hirviendo del Infierno. Estaba claro: mientras que los manifs no tenían capataces, el Reich había invocado estas otras cosas para ganar la guerra. Su colaboración no siempre había sido un éxito. Había veces en las que, incluso durante los ataques violentos contra los enemigos, sus riñas terminaban en malhumoradas masacres, los demonios y los nazis destrozándose unos a otros mientras sus objetivos, interrumpida su propia matanza, escuchaban con diversión los gritos acusatorios de ambas partes.

Ahora que estaban aquí, para cualquier observador atento quedaba claro que los demonios se sentían tan amedrentados como sus adiestradores del ejército, tan perdidos en el París imposible como cualquiera. Ascendieron pero se les vio descender. Quien se escondiera en sus guaridas —como hacían los espías más valientes o suicidas— podría verlos sollozar a veces por una Gehena de la que la demonología incompetente parecía haberlos exiliado para siempre.

Podías aprender a ver que el arte viviente de la ciudad los intimidaba. Los hacía escabullirse si se veían superados en número, o atacar con nerviosismo si no lo estaban.

—Esos de ahí —advirtió Thibaut a sus camaradas esa noche en el tejado, sobre las cosas que asemejaban demonios—... no son demonios. Son manifs.

Imágenes vivientes. Imágenes de demonios, y de sus víctimas. Y ni siquiera sintientes como la mayoría del arte que había cobrado vida en Nueva París, sino funcionando en bucle.

—¡No! —exclamó Pierre, que alzó su rifle de nuevo—. Y una puta mierda —dijo, y volvió a apuntar. Pero no disparó, y sus camaradas observaron cómo se repetía la escena, hasta que Élise le bajó el arma con delicadeza.

Thibaut susurra a los que ya no están.

Es de noche, pero sigue caminando. Quiere aire fresco y oscuridad para dibujar los bordes de la piedra blanca de París como un borrador de tinta. Así que camina por unas calles que se desmoronan hasta que sale la luna, entonces cierra los ojos y camina otro poco más, deja que su inconsciente lo lleve hacia cualquier casa derruida que quiera, buscando a tientas la

seguridad. *Dormiré una hora, piensa. Dos, o tres, no más.*

Cuando sus dedos tocan madera vuelve a abrir los ojos. Fuerza la puerta. Los pasos chapotean sobre una alfombra encharcada. Camina con el arma en alto.

Sobre la repisa de una chimenea de una gran sala de estar, un mamífero onírico lo observa con ojos de tití. La criatura se encoge de miedo al verlo. La sangre gotea de sus garras en forma de hoz. Sobre los charcos que se han formado en el suelo, yace boca abajo una mujer ahogada. Thibaut ve las escápulas moteadas: sabe de inmediato, al contraer su intuición, que el animal está esperando a que la mujer se pudra.

De noche debería sentirse tranquilo —especialmente en una como esta, su última noche—, pero está lleno de la ira de un soldado fracasado. Apunta al galágado carnívoro.

Duda, igual que los manifs delante de él. Thibaut rinde su voluntad y dispara, al estilo surrealista.

Las balas oscilan. Corrigen la trayectoria a mitad de camino, penetran en la criatura cuando esta da un salto, la estampan contra la pared, donde se golpea las extremidades, y se disuelve como alquitrán.

Thibaut espera con el arma humeante. Nada aparece. Va hacia la mujer muerta para darle la vuelta, pero se detiene, se coge el rostro entre las manos y se pregunta si llorará. Ya no puede dormir.

Dos días después del asalto fallido de los Main à plume contra los no demonios, mientras Thibaut tomaba su desayuno de pan rancio, Virginie puso un libro en la mesa delante de él.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

Ella pasó varias páginas de grabados hasta un dibujo de una cosa con forma de trompeta, cola con pinchos, una horda de diablillos. Los reconoce. Atormentan al mismo san Antonio que habían visto unas calles atrás.

—Es de Schongauer —le dijo.

—¿De dónde lo has sacado?

—De una biblioteca.

Thibaut meneó la cabeza ante aquella estupidez o valentía. ¡Desvalijar una biblioteca! No era seguro acercarse a los libros.

—La cuestión es que —le dijo— ¿ese manif?, ¿de esa imagen? No creo

que se autogenerara. No está lo bastante cerca. Al corazón de la bomba S.

En las fecundas ondas de choque de la explosión, no fueron solo los sueños de los surrealistas los que se habían manifestado. Con ellos nacieron figuras del simbolismo y el decadentismo, las fantasías de los antepasados y predilectos de los surrealistas, los fantasmas de su protocanon. Ahora la aviesa araña de diez patas de Redon iba de cacería en un extremo de la calle Jean Lantier, haciendo castañetear sus enormes dientes. Una figura con la cara de fruta coagulada de Archimboldo acechaba en los límites del mercado de Saint Ouen.

—Si fuera Durero, quizá —dijo—. O Piranesi. ¿Schongauer? Es importante, pero no creo que sea tan central como para que se manifieste de forma espontánea. Creo que alguien lo invocó a propósito.

—¿Quién? —preguntó Thibaut—. ¿Por qué?

—Los nazis. Quizá quieren demonios que sigan mejor las órdenes. Creo que quieren sus propios manifs —dijo Virginie—. Creo que lo siguen intentando. —Los dos se miraron. Imaginaron a sus enemigos tirando de páginas con todas las máquinas invocatorias que pudieran armar—. El propio Führer —dijo Virginie con gravedad— es un artista, después de todo. —Reproducciones de sus acuarelas apenas competentes, sus trazos vacilantes, sus rostros indiferenciados, sus vacuas y bonitas fachadas vacías, habían circulado como curiosidades en el París oculto. Virginie y Thibaut intercambiaron una mirada de desprecio.

Cualquiera que fuese su origen, esos demonios-manifs eran débiles, no tenían siquiera el brío de emerger del todo. *Es probable que sigan ahí*, piensa Thibaut. Devorando eternamente a la presa eterna, estúpida y santa.

Se acerca a Garibaldi y al bulevar Pasteur. Detrás de las contraventanas distingue el brillo trémulo de las velas. Estas casas son minúsculas comunes. Una familia en cada habitación, estufas quemando sillas inservibles, rutas horadadas entre paredes. Casas-aldeas. Thibaut se queda dormido y sueña que recorre fatigosamente los bulevares de Haussmann.

Sueña que Élise cae hacia él con el rostro oscurecido por la sangre. Ve a Virginie, a Paul, a Jean y a todos los demás, y llega demasiado tarde para hacer nada más que acunar sus cabezas moribundas en las tinieblas del bosque.

Thibaut no grita pero sí que se despierta con un sobresalto, caminando aún. Vuelve a recomponer el rostro en una mueca burlona de ciudad.

Cuando llega a un cruce, brillante bajo la blanca luz de la luna, hay movimiento, y Thibaut se detiene. Dos esqueletos. Sacuden sus miembros sin carne. Caminan en un lento círculo.

Thibaut está quieto. Los pies muertos chasquean.

Alain, el mejor oficial al que su célula haya votado nunca para esa posición, trataría a esos remilgados huesos de Delvaux, o los cubiles de fósiles, esqueletos boca abajo de Mallo que se desarmaban repetidas veces entre temblores, con sumo respeto. A tres de ellos eso no les había impedido matarlo a golpes un sofocante y susurrante día de junio con su propia materia astillada.

Thibaut se echa atrás. No quiere combatir manifs.

Ese órgano interior, su nuevo músculo, sufre un repentino calambre con un espasmo de energía manif. Viene de alguna otra parte. Se tambalea. Vuelve a sentirlo, tan fuerte que lo dobla.

Hay un rápido restallido de disparos. Los esqueletos no se detienen. Los sonidos vienen del norte. Están apartados de la ruta de Thibaut, pero cerca, y sus propias entrañas aún lo agarran por dentro, tiran de él, y cuando corre, lo hace, casi para su propio desconcierto, hacia los disparos.

Atraviesa una frontera en el séptimo. Se le taponan los oídos. Otro disparo. A Thibaut le llega olor a savia.

La avenida de Breteuil está llena de álamos. Extienden las ramas para tocar las casas. El complejo arquitectónico de Los Inválidos, esa extensa y en otro tiempo opulenta vieja zona militar, ha desaparecido, tomada por vegetación milenaria. Las farolas se levantan a duras penas de entre raíces y techumbres del follaje. La catedral de San Luis de los Inválidos está llena de corteza. El Museo del Ejército está siendo vaciado, con un lento desorden vegetal, las armas agarradas y remolcadas durante semanas fuera de sus vitrinas por extraña maleza.

Otro disparo: una bandada de objetos nocturnos se dispersa. Algo se ríe. Una mujer sale corriendo del bosque. Lleva unas gruesas gafas, pantalones y chaqueta de *tweed*, manchados del boscoso fango. La mujer se afana debajo de maletas y equipo, agita una pistola.

Se oyen gruñidos, rugidos de respiración. Las bestias se abalanzan detrás de ella entre los árboles, con rápidos y extraños tambaleos.

Son mesitas, cuerpos de rígidos tableros, patas inflexibles de madera, nerviosos coletazos y feroces rostros caninos. Chillan y muerden el aire. Muebles con colmillos que recorren a sacudidas el terreno accidentado.

Thibaut sisea y avanza dejando atrás a la tambaleante mujer y poniéndose en el camino de sus perseguidores, entre ellos y su presa. Lo esquivarán, piensa, como hacen la mayoría de los manifs.

Pero atacan. No se detienen.

Atónito, tarda casi demasiado en sacar su arma. Dispara al primer objeto animal que salta gruñendo hacia él y manda la mesa por los aires en una explosión de astillas.

Otros se le tiran encima, y su pijama de algodón se vuelve de repente tan duro como el metal. Agita los brazos. El pijama agarra a Thibaut, lo convierte en un instrumento, lo propulsa con ímpetu. Un depredador de madera y taxidermia lo alcanza, lanzando mordiscos, y el brazo revestido de Thibaut baja y le parte la columna.

Se coloca entre la mujer y las mesas lobo, rugiendo y enseñando los dientes con tanta fiereza como la manada. Las mesas avanzan despacio. Con una descarga de azar creativo, Thibaut dispara a la que está más cerca, justo durante la feroz mueca, y la derriba entre sangre y serrín.

Llegan gritos del bosque. Distingue dos, tres siluetas entre los árboles. Uniformes de las SS. Un hombre con un abrigo oscuro, gritando en alemán. *¡Rápido! ¡Cuidado! Los perros...*

Un corpulento oficial dispara hacia él desde las sombras. Thibaut aúlla. Pero los disparos rebotan en su pecho. El soldado frunce el ceño cuando Thibaut levanta su viejo rifle desvencijado, dispara y, cómo no, falla el tiro, así que lo vuelve a cargar mientras el hombre sigue mirándolo, lento y estúpido, y Thibaut vuelve a disparar, esta vez con *disponibilité*, y lo derriba.

Las mesas lobo lanzan mordiscos. Un nazi hace restallar un látigo, para juntarlas, para reagruparlas, y Thibaut atrapa el cuero mientras oscila en el aire. El látigo lo azota y le envuelve la mano, la entumece, pero lo agarra. La mujer cae junto a él, hunde los dedos en el mantillo: los muebles que la amenazan se crispan y retroceden. Thibaut tira del dueño del látigo hacia él con su propia arma, y lo vuelve a mandar de un puñetazo por los aires en la oscuridad.

Los alemanes vacilan. La manada aúlla. Thibaut golpea un árbol con tanta fuerza que lo hace temblar, demostrando su fuerza apijamada. Los atacantes se retiran hacia el bosque para ocultarse de nuevo, hacia los pasillos de Los Inválidos. Los humanos gritan mientras corren, y las mesitas siguen ese sonido, enseñando los dientes mientras son engullidas por la oscuridad.

—Gracias —le dice la mujer—. Gracias. —Está recogiendo las cosas tiradas por el suelo—. Vamos. —Habla francés con acento estadounidense, una voz fina y cultivada.

—¿Qué demonios era eso? —pregunta Thibaut. El hombre al que disparó está muerto. Thibaut rebusca en sus bolsillos—. Nunca antes había visto nada como esas cosas.

—Se llaman mesas lobo —dice la mujer—. Manifiestos de una invención de un hombre llamado Brauner. Tenemos que irnos.

Thibaut se la queda mirando. Finalmente, habla.

—Las de Brauner tienen partes de zorro. Esas mesas eran más grandes que cualquiera que haya visto, y tenían el pelaje más gris. No parecían zorros. Es como si las hubieran cruzado. Los soldados las llamaron «perros». Y estaban haciendo lo que se les ordenaba. Y... —Aparta la mirada de ella—. Como he dicho, nunca antes había visto ningún manif, mesas lobo incluidos, como esos.

Y vinieron directamente hacia mí. En ningún momento dudaron.

—Te ruego que me disculpes. Claro. Entendí mal —dice la mujer al cabo de un momento.

—Las mesas lobo son carroñeras —continúa Thibaut—. Un disparo debería haberlas dispersado. —Se dan atracones, tratando de llenar esas tripas que no tienen, se obstruyen las gargantas hasta que vomitan sangre, carne y saliva, y después vuelven a comer sin poder contenerse.

Las mesas lobo no son valientes.

—Por supuesto que entiendes de manif —dice la mujer—. Pido disculpas. No pretendía ser grosera. Pero, por favor..., tenemos que irnos.

—¿Quién eres?

Tiene unos pocos años más que él. El rostro redondo con mejillas altas y sonrojadas, el pelo oscuro y corto. Lo mira desde donde se agacha entre las raíces.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Thibaut, y al instante cree saber la respuesta.

—Me llamo Sam —dice ella. Coge su portafolios—. Oye... —Él le vuelca la cartera—: ¿Qué estás haciendo?

Él desparrama una cámara, latas de películas, algunos libros estropeados. La cámara no es vieja. No siente ninguna carga manif. No son objetos surrealistas. Los mira fijamente. Esperaba encontrar un botín rapiñado por ahí. Esperaba encontrar guantes viejos; una serpiente disecada; cosas polvorientas; un vaso de vino medio fundido en lava e incrustado en piedra; trozos de una máquina de escribir; un libro cubierto de percebes que ha descansado bajo el agua; pinzas que cambian aquello que tocan.

Thibaut había creído que esa mujer era una adicta a la batalla, una urraca de la guerra. Los cazadores de artefactos cruzan a hurtadillas las barricadas para buscar, sacar y vender cosas nacidas o alteradas por la explosión. Baterías de extrañas energías. Objetos arrancados de la zona en cuarentena nazi, vendidos por sumas ingentes en el mercado negro del mundo del exterior. Manif robados mientras los partisanos luchan por la liberación, mientras Thibaut y sus camaradas se enfrentan a demonios, fascistas y arte errante, y mueren por ello.

Casi tiene más respeto por sus enemigos que por los traficantes de esa clase de bienes. En el portafolios, Thibaut había esperado encontrar una cuchara cubierta de pelo animal; una vela; un guijarro dentro de una caja. Parpadea desconcertado. Dobla y desdobra el látigo nazi.

Sam comprueba si la cámara ha sufrido algún daño.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta.

Thibaut toca con la punta del pie los libros como si fuesen a convertirse en alguno de los botines que imaginaba. Ella le aparta el pie de un guantazo. Mapas de París. Revistas: *Minotaure*; *Documents*; *Le Surréalisme au Service de la Révolution*; *La Révolution Surréaliste*; *View*.

—¿Por qué tienes esto? —le pregunta. Su voz suena calmada.

La mujer limpia las portadas con las manos.

—Pensabas que era una cazatesoros. Jesús. —Ella lo mira a través del visor de la cámara y él se tapa la cara con una mano. Sam presiona el botón, suena un clic y Thibaut siente algo en la sangre. Vuelve a mirar las revistas,

pensando en aquellas que él llevaba en otro tiempo. Las abandonó, hace ya años, cuando se licenció de su entrenamiento. Un extraño homenaje a sus instructores, aquellas copias sueltas, páginas llenas con su arte.

La mujer suspira aliviada.

—Si hubieras roto esto, tú y yo habríamos estado en una situación delicada.

Se pone la correa de la cámara alrededor del cuello y sacude la tierra de un enorme cuaderno de cuero. Le ofrece una mano.

—No estoy aquí para robar —le asegura—. Estoy aquí para llevar un registro.

Después de dejar atrás a sus padres muertos, antes de que encontrara a aquellos que se convertirían en sus camaradas, Thibaut, que aún no había cumplido los dieciséis, se escondió, ocultó y deambuló durante mucho tiempo. Cuando llegó al límite de la vieja ciudad, se quedó a cubierto en un lugar donde vio correr a grupos de ciudadanos atrapados y aterrorizados, que se lanzaban a las barricadas erigidas a toda prisa en el perímetro de la zona devastada, al otro lado de las cuales los guardias nazis emprendían implacables tiroteos, matándolos hasta que los demás comprendían que no había forma de salir. En esos primeros días también los soldados alemanes corrieron hacia las posiciones de sus compatriotas, agitando las manos y gritando para que los dejaran cruzar la calle y salir. Si se acercaban demasiado, también ellos eran derribados. Aquellos oficiales y hombres que al verlo se echaban atrás, suplicantes, eran conminados a través de unos altavoces a quedarse en el radio afectado para esperar instrucciones.

Él se replegó a la inseguridad de París. Allí Thibaut durmió donde pudo, cazó para comer, se enjugó los ojos y se escondió de cosas terribles. Regresaba furtivamente a esos perímetros, a pesar de todo, y trataba de descubrir una salida; una y otra vez, pero siempre fracasaba. La ciudad estaba escrupulosamente sellada.

Al final, una noche bajo una lluvia torrencial, cobijado en las ruinas de una tabaquería y ojeando con desgana entre sus pertenencias, encontró en su mochila ese último montón de panfletos y libros que había recibido el día en el que había estallado la explosión. Thibaut cortó el cordel que aún lo ataba.

Géographie nocturne, un panfleto de poemas. Una crítica, *La Main à plume*. El surrealismo de quienes seguían en la ciudad ocupada. Escritos

desde la resistencia, bajo la ocupación. Había visto los nombres de Chabrun, Patin, Dotrement. La lluvia resquebrajaba la ventana sobre la geografía nocturna.

—«Incluso los durmientes —había leído Thibaut— son trabajadores y colaboradores de lo que sucede en el universo.»

Abrió el segundo volumen sobre el Chabrun, *État de présence*. Esa defensa de la poesía, rabia antifascista. La declaración de intenciones de estos leales *stay-behind*, que, mucho más tarde, Thibaut recitaría a los seleccionadores de los *Main à plume* para pasar su prueba de ingreso. Un estado surrealista de la presencia. Hojeó las páginas, y las primeras palabras que leyó eran prácticamente las últimas del documento.

—«¿Deberíamos irnos? ¿Quedarnos? Si podéis quedaros, quedaos...»

Thibaut estaba temblando otra vez, y no de frío.

—«Nosotros nos quedamos.»

Capítulo dos

1941

Un hombre con un sombrero Homburg entró en la plaza Felix Baret. Aún no estaba acostumbrado a la naturaleza del ruido: el racionamiento de gasolina mantenía alejados de la calle a cada vez más coches, y en esa ciudad moderna se oían ruedas de carros y cascos de caballos.

Ciudad portuaria, metrópolis tórrida y pandillera, villa de exiliados, masa de refugiados, desangrada y vapuleada. 1941 y «Francia para los franceses».

Varian Fry, treinta y cuatro, delgado, la boca rígida, con su interés y su atención, parecía lo que era: un hombre que sabía algo. Miró con los ojos entornados la cola que se formaba fuera de la oficina. Se había acostumbrado a la terrible esperanza que veía en aquellas multitudes.

Los callejones hervían de actividad y los bares estaban casi llenos. Se oían gritos en muchos idiomas. Las montañas seguían vigilándolo todo y los últimos días de la primavera eran cálidos. A unas calles de distancia, el mar cambiaba. *Debería estar sentado en el muelle*, pensó Fry—. *Debería estar quitándome los zapatos y remangándome los pantalones*. Tirar piedras a las pequeñas olas para fastidiar a los peces. *Debería tirar los zapatos al agua*.

Veía vendedores de visados, información, mentiras. Marsella se sonrojaba.

Un cartel popular en una *boulangerie* decía «Enterprise Français», junto a un retrato del lúgubre mariscal. Fry se quitó las gafas como para vetarse una visión nítida de semejante barbarie.

—¡Mosiú! ¡Mosiú!

Un joven con un traje barato atravesaba la plaza corriendo. Tenía un bigote en una cara de niño y las cejas tan arqueadas que parecían depiladas, aunque su pelo no indicaba tantos cuidados.

—¡Mosiú!

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Fry en inglés.

El hombre se detuvo cerca de él y de repente adquirió un aspecto ladino. Murmuró algo que Fry no logró entender. *Oto, adoni*, algo.

—Yo soy tan francés como usted —dijo Fry—. ¿Es eso francés? Deje de torturar ese pobre idioma, si es tan amable.

Su interlocutor parpadeó.

—Discúlpeme —dijo—. Pensé... Me equivoqué. ¿Es americano?

—Me ha visto en el consulado —dijo Fry.

—Claro.

El hombre estaba casi saltando de un pie a otro de la emoción. Levantó la mirada hacia un sol como de papel iluminado.

—Está mal —dijo.

Y Fry se sobresaltó porque él había estado pensando lo mismo.

—¿Señor...?

—Jack Parsons.

—Para darle el beneficio de la duda, señor Parsons, asumiré que es usted simplemente ingenuo. —¿Era este hombre un espía patoso? ¿Un embaucador y traficante, lo que los británicos llaman un *spiv*?—. Abordar a alguien en una calle de Marsella en un momento como este...

—Ay, vaya, lo siento mucho. —Parsons parecía sincero. No podía tener más de veintitrés años—. La cuestión es la siguiente. —Habló deprisa—. Estaba allí dentro y vi cómo se saltaba tan campante toda la maldita cola. Estoy tratando de viajar, ¿entiende? Pero se rieron en mi cara. Me dijeron que volviera a Estados Unidos.

—¿Cómo ha conseguido entrar aquí siquiera?

Los ojos de Parsons se perdieron hacia la *boulangerie*.

—«Negocio francés» —dijo—. Eso es lo que dice, ¿verdad? ¿Qué otra cosa podría ser?

—Está informando de que no es un negocio judío —dijo Fry, poniendo el énfasis en la palabra «judío». ¿Podía el tal Parsons ser tan ingenuo? Entre las sombras al abrigo de un muro cercano había una pila de periódicos en alemán —. ¿Trabaja para Bingham?

De todos los diplomáticos estadounidenses de la ciudad, Bingham era el único aliado de Fry. Los otros se esforzaban por mantener una relación cordial con Vichy. Fry, lo sabían, habría sacado de Francia a cada refugiado, cada antinazi, cada judío, cada sindicalista, radical, escritor y pensador que se había visto condenado a la clandestinidad. Pero él tenía que escoger. Su

Comité de Rescate de Emergencia se centraba, no sin remordimiento, en artistas e intelectuales.

Como si el panadero, el que trabajaba en las alcantarillas, la profesora de guardería no merecieran también la ayuda, pensaba Fry muchas veces.

—No sé quién es ese Bingham —respondió Parsons—. Pero escuche. A lo que voy. El caso es que me estaba preguntando quién sería ese estupendo hombre que se paseaba de esa forma junto a nosotros, y entonces vi lo que llevaba. Esos papeles...

De su maletín Fry enseñó la punta de una revista artesanal que se había traído para leer en caso de retrasos, un librito cosido.

—¿Esto?

Lo sacó un poco más. En la portada había una figura retorcida y pintada a mano. Nombres: Ernst, Masson, Lamba, Tanning, otros.

—¡Exacto! ¡No me lo podía creer! Tengo que hablar con usted.

—Ah, ¿es usted aficionado al arte? —preguntó Fry—. ¿Es por eso?

Marsella devoraba a los cándidos. Los hoteles Bompard, Levant, Atlantique eran campos de internamiento, extorsionaban los fondos de los refugiados. La Legión de Ex Combatientes aterrorizaba a los judíos y a los rojos. Los callejones pertenecían a los mafiosos. *Este Jack Parsons*— pensó Fry— *es un problema, tanto si busca serlo como si no.*

Fry ya había tenido que desterrar a Mary Jayne Gold de la sede del Comité de Rescate de Emergencia en Villa Air-Bel, la mansión desvencijada a las afueras de la ciudad. Había superado su escepticismo hacia la mujer de la que al principio pensó que era una turista rica representando un papel, pero ni siquiera su cultivado respeto por ella había bastado para evitar que le pidiera que se marchara. Su novio era un lastre. Raymond Couraud (cuyo seudónimo, Asesino, hacía referencia, según las poco convincentes y machaconas explicaciones de Mary Jayne, a su continua masacre de la lengua inglesa) era un desertor joven y duro, lleno de rabia, que odiaba a casi todos los amigos de Mary Jayne, que se relacionaba con criminales, que ya había allanado la villa llamándolo más tarde una «travesura», que había robado a la propia Gold. La mujer tenía una paciencia desconcertante.

—Sé comprensivo, Varian —había dicho Serge, el amigo de Fry—. Tendrías que haberme visto cuando tenía veinte años.

—La *nostalgie de la boue* de Mary Jayne es cosa suya —había replicado Fry—. Pero no podemos arriesgarnos a tenerlo cerca.

Fry sabía que debía marcharse y dejar allí a Parsons, pero el joven murmuró algo y por alguna razón Fry se quedó allí bajo aquel cielo. Parsons miró ávidamente el panfleto que sostenía Fry. La persona adecuada podría cruzar un océano para comprar arte. Podría venir incluso a una guerra.

—¿Le habló Peggy de nosotros? —preguntó Fry.

—¿Quién es Peggy? —fue la respuesta de Parsons—. Quiero hablar con usted de ella. —Señaló un nombre en la portada del librito.

Fry siguió el dedo del joven.

—¿Ithell Colquhoun?

—Como para olvidar ese nombre.

—En realidad no la conozco —dijo Fry—. Ni sé nada sobre ella. Y mucho menos tengo arte suyo para vender...

—Mire, yo sí que sé quién es —dijo Parsons—. Y no esperaba ver aquí, en toda una condenada vida, su nombre, ningún nombre que reconociese.

No discutas nada con aquellos a los que no conoces. La Gestapo está observando, la Comisión Kundt está en la ciudad. Pero había algo en la voz de Parsons.

El Café Pelikan estaba hasta los topes. Refugiados, intelectuales, una pizca de escoria marsellesa.

—¿Qué sabe del surrealismo?

Jack Parsons se rascó la barbilla.

—Arte, ¿no? No mucho. ¿Es eso lo que hace? Conozco a Colquhoun de otro contexto. Señor Fry, escuche. —Se inclinó hacia delante—. Yo no debería estar aquí. Voy camino de Praga.

—No puede llegar a Praga —dijo Fry—. Sigo sin saber cómo ha conseguido siquiera llegar hasta aquí.

—Yo solo... me abrí camino. Y he de seguir. Tengo un trabajo que hacer. Esta maldita guerra. Es justo lo que dijo: en el contexto adecuado puede hacer que las palabras hagan toda clase de cosas.

¿Yo dije eso?

—No soy más que un oficinista... —respondió Fry.

—Venga ya. Yo sé que usted lleva ese comité. El Comité de Rescate de Emergencia. —Fry miró a su alrededor rápidamente, pero Parsons ni se inmutó—. Todos en la oficina hablaban de eso. Sé que tiene un lugar en las

afueras y que se ocupa de personas, de artistas, que trata de sacarlos de aquí...

—Baje la voz.

—Voy a sincerarme con usted. —Parsons hablaba deprisa y atropelladamente—. Quiero ir a Praga porque, si consigo llegar allí, creo que puedo hacer que algunas palabras hagan cosas que normalmente no hacen. Pero ahora todos están diciendo que no puedo llegar allí. Así que en esas estaba, pensando qué podía hacer, y resulta que voy y lo encuentro a usted, y me fijo en lo que lleva. Y por eso es por lo que corrí detrás de usted. Porque no creo en las coincidencias.

Fry sonrió.

—Tengo un amigo que estaría de acuerdo con usted —le dijo—. «Azar objetivo», lo llamaría.

—Ah, ¿sí? Mire, esa persona de su revista está relacionada justo con lo que estoy tratando de hacer. Ithell Colquhoun. —Lo pronunció como si sonara el tañido de una campana—. ¿Cuál es su conexión con ella?

—Uno de mis amigos la conoce —dijo Fry—. El que comparte su visión sobre la coincidencia, precisamente. Ella lo visitó el año pasado, creo, en París. Fue él quien hizo este panfleto. Creo que ella es pintora y escritora. Yo ni siquiera he leído esto aún.

—¿Cómo se llama su amigo? —preguntó Parsons— ¿El que hizo eso?

Fry hizo un esfuerzo por no responder.

—¿Cómo conoce la obra de Colquhoun? —le preguntó él en respuesta.

—Una especie de mentor mío la conocía. Hablaba de ella en términos muy positivos, además. Por eso me emocioné de esa forma al verlo. Pero ahora me pregunto... Como dije, hay algo que quiero hacer en Praga. Ahora estoy aquí atrapado. Pero ¿y si da igual? El tipo por el que siento mucho respeto, bueno, él tiene mucho respeto por Colquhoun. Así que si ella forma parte de esos «surrealistas», quizás ellos tengan ideas parecidas a las de él. Y a las mías. Así que quizás yo quiera hablar con ellos. Con sus amigos.

—El amigo que la conoce se llama André —dijo Fry, después de un largo silencio.

—El mío se llama Aleister.

—André Breton.

—Aleister Crowley.

Capítulo tres

1950

—Thibaut —había dicho la joven exploradora—. Me dijeron dónde podía encontrarte. Que tú manejabas las cosas por aquí. —La mujer estaba exhausta y embarrada pero ilesa, y sonreía por haber logrado atravesar peligrosos vecindarios para encontrarlo.

Él no la vio ni la oyó llegar a la puerta del sótano donde trabajaba, hasta que ella dijo su nombre, lo bastante suave como para no alertar a sus compañeros arriba. Él, al verla, hizo ademán de coger la pistola, pero ella chasqueó varias veces la lengua y negó con la cabeza con imperiosa camaradería.

—Soy Main à plume —dijo, y él la creyó. Que fue gracias a una técnica fuera del canon, un poema reutilizado en un contexto novelístico, por lo que ella había conseguido entrar sin ser vista. Él bajó el rifle.

La joven habló de nuevo y no subió el tono de voz.

—He venido de muy lejos, por la calle de los Mártires, por el decimoctavo, Montmartre —dijo—. Hay mucha mierda entre este y el octavo. Me alegra haberte encontrado.

—Yo no manejo nada —dijo él.

—Bueno. Parece que sí. Es contigo con quien querían que hablase, en cualquier caso.

—¿Querían?

—Ellos sabían dónde estarías —dijo ella—. Ellos... nosotros... queremos que te unas. Tenemos un plan.

Fue poco clara, pero la voz casi le temblaba de emoción. Más allá de los límites del centro de París controlado por los nazis, los camaradas se estaban agrupando.

Thibaut había tocado con el dedo la carta que llevaba en el bolsillo. «Venga

—dijo—, ¿qué quieren de mí?», y vio la conmoción en el rostro de la mujer cuando le dijo al final que él estaba protegiendo el noveno.

Thibaut enrolla y desenrolla el látigo que se llevó. Lo enrosca bien prieto sobre sí mismo para convertirlo en un bastón. Se golpea la palma con él.

—Esto no debería funcionar —dice—. No pueden controlar manifs. Ni siquiera deberían haber estado aquí. Nadie debería ir a un bosque. —Baja bruscamente la mirada, justo hacia el pijama que lleva, del que Sam no ha dicho nada. Tiene que recomponerse un momento—. De forma confusa, los bosques se mezclan con criaturas legendarias ocultas entre los matorrales.

—Desnos —dice Sam—. Y eso no es una advertencia. Es la razón por la que entré.

—¿Mereció la pena? ¿Ver criaturas legendarias? —Pretende avergonzarla con la pregunta, con su tono resentido, pero ella sonrío y levanta la cámara.

En los restos del Liceo Buffon, las viejas clases están vacías salvo por el polvo y los cadáveres de los pájaros. Thibaut apunta con su rifle a Sam. Ella no se amedrenta. Pone las maletas junto a sus pies como alguien que estuviera esperando en un andén de ferrocarril.

—Escucha, americana —le dice. Trata de que su voz suene dura—. Yo soy París. Main à plume. —*Mentiroso*, piensa. *Ni siquiera tendría que estar aquí*—. He combatido demonios, manifs, nazis, colaboradores, y los he matado a todos. —La carta de Marsella en el bolsillo, esa ficha secreta de rebelión—. ¿Por qué iban detrás de ti? Ya te lo he dicho. Nunca he visto mesas lobo como esas, ni manifs que obedezcan a los nazis.

—¿No? ¿Y la *aeropittura*? —pregunta.

Él parpadea.

—Esos apenas cuentan —dice—. Los manifs fascistas, como los que precipitan esas futuristas presencias de aviones, son muy escasos. Y no obedecen a nadie, ni a fascistas ni a los que no lo son, simplemente... dan tumbos por ahí.

—¿Fovistas? —dijo—. ¿La insignificante vieja estrella?

Durante un breve tiempo, los pastores de arte de los curadores de Vichy de «Jeune France» habían intentado dirigir los chillones pavoneos salidos de los lienzos de Derain, el confuso y melancólico punto de luz gris autofabricado con líneas escritas por un entusiasta de Vichy. Las presencias, sin embargo,

resultaron desilusionantes y descontroladas. Thibaut no ha sabido nada de esas toscas y coloridas figuras fovistas en mucho tiempo, pero la estrella se supone que aún acecha las calles algunas noches, emanando perplejidad.

—¡Las mesas lobo son surrealistas! —grita Thibaut—. No puedes compararlas con un poema de una estúpida americana ni con garabatos fascistas o mierdas derainistas...

—He visto cosas peores que esas mesas obedeciendo órdenes —dice Sam—. Una cosa enorme salida directamente del arte. No te engañes con que el Reich no puede manifestar cosas a veces.

Thibaut entornó los ojos.

—Te equivocas —le dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Si tuviera todos los carretes revelados te lo podría enseñar.

—¿Cómo es que sabes tanto de todo esto?

—No eres un buen interrogador. Pasas a otras preguntas cuando yo ni siquiera he contestado a las primeras. ¿Por qué me estaban persiguiendo? ¿Te acuerdas?

—¿Y por qué lo hacían?

—No, pasemos a la otra, de hecho. Sé de todo esto porque es mi trabajo. Llegué hace semanas. Soy de Nueva York. Soy fotógrafa y comisaria de arte.

—¿Viniste a través de las barricadas? —preguntó Thibaut, subrayando lo de las barricadas—. ¿De fuera?

—Venga. Hay formas. Tú lo sabes. ¿Podrías apuntar con el rifle a otra parte? Me las he arreglado bastante bien a la hora de ocultarme, eso pensaba. Pero cuando estaba en el octavo me di cuenta de que esos oficiales me seguían. Con sus... perros. Fui al sur por el Gran Palacio. Debieron de seguirme.

¿Entiende esta mujer lo que está diciendo? El bulevar Haussmann, las avenidas de los Campos Elíseos y la avenida de Friedland, Montaigne y Jorge V: estas y las calles vecinas del decimosexto y decimoséptimo, alrededor del Arco del Triunfo, son el reducto de los nazis.

Hay otros a través de la ciudad, claro, como las fuerzas aisladas del décimo que había visto dispersarse por la Vélo, desconectadas unas de otras, o conectadas por líneas protegidas. Pero el cuartel general de las SS está en la avenida Hoche; el Hotel Majestique es donde los altos mandos militares ejercían aún un poder remanente. La rue Lauriston es el cuartel general del

Grupo Activo de Hesse, los ayudantes de la Gestapo francesa, la Carlingue. Esas calles estaban patrulladas por oficiales y los aliados demoníacos de mayor confianza.

Toda la zona servía de confinamiento militar y demoníaco. Los pocos parisinos civiles que quedaban dentro servían a su microeconomía. Si los manifs entraban allí se los echaba o se acababa con ellos con fuerza implacable.

Muy ocasionalmente, algún grupo de la resistencia podría infiltrarse, hacer un asalto: un robo, la liberación de camaradas, un espectacular acto de violencia. La última vez fue hacía años, y fue en París donde habían atacado los rebeldes.

De Gaulle se había sentido predeciblemente horrorizado por el cambio en la configuración del Arco. Cuando los sueños de la explosión pasaron, la enorme estructura estaba inclinada a un lado con aire de sosiego. El interior de su curva de piedra estaba húmedo, con fluidos de autogenerada orina. El urinario de un gigante.

A Thibaut y a todos los Main à plume les pareció delicioso. Para los franceses libres era grotesco. Enviaron dinamiteros encubiertos más allá de las habitaciones de tortura, los barracones y los ministerios donde los funcionarios atrapados urdían sus extraños planes fascistas. Al amanecer los soldados de los franceses libres detonaron su artefacto y, con una enorme descarga de humo y fuego, hicieron explotar el arco ladeado, bañando las calles con escombros y orín.

Las piedras siguen estando en el lugar en el que cayeron, ahora secas. De Gaulle dijo que estaba rescatando el honor de París.

Había sido una cortina de humo, sabía Thibaut, para apartar la atención del fracaso de su anterior asalto en Drancy, el campo en la zona exterior del asedio y los distritos del casco antiguo. El cerrado y misterioso edificio en forma de herradura repelió a los franceses libres, para su vergüenza.

Y ahora esta turista afirma que entró y salió de esa zona regulada.

—Estaba sacando fotos —dice.

—¿De qué?

—De todo. Lo último que vi fue la Propaganda Staffel. —El edificio de los censores, donde las autoridades fascistas supervisan lo que queda de la propaganda y el arte en una ciudad en la que el arte cazaba. Lo que quería decir mucho. Abre una maleta y saca un cartucho de película enrollada—.

Para mantener un registro.

Ella le pasa uno y le da permiso con un asentimiento de cabeza. Thibaut lo desenrolla un poco, lo pone bajo la luz de una farola que entra por la ventana. Entrecierra los ojos para ver las diminutas imágenes. Calles bloqueadas en negativo. Tanques junto a la pirámide del parque Monceau, disparando en formación a un enorme pez de cabeza falciforme, un manif de Lam nadando violentamente en el aire. Una columna humanoide. Thibaut lo mira más de cerca. Es una mujer hecha con guijarros desproporcionados, tumbada sobre la hierba, con las piernas lánguidamente metidas en el agua.

Sam abre un cuaderno para que vea su nítida escritura en inglés.

—Un libro —dice—. *Los últimos días de Nueva París*.

Él está muy quieto.

—¿Qué? —logra decir al fin.

—Estoy aquí para tomar nota de todo esto. —Ella lo mira burlona—. No creerás que esto puede resistir, ¿verdad? No puede. No debe. Pero seguirá siendo una tragedia cuando acabe. ¿No crees que esta ciudad se merece ser conmemorada?

Thibaut desenrolla unas pocas fotografías más, nervioso al ver las imágenes de lugares que nunca ha visto, en su propia ciudad. Que él está dejando atrás. Hay tantas cosas. Es un mundo. ¿Podría de verdad acabarse?

Mira de cerca lo que le está enseñando, los materiales de un panegírico. Estos son sus lugares.

—Es difícil revelarlos aquí —le dice Sam—. Me he quedado sin productos químicos. El resto esperará hasta que haya salido.

Negativos de soldados y demonios, puestos de ametralladoras, filas de vehículos, la zona nazi. Embriones de un libro. El primer y último diario de viaje.

—Necesitamos esto —dice—. Para cuando todo haya acabado.

Thibaut mira las diminutas oficinas con esvásticas en las paredes, sus escritorios llenos hasta arriba de papeles. Primeros planos de esos papeles. ¿Cómo entró allí?

Aquí: el palacio Garnier, sus escaleras semejantes a huesos de dinosaurio. Entorna la mirada. Le Chabanais, las paredes del gran edificio disueltas, la luz vislumbrándose a través de la resina que se ha depositado alrededor de hombres y mujeres suspendidos en el aire y en la opulencia y en las telas hinchadas y los accesorios dorados del interior. Una marioneta vegetal,

fibrosa, un compuesto floral con un rostro humano huidizo de crecientes flujos arriba en el bulevar Edgar Quinet. Thibaut frunce el ceño al ver un brazo, los restos de una estatua blanca, un rostro humano desfigurado de más de dos metros de alto, tirada con expresión adusta sobre una pila de cimientos. Plumas de polvo de piedra.

Entonces la veta de un flanco gris. Una curva del tamaño de una casa. Thibaut parpadea.

—Ese es Celebes —dice.

Sam le quita el carrete.

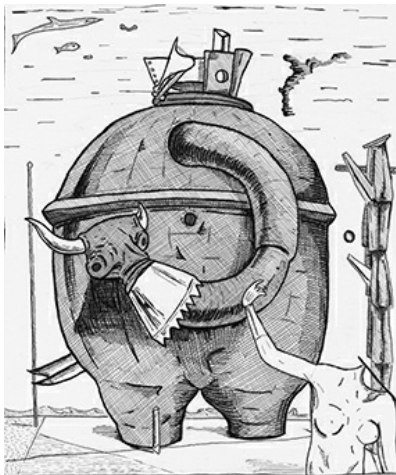
—Suficiente —le dice.

—Lo era. Viste a Celebes.

El manif más famoso de París, el elefante Celebes. Como una marmita de bordes grises del tamaño de un almacén, debajo de un *houdah* de formas geométricas, un tronco con cuernos de toro que se balancea como un pequeño tren.

—No lo sé —dice—. Vi algo. Fue rápido. Saqué una foto y corrí. Solo fue un vistazo.

—¿Estás aquí para sacar fotos? —dice él al final, como con desdén. Como si él no las hubiera mirado. Observa con anhelo la película que la mujer sostiene—. ¿Sacar fotos para un libro?



El sol sobre París no es un círculo sin nada dentro, ni negro ni de oscuros brillos. No es el calco brillante de una gran moneda, emborronado como si fuera papel arrugado. Hoy parece común y corriente.

Thibaut y Sam caminan por el decimoquinto. Sam dice que nunca ha visto

estas calles, pero se mueve con confianza, mirando sus libros. Se agachan y se ponen a cubierto cuando oyen disparos o combustión demoníaca, los errados compases de los cascos de un manif. Pasan sobre una intersección de líneas de tren. Sin saber por qué, Thibaut deja que ella vaya delante.

Hay sonidos debajo de ellos. En las sombras bajo el puente se cierne un humo negro que destiñe el suelo. Sam lo mira fijamente. Thibaut observa cómo flota. Ve que cambia contra el viento. Que toma formas.

Fumages, figuras de humo que aparecen y desaparecen flotando. Pelean sin hacer ruido por el cuerpo de un hombre: le desgarran la ropa, lo manchan de hollín y lo levantan con sacudidas de viento.

Las presencias se detienen. Dejan caer el cadáver. Alzan poco a poco la mirada hacia Thibaut y Sam, levantando sus cabezas de humo. Él ve duda en los manif, mientras ellos lo observan sin ojos. Ve que la vencen, que algo ha cambiado y que no los retendrá.

—Vamos —dice.

Sam trata de sacar la cámara mientras echa a correr. Él intenta protestar, de meterle prisa, trata de quitársela, pero ella lo aparta de un manotazo con sorprendente fuerza. El aire cambia mientras entran a traspiés en la decimocuarta. Sam ahora está detrás de él, Thibaut corre y ve que ella de repente se está arrodillando sin aliento. Sujeta la cámara con una mano, la otra se apoya en el suelo.

Los *fumages* se han levantado. Están sobre el puente. El corazón de Thibaut se acelera al verlos. Se mueven a medio coagular, una masa turbia de tizones. Se estiran y van hacia ella.

Antes de que pueda dar un paso hacia las figuras, de intentar ahuyentarlas de nuevo, el viento se levanta. Sopla con fuerza hacia los *fumages*, que se debaten en el aire y empiezan a deshilarse en volutas. No logran fusionarse. Luchan por quedarse, pero el viento rachea y se disipan en hebras mientras sus rostros de humo gritan en silencio cuando son arrancadas de allí.

Thibaut se pone una mano encima de los ojos mientras el viento racheado amaina. Al fin se vuelve hacia ella, y la cara de Sam no revela ninguna expresión.

—¿Las conseguiste? —pregunta Thibaut.

Ella lo mira sin comprender, así que él señala a la cámara. Aún la tiene

subida.

—Ah. Creo que sí.

Huele como a alquitrán en la calle Vercingétorix. Sam lo guía hasta una puerta negra.

Thibaut usa la fuerza que le da el pijama para apartar los restos de un coche. Está tan oxidado que el metal apenas protesta. Apila las piezas para hacer un escondite. Sam desdobra un trípode y una cámara, señala la puerta del 54 de la calle du Château. Unas cortinas grises y mugrientas cubren las ventanas.

—Vale —dice Thibaut—. ¿Qué hay aquí?

—Ya tengo a unos cuantos manifs —dice Sam—. La cabeza de caballo. La mujer de piedra que viste. He ido al Trocadero. —El salón de conciertos regresó el día después de la bomba S. Tiene leones. Sam se va emocionando a medida que avanza en la descripción—. Pero necesito tantos como pueda conseguir. Todos ellos. Si tengo razón —continúa—, va a nacer algo muy particular aquí esta noche.

—¿Cómo lo sabes?

Señala los libros.

—Leo entre líneas.

Cuando era muy joven, le dice, quería ser una bruja. Todo lo que dice le hace sentir desalmado. Está convencido de que ella se pregunta por qué la acompaña.

Sam quiere contarle cómo quedó prendada del arte que ahora hace de París lo que es.

—Primero fueron fotografías de monstruos —dice—. Demonios y hombres del saco. Brujas, alquimia, magia. De una cosa pasé a la otra. No soy la primera en recorrer ese camino. Piensa en Seligmann. Colquhoun. ¿Ernst y De Givry? ¿Flamel y Breton? Has leído el Segundo Manifiesto. «Pido la ocultación profunda, verdadera, del surrealismo.»

—No es lo que quería decir con eso —dijo Thibaut.

—¡Dijo que quería encontrar la piedra filosofal!

—Y dijo que quería perderla de nuevo.

Se miran. Sam hasta sonrío.

—De los demonios a Bosch, a Dalí —dice—. De él a todo esto. A los

manifiestos. Por eso estoy aquí.

Ella vacila, después continúa rápidamente.

—Cuando empezó a salir información después de la bomba, sobre la bomba, tenía que venir. No sabes lo que era ver las grabaciones.

—No. Estaba ocupado siendo material para las grabaciones.

—No estoy sugiriendo que fuera más fácil para ti. —Desvía la mirada hacia el cadáver de un cuervo—. Estaba en la galería. —Suena como si estuviera tratando de recordar un sueño—. Todo el mundo estaba gritando por todas esas pinturas demenciales y espasmódicas que salían de París, todos los manifs. «¿Qué es eso?, ¿qué es eso?». Y yo sabía exactamente lo que eran. Conocía los poemas y los cuadros, y sabía lo que estaba viendo.

Desde que estallara la bomba, los curadores han sido virgilio. Sus monografías y catálogos, ahora almanaques.

—La bomba S —dice Sam, despacio— tenía unas directrices.

Ella encuentra algo en una copia de *Le Surréalisme au service de la révolution* y lo mantiene abierto para que lo vea. Thibaut lee: «Ciertas posibilidades para el embellecimiento irracional de una ciudad.»

—Hicieron sugerencias —dice Sam.

Lo ha leído antes, hace mucho tiempo. Lo vuelve a leer: provocaciones, una vez fantasiosas, ahora ciertas, descripciones de París, de años antes de la bomba.

—Tuve suerte de que oyeras mis disparos —dice Sam cuando él se reclina—. Gracias de nuevo.

—¿Encontraste espectros en el bosque? —pregunta Thibaut. Su tranquilidad es algo que escapa a su comprensión—. ¿«Azules de química de máquinas retorcidas de un azufaifo de carnes podridas»?

—Sí —responde—. Y saqué su fotografía. Estarán en el libro. Quiero las ruinas. Los soldados. La Resistencia. —Le saca una foto con el pijama.

—¿No está demasiado oscuro? —le pregunta Thibaut.

—No para esta cámara.

Thibaut respira profundamente y reflexiona. Una edición rústica. Fotografías, panegírico, las noches y los días de París después de la explosión. ¿Quién escribirá el texto?

—Así que los nazis te vieron sacando fotos y fueron a por ti —dice—. Con esas mesas lobo. Creen que eres una espía. ¿Qué sacaste?

Sam examina la cámara.

—Lo que busco sobre todo son manifs —dice. A Thibaut le parece ver desagrado cuando dice eso, además de entusiasmo—. No me marcharé hasta que los haya cogido a todos.

Escuchan el ulular de los depredadores y el grito de las presas asombradas de existir. De detrás del coche destrozado una esfera con plumas del tamaño de un puño aparece rodando y levantando polvo. Se abre. En el centro hay un único ojo azul que mira con fijeza.

Sam también se lo queda mirando.

—Está comiendo —dice Thibaut—. Se alimentan de la mirada. —Le hace sentir bien contarle cosas que ella no sabe—. Los puedes atrapar y engordarlos a base de enseñarles colores brillantes. Después los asamos. — Era una carne grasa con todo lo que habían visto. Una horda de esas cosas llega rodando detrás de la primera. Sam saca fotos de ellas mientras la miran.

Thibaut decide que se quedará con ella un tiempo.

Llegan los mosquitos.

—Oí que había una célula de tu gente —dice Sam—. Una grande, quizá la más importante. Que había un plan. Oí que les tendieron una emboscada.

Thibaut calla y no levanta la mirada. Sigue dividiendo la comida. Tiene pan y carne ahumada. Sam tiene chocolate que dice que consiguió en un trueque con un agente secreto estadounidense en una misión de asesinato.

—Están todos aquí —le dice Sam cuando ve que mira—. Este lugar está lleno de esos. Aquí se las tienen que arreglar solos.

—Ese agente secreto no guardaba muchos secretos —dice Thibaut.

Sam se ríe.

—Al principio, sí. Pero siempre terminan contándotelo.

Cuando los alemanes sellaron la ciudad, el gobierno estadounidense, como todos, expresó su furia. Y, también como los demás, se sintió aliviado. De que los manifs y sus energías (o los demonios) fuesen confinados.

—Pero no puedes controlar esto —dice Sam—. A lo sumo puedes hacer que vaya más despacio. Han empezado a suceder cosas.

Le habla de las campañas del norte de África, la miseria que continuaba en el Pacífico, de Europa después de la lluvia. Pero Thibaut de lo que más quiere oírle hablar es de París. Porque quizás él haya estado demasiado cerca para ver. *La misión está vacante.*

El brillo de la farola más cercana se intensifica, después mengua. Un animal aterriza sobre el alféizar de una ventana, un mono alado con ojos de búho. Los observa.

De algún lugar llega un fuerte chasquido y sale volando enseguida. El edificio cruje como un barco.

Algo está rechinando en el interior, algo golpea y se acerca. Algo desciende detrás de la puerta.

—Papel doblado —susurra Sam—. Dóblalo y ¿a ver qué sale?

Paso paso paso. Los sonidos se acercan, detrás de la madera. Un rascar y el lento, lento clic de una cerradura. La puerta se abre de golpe. Dentro está más oscuro que en la calle.

Thibaut no respira. Con un cuidadoso paso tembloroso algo sale de la sombra.

Una cosa imponente, bamboleante. De tres metros. Más. Parpadea con gravedad alienígena.

Se pone de pie como una persona debajo de un enorme peso, oscilando sobre dos piernas flacas. En la cintura está hecho de líneas, retales industriales. Una mesa de trabajo inclinada parecida a un yunque, fragmentos y partes de maquinaria más altos que la cabeza de Thibaut. Se queda mirando un poste de objetos fetichistas. Un banco de sujeción sobre piezas de motor, sobre pies de un paciente humano. Encima de todo, la enorme cara de un viejo con barba que lo mira desde lo alto con extraña curiosidad. En su barba, un tren a vapor del tamaño de un garrote, con una chimenea que suelta humo entre los pelos de la barba. El viejo tiene una larva encima de la cabeza. Una especie de oruga brillante de largas extremidades, agarrando una hoja descomunal. El bicho se retuerce y el sombrero de hoja aletea, un seto vivo de sofisticada elegancia.

Una totalidad aleatoria, de partes suturadas por el azar. Se yergue. Thibaut se queda mirando la cosa. La cosa lo mira a su vez, como hizo aquel primer manif que se encontró, pariente de este, a través de la rejilla de su casco, años atrás. Se oye el clic de la cámara de Sam.

—Exquisito —susurra. Por primera vez Thibaut oye miedo en su voz—.

Un cadáver exquisito.

Una fea percusión les saca del asombro de un sobresalto. Se oyen tiros y gritos. Desde la oscuridad llegan soldados alemanes.

Thibaut se agacha detrás de los restos del coche y dispara.

Detrás de los nazis atacantes, un jeep avanza a sacudidas hacia ellos por encima de los escombros. ¿Cuánto tiempo llevan esperando esos soldados?

Thibaut dispara mientras llegan, trata de apuntar, cuenta y calcula hasta donde puede ver. Son demasiados. El corazón le late a toda prisa. Demasiados. Aguanta la respiración y mete la mano en el bolsillo, por la carta, *esta vez, piensa, a tiempo.*

Pero el cadáver exquisito está avanzando hacia la carretera.

Los soldados lo miran boquiabiertos y disparan. La cosa levanta los miembros y todas las balas alemanas, incluso las mal apuntadas, curvan su trayectoria en el aire, vuelan justo hasta aquello y tachonan el cuerpo con reverberantes sonidos.

Algunos de esos disparos iban dirigidos a Thibaut.

Los soldados tienen redes y extrañas maquinarias. Thibaut puede sentir las. Un lazo restalla y atrapa al manif. En el jeep Thibaut ve a dos hombres, un conductor uniformado y rechoncho, un sacerdote vestido de negro. Vuelve la mirada a Sam y parece como si ella estuviese rezando. Thibaut golpea el suelo con su porra de cuerda, el retorcido látigo de la mesa lobo.

El cadáver exquisito da un salto. Mientras dura, todo el mundo en la calle de París siente como si estuviera en el entresuelo de una escalera moteada de serpiente.

El mundo rota...

... y Thibaut y Sam y el cadáver exquisito están muy lejos de donde estaban, a metros de los nazis. Hay silencio y confusión.

La cuerda, que llega hasta la máquina ahora lejana de la base plana del jeep, aún tiene enganchado al manif. Una polea empieza a tirar y la cuerda se tensa, se estira para atraer el cadáver exquisito.

La cosa tira hacia atrás como un caballo travieso. Se vuelve con un interés de ojos ancestrales a los oficiales del Reich. Infla las mejillas y pone las

extremidades como un semáforo, se sopla en la barba con un sonido sibilante, rasga la calle con los bordes de su cuerpo de maquinaria.

Un desgarrón lleno de blanco. Los límites de la realidad se rompen. Los nazis se tambalean en el lado equivocado y pedazos rotos de coche se desmoronan en el vacío como de papel.

El cadáver exquisito inclina la cabeza y los nazis dan tumbos y caen y se resbalan como si los hubiera empujado.

Sam está escapando del desgarro y de los soldados. Thibaut duda, aprieta sus tendones interiores y va hacia el cadáver exquisito. Le da unas suaves palmaditas con la punta de la cuerda-garrote.

El cuerpo de la cosa resuena debajo de ese toque como un horno vacío. Se da la vuelta despacio y mira hacia abajo con su cabeza y ojos de hombre. Thibaut retrocede. Con pasitos nerviosos, el manif lo sigue.

—¡Vamos! —grita Sam.

Los nazis disparan desde el otro lado del agujero que se está reconstruyendo, y Thibaut extiende el pijama hasta ponerlo como escudo, como una vela convertida en arma y, con el cadáver exquisito detrás de él, echa a correr.

—¿Oliste el humo que salía de ese jeep? —pregunta Thibaut.

—Humo de sangre —dice Sam—. Ya no va con gasolina. Tienen que repararlo con la ayuda de demonios.

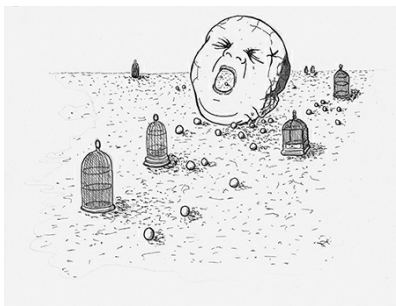
—Estaban intentando atrapar esto —dice Thibaut—. Como con las mesas lobo. Están intentando controlar a los manif. Y casi lo consiguen.

—No, a este no —dice Sam. Echa una intranquila mirada a su espalda y la aparta de nuevo—. No tenían ni una posibilidad.

La cosa pisa con fuerza detrás de ellos.

Thibaut ha desenrollado su porra y ha colgado la cuerda de vaquero de mesas alrededor de una de las extrusiones de metal del manif, que no son exactamente miembros. No es una correa (no está tensa y Thibaut no se plantearía tirar de ella) pero él lleva un extremo y el manif no se opone a llevarla, así que, unidos por la atadura, el arte viviente acompaña a Thibaut como si fueran de la mano.

Es por la mañana, una parte de la ciudad devastada convertida en un panorama llano de cenizas. Están entre escombros llenos de jaulas de pájaros. Algunas están vacías, otras contienen aves silenciosas y vigilantes. Una pantalla rota; una camada de cabezas de muñecos resquebrajadas como conchas; una cosa inmóvil como una niña pequeña de pie con un vestido blanco y mirando con un agujero sin rasgos donde una niña tendría rasgos. De ella apartan sus pasos y sus miradas. Más adelante, una cabeza de bebé del tamaño de una habitación sobresale del suelo como el lomo de una ballena, mirando el cielo. Lloro en silencio. Sam toma una fotografía.



Más allá de cajas de mariposas disecadas ven cortinaje colgado de los árboles. Oyen armas espectrales. Este lugar es un campo de tiro encantado por balas fantasma.

—Es el paisaje de Toyen —dice Sam.

—Ya sé lo que es —dice Thibaut—. Soy un Main à plume.

El cadáver exquisito rebusca en el polvo. Sam lo mira con la misma expresión que tenía la noche anterior, cuando al final aminoró el paso debajo de un balcón suspendido durante su delicuescencia, se giró y se quedó mirando al manif.

No pudo evitar dar un respingo hacia atrás ante la visión, y el cadáver exquisito retrocedió también, y pateó. Alarmado, Thibaut trató de calmarlo, había concentrado su atención a ese fin. Para su asombro, la cosa se calmó.

—No les gusto —dijo Sam.

—¿A los manif? —preguntó—. No tienen ninguna opinión sobre ti.

Pero cuando la convenció al final de que cogiera la cuerda, el cadáver exquisito le enseñó los dientes, y Sam la soltó.

—Parece que sabe que eres un aliado —dijo.

Ahora Thibaut tensa su intuición de nuevo. El manif exhala vapor de su

barba-tren de nuevo. Lo sigue como algo que sabe algo.

En el cielo, una tormenta de pájaros toma la forma de un ave enorme, después de una figura danzante, antes de dispersarse. Sam saca una foto de eso también.

—Fue cuando salía —le dijo Thibaut bruscamente—. Cuando te encontré.

Sam aguarda.

—Un tiempo antes encontré una mujer montada en un manifiesto —vuelve a decir Thibaut.

—La Vélo —dice Sam—. Oí algo de eso...

—¿Oíste? —Thibaut puede sentir la carta en su bolsillo—. Bueno, estaba allí cuando la pasajera murió. Y cuando rebusqué entre lo que llevaba... Creo que era una espía. Como tu hombre del chocolate.

—Naturalmente.

—Británica. Dirección de Operaciones Especiales. —Thibaut levanta la cuerda que lleva—. Estaba controlando a su manifiesto con cuero, también. O tratando de hacerlo. No conservamos la correa: deberíamos haberlo hecho. Tenía un mapa. Con estrellas dibujadas y notas.

—¿Y qué decían las notas?

Constelaciones de París. Habían sacado la cosa sucia de su bolsillo interior.

—La mayor parte estaban tachadas —dice Thibaut—. Eran los nombres de objetos perdidos. Manifiestos famosos. —Thibaut la mira y ve que entiende—. Pensé que quizá los coleccionaba. Estaba cazando artefactos, eso seguro. Pero quizá no eran para ella.

—¿Había encontrado alguno?

Nota como si la carta estuviese moviéndose en su bolsillo.

—Bueno —dice—. No llevaba ninguno encima. Quizá los tachó cuando descubrió que habían desaparecido.

—O los cogió y los pasó.

Se pasó la lengua por los labios.

—Bueno —dijo—. Al final, lo usamos. El mapa. Claro. Mis camaradas y yo. Fuimos a buscar. Fuimos al bosque de Boulogne.

—¿Por qué?

—Porque era el sitio que no tenía una estrella tachada.

—Me refiero que por qué al final. ¿Por qué no fuisteis directamente de caza?

—Ah. —Mantiene la vista en el horizonte—. Los persuadí para que

esperaran. —Sus camaradas no habían sabido para qué, pero habían aceptado—. Había oído algo sobre ese plan que dijiste. Nunca supe los detalles. Solo que era algún asalto. Pensé que deberíamos esperar, ver si oíamos algo. Por si salía bien.

Ella no dice nada, así que tiene que seguir.

—No salió bien —susurra—. Salió mal. Chabrun, Léo Malet y Tita, un montón más. Murieron.

—Eso oí —dice Sam—. ¿Sabes qué ocurrió?

—Creo que llegó a oídos del enemigo. Ellos atacaron primero. Y seguro que tenían alguna clase de... arma. —Hace una mueca que muestra los dientes—. No sé exactamente el qué, pero nuestra gente... murieron los mejores. Los mejores. Los nazis tenían que tener algo preparado para adentrarse en esas calles. —Él pudo haber estado allí, podría haber estado allí, con los que ahora estaban muertos. Entonces él estaría muerto también.

Salvo si su presencia hubiera cambiado las cosas.

Thibaut había luchado contra la Carlingue una vez, junto con Laurence Iché. Un día lleno de una luz plana, los dos patrullaban, ella enseñando al novato el área. Un barrido rutinario de una zona tranquila. Sin esperar nada, se encontraron con los restos de un grupo maltrecho y una emboscada.

Se había lanzado allá mientras gritaba que se pusieran a cubierto, intentando disparar al tiempo que avanzaba, tratando de recordar el entrenamiento mientras se encogía bajo el fuego. Cuando se volvió y consiguió ponerse medio de pie, Iché estaba allí de pie con su mugriento vestido de flores, sin parar de fumar, sin hacer caso de las balas que se estrellaban a su alrededor, con su brazo derecho levantado.

Ella rugió y un águila desproporcionadamente grande apareció y bajó en picado directamente hacia los hombres en la entrada del callejón sin salida. Mientras Thibaut se agachaba y veía cómo las alas les golpeaban y ellos ahogaban un grito e intentaban correr, ella había dicho algo más e hizo una oruga más larga y más gorda que un caballo con la cabeza de un terrible pájaro, y arrugándose y plegándose fue detrás del águila por encima del ladrillo roto. Thibaut oyó gritos y sonidos húmedos. Iché hizo aparecer una bañera llena de espejos destellantes y desmenuzados y la envió, resbalando sobre sus patas como garras, hacia el comandante de la Gestapo. Lo golpeó y lo atrapó con todas sus afiladas centellas. El oficial gritó y soltó una llovizna de sangre y reflejos.

—Vi a Iché manifestar sus propios poemas —dice—. No hay muchos que puedan hacer eso.

—Quizá tus camaradas tuvieran también una especie de arma secreta —dice Sam—. He oído cosas.

—Sí, no paras de repetirlo. No lo sé. No sé si tenían lo que querían. Si había algo.

—Bueno, había historias. Sobre una lucha. Entre uno de sus manifs, de vuestros manifs, y algo nazi...

—Yo también he oído rumores —la interrumpe Thibaut, para desconcierto de Sam—. Si tenían una puta arma secreta no funcionó, ¿verdad?

—¿Por eso te marchabas? —pregunta Sam al cabo de un momento.

No responde.

—¿Qué sucedió en el bosque? —insiste—. ¿Encontrasteis lo que estabais buscando?

—Tendría que haberme ido entonces, joder —dice Thibaut—. En cuanto me enteré del fiasco. De que murieron. Pero me quedé. Todos nos quedamos. Decidimos seguir el mapa.

Su célula. Alrededor de un fuego. Bebiendo en memoria de los muertos. Muertos de cuyas identidades ni siquiera estaban seguros. Sabían, eso sí, por el cariz de los rumores que ya les habían llegado, las transmisiones de código cifrado que hacían llegar los mensajeros a los límites de los distritos, alcanzándoles al fin, por el cambio en la atmósfera, por aquellos que como Thibaut podían sentirlo, que ese asalto fracasado cambiaba las cosas. Que se había perdido una oportunidad para su bando.

Ninguno de ellos durmió aquella noche, después de que se enteraran de la noticia, una noticia de cuya veracidad no podían estar seguros, pero de la que sabían con certeza que era verdad. Se reunieron y hablaron en voz baja, trataron de reconstruir cuál de las estruendosas detonaciones que habían oído durante la semana anterior por toda la ciudad había sido la de sus camaradas cayendo, en virtud de qué malvados poderes.

Aquellos que los habían conocido hablaron de los momentos compartidos con los que pensaban que ya no estaban. Él había inquietado a sus camaradas, en cambio, porque Thibaut no quería contar ninguna historia semejante de aquellos que lo habían reclutado. No quería decir nada. Tocaba la carta de Marsella con los dedos y pensaba en la chica que había ido en su busca y a la que él había dado la espalda.

Después de su rechazo, la mujer que había cruzado un territorio tan peligroso para encontrarlo no había vuelto a hablar. Otro habría rogado o insistido. Hubo un largo silencio, y él se obligó a mirarla a los ojos, y cuando al final ella tuvo claro que su postura era firme, se dio la vuelta sin decir palabra y subió por las escaleras.

Después de un segundo de duda, fue tras ella. En el piso de abajo, vio a Élise de pie y confusa junto a una puerta abierta de par en par que daba a un patio trasero con un muro roto, la noche y las calles, y la mujer que había llegado sin ser vista por ninguno de sus camaradas se había marchado de la misma forma, de vuelta a lo que fuera que se estaba tramando, sin él.

Más tarde, los nombres. Hérold. Raufast. Rius. Iché. Esa lista nauseabunda.

—Pero no —le dice a Sam—. Tenía que marcharme más tarde. Después del bosque. —Baja la mirada hacia el mugriento pijama que lleva puesto—. Sí, encontramos allí lo que andábamos buscando. Quiero decir, cuando sospechamos que los británicos lo querían, que lo estaban buscando, tuvimos más ganas de tenerlo, ¿verdad?

Una última oportunidad. Se despertaron una mañana y vieron que Cédric se había marchado. «Que lo jodan», había dicho Pierre, pero todos sabían que eran más débiles sin el sacerdote si los demonios atacaban. Thibaut desdobló el mapa de la espía y propuso un plan.

En Nueva París, el Sagrado Corazón está cubierto de una piel grumosa de pintura negra, y desde todas las espléndidas ventanas abovedadas, donde antes había cristal y umbrales sin puertas, ahora se proyectaban metros de cambiantes líneas de tranvía. Thibaut y su equipo caminaron hasta las sombras de la antigua basílica, donde las vías se agitaban como colas de lagarto, azotando el pavimento, y los tejados entre los latigazos y el rechinar del metal, moviéndose, apareciendo en el tejido de la zona, metiéndose en el suelo como si fueran una vieja infraestructura, estirándose repentinamente hasta desaparecer de la vista, crispándose para cambiar posiciones, desapareciendo de nuevo.

Cada pocos minutos u horas, emergía un tranvía y aullaba sin conductor saliendo del interior cavernoso de la basílica, y se precipitaba por alguno de esos raíles evanescentes hacia la ciudad.

Los Main à plume encontraron un lugar para esperar, treparon por una

escalera de brazos nervudos y musculosos que se retorció bajo su peso, para acurrucarse en un vivac en una esquina de la calle, observando manifs que los miraban, el ojo avizor por si aparecían nazis o demonios. Todo tenía una pinta más desoladora ahora que sospechaban un poco lo que había fallado. Los adoquines se movían delante de ellos para convertirse en raíles. Esperaron y apenas hablaron, principalmente se limitaron a ver cómo cambiaba el suelo, a ver los inoportunos tranvías.

Hasta que después de un día y una noche, Thibaut, con los ojos adormilados, vio un tranvía que salía como un gusano y se acercaba a ellos, con una señal en el cristal delantero que ponía «Bois de Boulogne.»

—¡Ahora! —gritó—. ¡Ya!

Los Main à plume salieron de sus escondites a la carrera, haciendo oscilar sus rezones, enganchando el tren como un novillo al pasar.

—Jean calló. —Thibaut recuerda el alarido y el resbalón—. Fue demasiado lento. Pero el resto subimos a bordo.

Se apoyaron, exultantes, sobre las traqueteantes ventanas, mientras el tranvía pasaba a toda velocidad por encima de las tumbas y hacía volar la tierra y las lápidas en el Cementerio del Norte. Los rieles aparecían delante de él y se hundían detrás, en la tierra. El tren exploraba y ellos estaban absortos en el interior.

Hasta el decimoséptimo, la calle Ganneron, abriéndose paso a la fuerza por los restos de los edificios cercanos de las calles Dautancourt, Legendre, Lacroix. Las luces del vehículo se reflejaban en las paredes interiores rotas. Y fuera otra vez, sobre vías donde el material rodante se descomponía.

—Fuimos demasiado rápidos para que nos atraparan —dice Thibaut—. Incluso cuando pasamos por delante de los nazis.

Para su terror, el tranvía descendió bruscamente, girando escaleras abajo hacia las profundidades de la estación de metro de Villiers, dio un salto hacia la vía más antigua que les esperaba y entró en los túneles. Atravesando destellos de fosforescencia y fantasmas. Aullando en la oscuridad. Los partisanos tenían demasiado miedo como para hacer ruido, hasta que ascendió y salió de nuevo.

En la estación de Porte Maillot el tranvía dejó las vías para adentrarse en los árboles. Las ramas y las hojas golpeaban las ventanas. Fueron más despacio. Estaban rodeados de verde. El motor se paró al final en un claro, tocando suavemente los topes que aparecieron del suelo para recibirlos.

Durante dos días los combatientes de la ciudad rastrearon a pie ese bosque onírico, dejando el tranvía para las zonas de matorrales. Vagaron en irregulares círculos cada vez más amplios, atajando rutas, comprobando el mapa de la mujer muerta.

Atraparon dos mesas lobo —las salvajes y asustadizas, con partes como de zorro— y usaron sus cuerpos de madera para asar los cuellos de carne. Comer la carne de un manif se suponía que te cambiaba.

—¿Qué fue lo que se llevó a tus camaradas? —pregunta Sam.

¿En qué monstruo está pensando? ¿Un gigantesco manif mujer sin rasgos agujereado por cajones que se abren para emanar cosas? ¿Un estrépito de maniquíes de Bellmer reptando como cangrejos sobre piernas de muñeca con articulaciones enartrósicas? Quizá se imagina un escuadrón de demonios con los nazis que los invocaron, torturadores de las SS trabajando con bestias de metros de alto y cubiertas con estalactitas de sulfuro.

No.

Encontraron al fin el tesoro, el pijama con la estrella.

Estaba flotando en una percha colgada de un árbol, meciéndose al viento, observado por búhos. Thibaut y sus camaradas se detuvieron al verlo bajo la ensombrecida luz de la luna, se detuvieron al sentirlo. Avanzaron con sigilo hacia el hilo dorado.

—Pensé que si estaba en alguna parte estaría en los Altos del Sena —murmura Thibaut—. «Mi pijama bálsamo martillo dorado de azul celeste.» —Cita el poema de Simone Yoyotte, «Pijama-velocidad», de las páginas de *Légitime Défense*. La tela estaba entretejida con legítima defensa—. No fui yo quien lo consiguió.

Pierre iba al frente, alargando un brazo para cogerlo, cuando un disparo que vino de entre los árboles lo derribó.

—Todos fuimos a ponernos a cubierto —dice Thibaut—. Nos habían encontrado. Nos habían seguido. No sé desde hacía cuánto. Dejamos huellas, seguro. Yo estaba justo detrás de Pierre. Cogí el pijama. —Tocó el dobladillo con la punta de los dedos—. Me lo puse. Para que no pudieran herirme.

¿Qué salió del bosque a por ellos? ¿Qué había seguido la pista de su incompetente trabajo de exploración, usándolos para encontrar este tesoro?

No fueron nazis de uniforme. Ni animales salidos del arte o ululantes expatriados del Infierno. Banalidades asesinas. Hombres y mujeres franceses, que vivían del robo, mataban por sorpresa. Aparecieron de pronto, emitiendo

lo que les debió haber parecido como sonidos salvajes.

El primer puñetazo poéticamente potenciado de Thibaut aplastó la cara de un bandido. Las balas golpeteaban contra él. A pesar de toda su renovada fuerza, vio con angustia que sus camaradas estaban muriendo, porque él aún se manejaba con torpeza en esa ropa.

Dio un salto potenciado que sobrepasó su destino por varios metros y cayó con el combate detrás de él. Una comedia espantosa. Un hombre acuchilló a Bernard y otro disparó a Brigitte en la espalda, mientras Thibaut se tambaleaba y trataba de ir hacia ellos.

Dos emboscadores cayeron por los disparos de los Main à plume, pero los asesinos habían logrado birlar un par de técnicas surrealistas también, y mientras Thibaut miraba, Élise gritó y se convirtió en una nube. Él corrió para reunirla pero ya era vapor, y desapareció. Patrice fue devorada por una manada de pájaros de madera, a los que trató de golpear pero no pudo destruir. Thibaut luchó con su fuerza espasmódica y sus camaradas cayeron.

Al final los bandidos supervivientes escaparon. Thibaut hincó las rodillas en el suelo en su armadura, llevando el tesoro a por el que habían venido. Se arrodilló entre los muertos.

—No eran demonios —le dice a Sam—. Ni manifs ni nazis. Solo parisinos.

Me marchó, se dijo cuando al fin dejó su duelo y se levantó, con sus amigos asesinados alrededor de él. Ese fue el detonante, no la catástrofe que no vio sobrevenida a sus líderes. Fue este pequeño asesinato. *Ya me cansé. La misión está vacante.*

Echó a andar.

Ya me cansé de este sueño.

—Yo puedo ayudarte a escapar.

Thibaut se pregunta por qué no está gastando la última carga de esa ropa insurreccional para atravesar el asedio y escapar, dejar las ruinas de París por las ruinas de la Francia que hay al otro lado. ¿Son estos de verdad los últimos días de la ciudad?

—Será un libro bonito —dice al final.

—Puedes ayudar —dice—. Puedo enseñarte cómo escapar. Pero, primero, necesito más fotografías.

Quiere el libro. Se da cuenta de ello con asombro. Quiere contribuir.

Thibaut ha aprendido a obedecer intuiciones semejantes.

Además, quiere saber cuál es la auténtica misión de Sam.

Agarra la cuerda del cadáver exquisito. No sabe lo que hace, ni cómo lo hace, para que lo siga, pero se le acelera el corazón. *Si hubieras estado con nosotros*, le dice en sus pensamientos. *En ese bosque*.

—La mujer de operaciones especiales —dice Sam—, dijiste que podía conseguir que la Vélo hiciera cosas.

—Bueno, eso intentaba.

—Ahí fuera se rumorea que están haciendo toda clase de experimentos. No solo cosas de arte: también ocultismo. —Mira al cielo—. Los aliados están trabajando en manifs. Los nazis en manifs. Los aliados están intentando controlar a los demonios. Oí que una versión de un manif de Baudelaire fue sacrificada a los nazis.

Thibaut no dice nada. Sospecha que se refiere al Baudelaire de la baraja de Marsella, Genio del Deseo. La hermana de la que él lleva.

—Cuando estaba entrando —dice Sam—, no paraba de oír que hay en camino más Teufel Unterhandleren.

Esos son los especialistas militares que persuaden a los demonios refugiados heridos, con cachivaches y encantamientos, según los términos de controvertidos pactos. Trabajan en estrecha cooperación con la Iglesia fascista de París, estudiando detenidamente libros de exorcismos y reliquias, debajo de Cristos de plástico crucificados con esvásticas encima, con diablos pintados a sus pies que los miraban fijamente con resentida servidumbre. «Por la gloria de Dios —había declarado Alesch—, retorremos su cruz y en su nombre gobernamos no solo sus aún ascendidos ángeles sino esos otros ángeles caídos.»

Su orden negocia con demonios. Los sacerdotes de Alesch no son exorcistas: son antiexorcistas.

—No dejo de escuchar esas historias —dice Sam—. Sobre nuevos factores. Sobre algo llamado Fall Rot.

Capítulo cuatro

1941

—No puedo creerlo. —La voz de Mary Jayne temblaba—. ¿Después de la que me lio? ¿Trae aquí a un desconocido? ¿Es que ha perdido la cabeza?

—No sé —dice Miriam Davenport—. Ya lo viste... Está de un humor extraño.

Mary Jayne se llevó un dedo a los labios cuando Fry entró de nuevo dando pisotones. Fulminó con la mirada a las dos mujeres. Davenport era pequeña y de tez oscura, Gold alta y de piel clara. Una yuxtaposición absurdamente perfecta, de pie a cada lado de la mesa oscura de madera junto a farditos de hierbas y botellas de vino bebidas a medias.

—Lo siento, pero no es lo mismo —dijo al final—. Te he oído. Mary Jayne, lo lamento, pero Raymond es un delincuente. Allaná esta casa. —Mary Jayne estaba de pie con las manos en las caderas—. Mientras que este Jack, este Jack Parsons... es solo un chico joven...

—No tienes ni idea de quién es —dijo Miriam.

—Estaba tan emocionado con la tal Colquhoun... —dijo Fry.

—A quien tampoco conoces —dijo Miriam.

—No. Pero André me habló de ella. Y Parsons está interesado en el movimiento... Solo le he pedido que cene con nosotros. —Ahora suplicaba—. Creo que divertirá a André y a Jacqueline.

—¿No fuiste tú quien me dijo que no podemos ir invitando a cada alma perdida que haya por ahí? —dijo Davenport.

—Algo está llegando a su fin —dijo Fry—. ¿No lo sentís? —Se sorprendió de sus propias palabras.

Este era el hombre que había elegido irse él mismo de la villa antes de ponerla en peligro, por ser alguien que estaba en el centro de atención. El hombre que, atormentado, prohibió a su buen amigo Victor Serge alojarse

allí, considerando que el disidente comunista podría suponer un riesgo demasiado alto. Ahora era el propio Fry el que llevaba expósitos a casa.

—Parsons dijo que era un científico espacial —observó Miriam, recalcando las dos últimas palabras.

—Un fantasioso, por tanto —dijo Fry con un gesto de impotencia—. Es inofensivo. —Apenas sabía ni lo que estaba diciendo—. Creo que todo irá bien. Es solo una cena.

La habitación de la vieja casa era hermosa y estaba en decadencia. Jack Parsons miraba a los extensos terrenos de fuera, donde un hombre y una mujer charlaban junto al estanque. Otro hombre se había subido a un árbol, estaba quitando fotografías de sus ramas, donde habían estado colgadas en peculiar exposición.

Parsons había venido a Francia en trenes y aviones, en aviones y barcos, y después tirando de favores y pagando sobornos. En ocasiones, cuando todo había ido en su contra, cuando las oportunidades habían fallado, cuando la obstrucción oficial resultaba demasiado implacable, cuando sus vagabundeos acuciantes e incompetentes parecían abocados al infortunio, entonces había hecho valer su voluntad.

Como muchas otras veces antes, en los Estados Unidos, había tensado los músculos de su mente. Como Aleister Crowley le había enseñado. Como los hechizos que susurraba cuando ascendían los cohetes que diseñaba. Estaba acostumbrado a interpretar con sumo cuidado y profundidad tales acciones, para ver si el mundo respondía y en qué sutiles modos.

Ahora en Europa no era necesario un análisis tan diligente de las consecuencias. Aquí los efectos eran extraordinarios.

Daba órdenes al universo. Le hubiera dicho al vigilante del tren «ya has visto mi billete», se hubiera esforzado por hacerse ligeramente invisible a la policía, para que el tiempo se rezagara lo bastante para que lograra empalmar sus viajes. Le habría encantado vivir un momento de incertidumbre, un tartamudeo de ruedas en la vía. En cambio, los revisores lo conducían a un asiento espléndido. La policía lo soltaba y retrocedía para permitirle escapar. El tren quizá retrocedía hasta el lugar en el que había estado tres o cuatro segundos antes.

Haz tu voluntad. En ese lugar la magia brotaba desde las profundidades. Lo

hacía sentir exultante, pero con náuseas. Ese despliegue lo hacía sentir mareado. *Quizá, aquí incluso puedo leer las mentes*, pensó.

Cuando cruzó la frontera, unos pocos kilómetros mar adentro, cuando entró en aguas francesas arrastrando su equipo casero e improvisado, Jack había sentido intensificarse la presencia. Algo en Francia iba demasiado mal o demasiado bien.

Le había dado, por supuesto, un empujoncito a Varian Fry, una pequeña modificación en la mente para que admitiera su visita.

—Démosle a esto otra oportunidad.

Jack habló, en su ausencia, con Von Kármán, su jefe y amigo.

Theodore von Kármán se llevó a Jack a trabajar al Laboratorio Aeronáutico. A Von Kármán le caía bien, lo consentía, le perdonaba lo que le parecían excentricidades con respetuoso buen humor. La mayor parte del tiempo hablaban de cohetes y de matemáticas, al menos al principio. La política vendría después. Discípulo de la Ordo Templi Orientis, Jack no estaba habituado a admirar a la masa de la humanidad: a Von Kármán no podía fallarle.

Von Kármán había parecido asqueado con las noticias que llegaban de Europa. «Se avecinan problemas», dijo.

Fue Von Kármán quien le contó a Jack, sin saber que estaba haciendo tal cosa, que había noticias en Praga que podrían alterar la tormenta de Europa. Una presencia que podría invocar. Von Kármán pensaba que no era más que folclore. Jack, en cambio, sabía la verdad, por su otro profesor. Von Kármán cultivaba sus matemáticas, el rigor de sus cohetes; Crowley cultivaba su espíritu, le enseñaba las otras leyes. Uno le contó a Jack el poder que había en Praga; el otro le dio la intuición de que era, sin duda, poder.

Ahora Jack no podía llegar a Praga. Pero también había esta no coincidencia, esta casa de surrealistas. Ellos, igualmente, eran fieles a la revuelta y al azar objetivo. Quizás en su presencia pudiese encontrar y pronunciar esas palabras de poder transfigurador parecido a las que había buscado y planeado articular en un primer momento.

—Quieren liberar el inconsciente —le había dicho Fry—. El deseo. —Se encogió de hombros—. Tendrás que preguntarles —añadió, pero Parsons no creía que lo hiciera. Con esa glosa entendía por qué Colquhoun estaba tanto en este grupo como en la orden de Crowley. *Sus objetivos eran los mismos.*

Soy el líder de la Logia Agapé. Ungido por el propio gran mago, el joven

científico fue el elegido de Crowley. *Soy un apóstol de la libertad. Como esta gente. Aquí para ayudar a mi amigo.*

Jack Parsons estaba en armonía con lo impío. Sentía que había magia del Infierno en el suelo de París, que alguien estaba invocando. Estaba convencido de que podía ayudarlo.

Así que comprobó sus herramientas y se vistió para la cena. Cuando entró en el comedor, todo el mundo se volvió para mirarlo, y vaciló.

Vamos, se dijo. Estás aquí por una razón.

Pintores, poetas, anarquistas, comunistas. Una serena mujer rubia le dio a Parsons su mano y se presentó como Jacqueline Lamba. Jack saludó con toda la educación de la que fue capaz y la siguió para conocer a su marido.

André Breton. Un hombre de rostro carnoso con el pelo peinado hacia atrás. Miró al joven estadounidense con los ojos medio cerrados y una casi lánguida intensidad. Parsons le devolvió su propia mirada.

—Quiero preguntarle algo —empezó Parsons—. Sobre Ithell Colquhoun.

—*Je ne parle pas anglais.* —Breton hizo un ademán de indiferencia y se marchó.

Jack frunció el ceño y cogió un vaso de vino. Un hombre de piel ligeramente oscura se presentó.

—Wifredo, Wifredo Lam.

Remedios Varo, una pintora de pelo negro y una intensa mirada, saludó a Jack sin demasiado interés. Una mujer alta y fría, Kay Sage, inclinó la cabeza. Jack saludó a todos y siguió mirando a Breton, que no quería hablar con él. Un hombre de ojos intensos llamado Tanguy se reía demasiado alto. Estos surrealistas llevaban ropas de cóctel estropeadas.

—Jack Parsons —le dijo Fry a un pequeño caballero sonriente, Benjamin Péret, que saludó a Jack con la boca torcida, mientras Mary Jayne y Miriam miraban.

—Está varado entre los nazis.

—¿Los nazis? ¿Has oído hablar de Trotski? —dijo Péret.

—Supongo.

—Dice que esos fascistas son polvo que es humano. —Péret asintió con fruición—. Tiene razón.

—¿Qué pensarían de ti, Parsons? —preguntó alguien.

Se sentaron a la mesa, donde había un pesado guiso de verduras condimentado solo con sal. Parsons respiró hondo y sacó fuerzas de la tierra contaminada de hechizos del exterior. *¿Acaso lo saben?*, pensó. *¿Que ha ocurrido algo?*

Estaba sentado en la Villa Air-Bel con artistas y radicales, escritores, los filósofos que las almas caritativas estadounidenses quieren sacar a escondidas de Francia. *¿Qué estoy haciendo aquí?* Miró su comida con aire de desesperación.

—Los extranjeros tienen que llevar siete documentos todo el tiempo — estaba diciendo Mary Jayne.

¿Por qué lo miraba de esa forma? ¿Había pedido él esa información? Jack había perdido el hilo.

—No me digas —dijo Jack—. Es una locura.

—Varian dice que eres científico.

—Sí. Trabajo con... —Hizo un gesto de zoom con la mano en el aire—. Cohetes. —*Hago volar bombas con fuego griego. Y me lo agradeceréis.*

—¿Sabes que nuestros invitados han hecho una baraja de cartas? — preguntó Miriam.

—No lo sabía.

—Sí —afirmó Lamba. Se rio—. Jugaremos contigo.

Atrapados en el interior de Marsella, en este preexilio, los surrealistas habían dibujado nuevos palos, una rebelión cartográfica. Estrellas negras para los sueños; Candados negros, Ojos de la Cerradura, para el conocimiento; Llamas rojas para el deseo; y las Ruedas para la revolución. Habían consagrado a sus predilectos como figuras: de Sade, Alice, Baudelaire, Hegel, Lautréamont.

—Se dice que las van a imprimir, en algún momento —dijo Fry, no sin esfuerzo.

—El juego es resistencia —dijo Lamba, con su marcado acento.

¿Es así como os rebeláis? Parsons se dio cuenta de que su disgusto tenía que ser evidente. En una ciudad llena de Gestapo, informadores, fascistas, combatientes. *¿Eso es todo?*

Breton lo estaba mirando al final, desafiante.

—Vi a dos chicos en la ciudad —le dice Miriam a alguien—. Los dos

llevaban cañas de pescar cruzadas en su espalda. ¿Lo entendéis? *Deux Gaulles...* es un juego de palabras, De Gaulle. Están mostrando su oposición.

Que alguien me saque de aquí, pensó Parsons.

—¿Qué es exactamente lo que le trae a este lugar, señor Parsons? —Mary Jayne estaba crispada—. Son tiempos extraños para viajar.

Parsons no era capaz de llevar la cuenta de los visitantes, aunque sus nombres, experiencia y posiciones filosóficas se le anunciaban de un modo que le parecía socarrón.

Cuando, tarde, entró un hombre delgado de rostro duro, Mary Jayne chilló de alegría y fue hacia él. Miriam lanzó una mirada furiosa e hizo ademán de levantarse, pero Varian Fry, aunque miró con gesto de desaprobación al recién llegado, le puso una mano sobre la suya y la contuvo.

Raymond Couraud, agarrado del brazo de Mary Jayne, recorrió lentamente la habitación con los ojos. Breton frunció los labios y apartó la mirada.

—Le dije a André que estabas preguntando sobre Ithell Colquhoun. — Parsons le oyó decir a Fry. El nombre llamó la atención. Breton estaba asintiendo con la cabeza con interés pasajero. Habló en francés y Fry tradujo lo que dijo—: Ella vino a visitarlo hace algún tiempo. Es por eso que incluyó su obra en ese pequeño volumen.

Eso era todo. Esta gente no es nada, pensó Parsons. *Nada*.

—Es malo para nosotros —le había dicho Von Kármán, de su familia, de los judíos de Europa—. Mi tatarabuelo, no sé cuántas veces tatarabuelo —le había dicho—, era el rabino Loew. ¿Conoces al rabino Loew, Jack? ¿De Praga? Modeló un hombre de arcilla gigante y consiguió la manera de darle vida para mantener a salvo a los judíos. ¿Sabes en qué lo convertía eso? En el primer matemático aplicado.

A Von Kármán le gustaba esa broma. La repetía a menudo. A Jack también le gustaba, pero por razones diferentes. Von Kármán tenía razón: construir vida era decir aleph cuando había silencio, sumar uno a cero. Jack leyó cuanto pudo encontrar sobre Loew, los esfuerzos y triunfos de ese hombre devoto.

Entre las trayectorias de caídas de cohetes, formas de arcoíris y gravedad,

entre sus imaginaciones de los gritos por todo el cielo que les enviaría a los nazis, Parsons, con cuidado y minuciosidad exhaustivos, desarrolló una aritmética de invocación, un álgebra de ritual. Un plan brujo.

Iré a Praga, decidió al final. Comprobó sus pruebas. Soy un ingeniero, el ingeniator, el hombre de la máquina, así que construiré una. Haré los cálculos sobre el terreno en el gueto. Traeré de vuelta a este golem.

Podía hacerlo. Esperó impaciente esos pasos oscilantes, esas gruesas manos de arcilla ensartando tropas de asalto nazis, la purga de la ciudad. Eso sacudiría esta guerra. *A la mierda, pensó. Lo haré por Theo.*

Y ahora se encontraba aquí, en Francia, atrapado por una guerra y ciencia diabólica. En la habitación que Fry le había prestado, antes de bajar, Jack Parsons había desenvuelto su máquina improvisada, que había construido para convertir en reales las matemáticas, para desenvolver el mundo. Baterías, sensores, un ábaco, cables y circuitos, transistores...

Colquhoun, la más deseada por Crowley y colaboradora del tal Breton, tenía que ser una puerta, ¿verdad?

Y ahora. Mira esta absurda estancia en esta violenta ciudad de reinserción. Jack estaba entre figurines y artistas. Había malgastado su tiempo.

Capítulo cinco

1950

Thibaut siempre había dicho Fall Rot, en inglés: una orden; dos verbos, o un nombre y un verbo; descomposición estacional.¹

—Operación Rojo —dice Sam—. Es alemán. Creo que es algo grande. —Lo observa de cerca—. Ya has oído hablar de ello —dice.

En la economía del rumor, los partisanos de París siempre están escuchando historias de sus enemigos. De cualquier mención a Rudy de Mérode, de Brunner, de Goebbels y Himmler, de William Joyce o Rebatat o del propio Hitler. Mito, espionaje, mentiras.

—¿Qué sabes de alguien llamado Gerhard? —pregunta Thibaut. Ese nombre que ha oído una vez, y solo una vez, cuando la mujer moribunda se lo susurró.

—Wolfgang Gerhard. —Lo dice despacio—. Nada. Pero he oído hablar de él. Un desertor de la Wehrmacht me vendió ese nombre en la frontera. Dice que está saliendo en las conversaciones. Junto con Fall Rot. De lo que ya había oído hablar, Fall Rot, de un hombre en Sebastopol. Es un mal sitio ahora. Lleno de demonios. —Esboza una sonrisa extraña.

—Había estado en París, ese tipo, y se hizo rico con lo que producía —continúa Sam—. No quería saber nada de Ernst, de Matta, Tanning, Fini, solo buscaba «cosas». Tenía un teléfono de ya sabes quién, que era... —Lo describe con las manos—. Una langosta. Con cables. Si te lo ponías en la oreja te agarraba y enredaba las patas en el pelo, pero te podía contar secretos. A mí nunca me contó nada. No le gustaba. Pero este tipo me dijo que una vez le susurró a él: «Fall Rot se acerca.»

—Por eso estás aquí —dice Thibaut—. Para averiguar cosas de esa Fall Rot. No para sacar fotos. —Se siente traicionado.

—Claro que estoy aquí para sacar fotos. Para *Los últimos días de Nueva*

París. ¿Te acuerdas? —Está siendo jocosa de una forma que no entiende—. Y también para averiguar otras cosas. Un poco de información. Eso es verdad. No tienes que quedarte conmigo.

Thibaut hace señas al cadáver exquisito a través del polvo de las ruinas. Sam se sobresalta al verlo.

—Te están persiguiendo —dice Thibaut—. Tienes una fotografía de algo que tiene a los nazis lo bastante nerviosos para seguirte la pista. ¿Qué les preocupa tanto?

—No lo sé —dice—. Tengo un montón de fotografías. Tendría que escapar para revelarlas y averiguarlo y hay mucho más que fotografiar primero. No puedo marcharme. Todavía no sé lo que está pasando. ¿Es que acaso tú no quieres saber algo de Fall Rot?

Lo que Thibaut quería era irse. Ser más rápido que quienes lo seguían, ahora quizá para saber qué imagen en los carretes de Sam contenía el secreto de alguna debilidad de los nazis, para usarla contra ellos. Pero, para su sorpresa, algo dentro de él, incluso en esos momentos, seguía siendo fiel a París. Le infunde ánimo pensar en ese libro de Sam, ese canto del cisne, esa despedida a una ciudad que aún no ha muerto. Quiere ese libro, y desde luego que hay fotografías que sacar. Cuando trata de pensar en marcharse, a Thibaut se le nubla la cabeza. Es una locura, *pero aún no*, piensa, *no antes de que hayamos acabado*.

El libro es importante. Eso lo sabe.

Se imagina un volumen de gran tamaño, encuadernado en cuero, con guardas dibujadas a mano. O de otro tipo, una edición más tosca, sacada a toda prisa por una imprenta ilegal. Thibaut quiere tenerlo en las manos. Quiere ver las fotografías de esas paredes en las que las grietas susurran y se mueven figuras rayadas con llaves; de las imposibilidades contra las que ha combatido, que ahora caminan con él.

¿Están cazando imágenes, entonces, además de información sobre Fall Rot? Sean las que sean, resuelve Thibaut, sí, eso están haciendo.

Sigue a Sam hacia el norte, sobre un vertido de arquitectura. En las calles sigue habiendo hileras de coches reparados, girasoles enormes se abren paso por los edificios, una partisana silenciosa se inclina sobre un rifle en la ventana de un último piso, mirándolos. Le levanta la mano a Thibaut en un

receloso saludo militar que él le devuelve.

Sam saca fotografías. Duermen por turnos. Al amanecer, un enorme tiburón aparece en el horizonte sonriendo como un ángel estúpido, y después mastica en silencio el cielo.

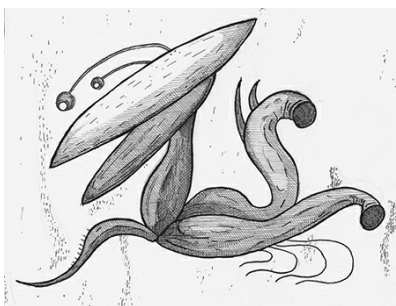
Mujeres y hombres que no están comprometidos con ningún bando, con nada salvo con tratar de vivir, han quitado adoquines y arado la tierra de abajo. Cultivan debajo de cambiantes ruinas, combatiendo cosas infernales y sueños salvajes. Han construido escuelas en salitas de estar para sus críos, en pueblecillos de una o dos calles. Han mantenido las barricadas.

Una está cerca del sitio que antes ocupaba una casa. Junto al camino, el agujero donde había estado el sótano se ha llenado de arenilla embarrada. Thibaut va más despacio aquí, puede sentir algo. Detiene a Sam. Señala. Hay huesos mojados en el pozo.

Los caminantes se quedan quietos y algo se retuerce en el lodo. Lazos hechos de partes tubulares se enredan, desenredan y se encabritan. El agua cae emitiendo un sonido de cascada, apartándose de una cabeza elíptica enorme y violenta que asciende, ahora que la emboscada ha fracasado.

Es un sandbumpious, una horrible cosa sacada de una pintura inglesa. Los mira con ojos sobre tallos cabeceantes. A juzgar por los restos que hay a su alrededor, se alimenta de los rezagados y de caballos escuálidos, como la mayor parte de los de su especie.

Sam saca una foto del depredador, que se levanta en el mantillo, siseando. Cuando acaba, Thibaut apuntala el fusil en las ruinas de un muro. Enfoca a su centro.



Su puntería no es muy buena, pero su atención puede mejorar el disparo, sus técnicas son poderosas, y la proximidad del cadáver exquisito lo ayuda. Cuando dispara, las balas se estrellan contra el agujero y su morador, el

animal allí revolcado da un balido y todo sucede deprisa, con una única llama, a una escala equivocada, que como la punta de una cabeza de cerilla gigante se prende y se apaga.

Llega un olor a quemado. El manif está muerto.

Thibaut y Sam siguen caminando y, entonces, alguien grita «¡Eh!».

Aparecen unos rostros recelosos por encima de la barrera cercana. Una mujer de cara hosca con el pelo debajo de una bufanda tira a Thibaut una bolsa con pan y verduras.

—Vimos lo que hiciste —le dice.

—Gracias —dice un hombre más joven de sombrero plano, con la mirada baja puesta en la escopeta—. Y, sin ofender, pero ahora a tomar por culo y no vuelvas. —Mira al cadáver exquisito.

—¿Esto? —dice Thibaut—. No dará ningún problema.

—A tomar por culo te digo y mantén alejados a tus nazis.

—¿Qué? ¿Qué me has llamado? —grita Thibaut—. ¡Soy un Main à plume!

—¡Los atraerás aquí! —grita también el hombre—. ¡Todo el mundo sabe que os están buscando!

Sam y Thibaut intercambian una mirada.

—¿Has oído hablar de Wolfgang Gerhard? —pregunta Sam a gritos.

El joven combatiente sacude la cabeza y les indica con un gesto que se marchen.

El viento explora los edificios. Oyen disparos en las calles lejos de allí. Thibaut y Sam bajan por algunos declives resquebrajados en el pavimento, que Thibaut entiende que son las huellas de algún gigante.

Cerca del bulevar Montparnasse, Sam comprueba sus mapas y diarios bajo la intensa luz del sol. Una anciana mira a Thibaut desde un portal. Le hace señas para que se acerque y, cuando lo hace, le da un vaso de leche. Oye una vaca mugiendo en el sótano.

—Cuidado —dice ella—. Hay demonios cerca.

—¿Por las catacumbas? —pregunta.

La entrada está cerca, junto a las casas de peajes llamadas la Barrière d'Enfer.

Se encoge de hombros.

—No creo que los alemanes sepan siquiera lo que están haciendo. El

observatorio está cerrado —dice—, y está lleno de astrónomos del Infierno. Por aquí, cuando miran por los telescopios, vemos lo que recuerdan.

La leche está fría y Thibaut la bebe despacio.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le pregunta.

—Solo ten cuidado.

En la plaza Denfert-Rochereau, el León de Belfort ha desaparecido de su pedestal. Rodeando la plataforma vacía donde estuvo la negra estatua, hay ahora una multitud de hombres y mujeres de piedra, todos con cabezas de leones.

Thibaut está contento entre esos congelados *flâneurs*. El cadáver exquisito murmura detrás de él.

Sam está nerviosa. No quiere o no puede acercarse, solo entra en la plaza. Saca fotografías del inmóvil grupo desde el borde y lo observa con una curiosa expresión.

Élise, piensa Thibaut. *Jean*. *Tendrías que estar aquí*. Por primera vez desde el bosque de Boulogne siente que está en un lugar por el que ha luchado.

Tendría que haber jugado esa carta. *Yo maté a mis amigos*, piensa.

Qué traición contra el colectivismo, el socialismo bélico de los Main à plume, quedarse la carta para él. Ni siquiera sabe qué habría hecho esa carta, pero el juego es insurrección en los escombros del azar objetivo. Esa era la aspiración, la apuesta de los surrealistas atrapados en la casa del sur.

«Historiadores del naípe —dijo Breton—, todos concuerdan en que a través de los tiempos los cambios que ha sufrido siempre han sido en momentos de grandes derrotas militares.» Convertir la derrota en juego furioso. La historia había llegado a París con sus manifs. Breton, Char, Dominguez, Brauner, Ernst, Hérold, Lam, Masson, Lamba, Delanglade y Péret, proveedores de la nueva baraja. Genio, sirena, mago usurpando la lamentable nostalgia aristocrática de rey, reina y jota. Padre Ubú, el comodín, con su hipnótica barriga pintada con una espiral.

Las cartas se creaban y se perdían, y en ocasiones se volvían a encontrar. Si las historias de guerra eran ciertas, un Pancho Villa con cara de pájaro, Mago de la revolución, interpretado por un militante de Gévaudan, había salvado a sus combatientes de soldados hostigadores de demonios. En 1946, las cefalópodos cabezas de Paracelso, Mago de los ojos de las cerraduras, se levantaron del Sena y hundieron dos buques de la Kriegsmarine. Se rumorea

que Freud, la Alicia de Carroll, el As de Llamas, Sade, Hegel, un Lamiel con cara de escarabajo andan sueltos.

Thibaut lleva la sirena de los ojos de la cerradura. Obra de Victor Brauner. Esa mujer de doble cara con amenazadora estola de jaguar. Dibujada en papel, pero transferida por alguna potencia, unas líneas garabateadas, sin acabar, y todo, a una carta.

Pero Thibaut es un jugador demasiado cauteloso. Pisa sobre culpa. Camina con el cadáver exquisito, un avatar del amor enloquecido, en una semana de bondad.

—Esta noche —dice Sam. Vivaquean en una cafetería que se mantiene en pie—. Hay otra fotografía que necesito sacar.

Thibaut alza la mirada por la ventana intacta y hace un esfuerzo por hablar.

—¿Qué tal una foto de eso? —dice al final.

Las estrellas giran mucho más rápido de lo que deberían. El cielo es de un gris oscuro, las estrellas amarillas, y no son las estrellas de la tierra. Son constelaciones alienígenas. Abruptamente y de la nada, Thibaut reconoce cada una: el Caimán, la Caja sin Cerraduras, la Trampa para Zorros. Se mueven en todas direcciones.

Sam está sonriendo.

—Los diablos tienen que estar mirando a través del telescopio —dice—. Es justo como dijo esa mujer. —No sabía que la había oído—. Ese es el cielo encima del Infierno. Tienen que estar sintiéndose nostálgicos —dice Sam—. No hay entrada aquí. Resulta difícil que entre o salga nada más que pedazos. Al Infierno, y del Infierno, me refiero. Lo único que pueden hacer los demonios es mirar.

—¿Tienes alguna foto de demonios? —pregunta Thibaut.

Sam vuelve a sonreír.

Hay nazis perdidos en el jardín de Luxemburgo. Hombres que lloran por alguna depredación, hipnotizados por la estatua de la Libertad en el terreno. Le falta la cabeza, solo una maraña de vigas, la mano derecha proyecta hacia arriba un nudo. Protruyendo del pecho de hierro hay un ojo de carne corpulento. Parpadea. Un soldado reza a gritos una plegaria, en alemán,

después en francés. Sus camaradas lo mandan callar.

Thibaut y Sam pasan cerca de ellos con sigilo, junto al seto vivo. El cadáver exquisito aparece y desaparece de su compañía, pero siempre regresa. Acelera por los jardines cubiertos de vegetación, a través de matorrales y rosales, con la crisálida encabritándose, hacia donde altas verjas cerca del final se extienden como los dientes de un tenedor roto.

La noche llega con un tiroteo. Las contraventanas de color beige y negro de la calle Guynemer están manchadas de sangre. Sam no va por la calle Bonaparte, sino por calles más pequeñas, lejos de las luces y los ruidos de máquinas de las excavaciones. El Buró de Investigación Surrealista está cerca; cerró hace mucho pero está embrujado por las emanaciones de aquellos primeros experimentos, gabinetes de equipo yuxtapuesto. El cadáver exquisito está vigorizado aquí.

Es una zona disputada. En la calle de Four, Sam y Thibaut se esconden al oír gritos en alemán.

—Hay bases cerca de aquí —susurra Sam.

El hotel Lucrecia donde los oficiales nazis están apostados, la cárcel de Cherche-Midi, donde los prisioneros políticos se convierten en experimentos y alimento para cosas terribles.

—¿Adónde nos llevas? —pregunta Thibaut. Cuando ve la aguja de una iglesia en la calle de Rennes, sabe de inmediato la respuesta.

»No puedes entrar —le dice. Quiere estar equivocado.

—Tú tampoco —responde Sam.

Dos de las cinco esquinas de la intersección a la que llegan se han convertido en polvo de edificios. Donde la calle de Rennes se encuentra con Bonaparte, una enorme roca, como algo desgajado de una montaña, pende justo encima del suelo. La abadía de Saint-Germain-des-Prés sigue siendo una iglesia, y parece intacta. Y allí, en la quinta esquina, está Les Deux Magots.

El toldo verde del café se agita frenéticamente, empujado hacia afuera por una ráfaga de viento que viene del interior. Alrededor hay mesas y sillas, todas se levantaban suspendidas en el aire como si estuvieran a punto de salir volando, después vuelven a colocarse en el suelo con una sacudida. Y vuelta arriba, a la altura de la cabeza, después al suelo. Como han saltado durante años.

Las ventanas estallan repetidamente, rodeadas de cristal roto que se mueve

en el suelo y vuelve a los paneles, después estalla de nuevo, repetidamente, un oscilante momento de combustión. El café retumba.

Sam camina pesadamente hacia el lugar, hacia la calle vacía alrededor del café. Parece como si el aire la agotara, como si caminase contra un vendaval. Se detiene, entre jadeos, aún a metros de la entrada. El viento sopla como un tifón en los oídos de Thibaut.

De allí salió la bomba S.

Y en todos estos años que han pasado, este famoso territorio ha permanecido impenetrable. Nadie ha sido capaz de atravesar la fuerza de vendaval sin viento que despide, ese recuerdo de su propia explosión.

—Sé que quieres sacar una foto —dice Thibaut alzando la voz—. Pero ¿cómo piensas entrar ahí dentro...?

Ella señala algo.

El cadáver exquisito está caminando hacia delante. Continúa donde ellos no pueden. La cara del anciano olisquea el aire, la columna de humo del tren a vapor flota hacia atrás. Reconoce el lugar, la peste de algo allí.

A Thibaut le hierven las entrañas. Sam lo empuja detrás del manif, que atraviesa con pasos largos y cómodos el borde exterior de cristal.

—Esa cosa no me dejará acercarme a ella —le dice Sam—. Pero a ti...

—¡No puedo sacar una foto para ti!

—¡No quiero una puñetera foto, idiota! —le dice—. Hay algo ahí dentro. Sácalo.

¿Qué? ¿Qué me está pidiendo?

¿Estoy haciendo esto?, piensa Thibaut. No puede ser.

Pero no solo está agarrando la cuerda que se arrastra por el suelo detrás del manif, y enrollándosela en una muñeca para unirse al cadáver exquisito, sino que ahora echa a correr, abriéndose paso a empujones, y pone las manos en el cuerpo de metal.

Thibaut está borracho con lo que sea que sale soplando de ese lugar. Camina con este perfectísimo manif, este azar ambulante, como el imponente cadáver exquisito en el lugar donde murieron sus padres, el primer manif que vio en su vida, de niño, aterrorizado, y que no pensaba hacerle daño.

El cristal se hacía añicos sin parar, pero Thibaut está a salvo y puede obligarse a seguir adelante en el halo de la presencia del manif. Juntos encuentran su camino entre mesas y sillas, empujando, Thibaut entre resuellos por el aire caliente, hacia el interior del Les Deux Magots.

Una habitación llena de oscuridad y de luz, de resplandor y negrura, llama y hollín, y Thibaut puede oír su propia sangre y el retumbar de la madera. El rostro le chorrea de calor. Los ojos le escuecen. Las mesas están bailando sobre sus rígidas patas. Dan volteretas sin cesar en el punto de una explosión.

Hay cuerpos. Esqueletos y carne muerta danzando; también, en la misma explosión, la carne que se desgarró de los huesos y regresa a ellos. El cadáver exquisito camina como un niño delicado a través de la carnicería de camareros ardiendo, y Thibaut lo sigue, luchando por respirar, de vuelta a su misión.

La cocina está llena de una tormenta de platos reventados. En el centro hay alguien muerto desde hace mucho. Un hombre destrozado.

Un hombre joven, correoso, nervudo, cuyo rostro apenas entrevisto arde y hace muecas que dejan ver sus dientes y cuyos huesos salen despedidos en espasmódica repetición, su gesto, una beligerancia muerta, después dolor muerto, después el rictus de la propia muerte, una y otra vez, demasiado rápido para verlo. Se mueve como un muñeco de trapo que salta por los aires mientras el fuego y la brujería y la metralla lo despellejan en una nube de trizas. Tiene la mano sobre una caja de metal, que germina en una extrusión de cables, papel, luz. La caja, también, estalla para siempre.

De ella sale, había salido, saldría la explosión.

El cadáver exquisito tiembla, tan cerca de ese punto. Un sueño luchando contra lo que lo convirtió en carne, estirándose, con miembros industriales, hacia la bomba.

En cuanto agarra la caja explosionada de la mano del explosor muerto, Thibaut oye que Sam grita su nombre.

Salir es mucho más rápido. El manifiesto y Thibaut medio corren, medio vuelan.

Sam está esperando tan cerca como puede. Grita de alegría al ver que los dos reaparecen. Cuando se acercan, ella vuelve a gritar, estridente y entusiasmada, al ver lo que lleva el cadáver exquisito.

Pero la bomba está esparciendo partes y nada ocurre.

La caja se está desintegrando pero la explosión no. Detrás de ellos la habitación sigue volando por los aires una y otra vez.

Thibaut y el manifiesto corren hacia la luz que se desvanece y Sam está en la

carretera con la cámara sacada, y Thibaut se da cuenta de que hay un muro de espinas humeantes a su alrededor, una defensa de alguna parte que ya se está debilitando y, al final de la intersección, Thibaut ve que hay soldados agrupándose.

Algo viene. La calle tiembla. Un estruendo como si cayeran cosas del espacio.

—¡Dámela! —chilla Sam mientras corren.

Pero la caja sigue soltando piezas y cables y ahora la carcasa se está descomponiendo. Sam estira un brazo hacia el manif que no quiere tocar, se lo quita al cadáver exquisito de la mano.

La caja se desmenuza y desaparece. Sam suelta un largo grito de rabia.

Los morteros disparan por encima de ellos y derriban edificios para bloquearles el paso. Sam y Thibaut cambian de dirección. El cadáver exquisito hace algo a la física y los dos parpadean con las distorsiones, y delante de ellos ahora queda el río y en él la Isla de la Cité, y siguen corriendo hacia el este por la ribera en el muelle des Grands Augustins y el lugar en el que estaba el Palacio de la Justicia, donde ahora hay un canal de agua clara que conjura algo desde arriba, y donde el serrín se arremolina en las ventanas y puertas de la Saint-Chapelle, un paisaje sofocante de ventisqueros y sastrugi en el borde de la isla.

El cadáver exquisito está delante de ellos. Gira bruscamente hacia Pont au Double, los lleva hasta el puente. Es como si París los escoltara. Hacia la isla, hacia donde Notre-Dame se alza amenazante.

Después de la bomba S, las cuadradas torres, pequeñas y anchas a cada lado del rosetón, en el centro con forma radial, han funcionado como silos industriales, altos y gruesos, de metal toscamente forjado. De una se filtra por entre cierres imperfectos un vinagre sangriento: la atmósfera en la que ahora entran está llena de esta agria peste, el suelo bajo sus pies está húmedo y fermentado. A través de ventanas reforzadas con alambres del otro tanque hay un remolino blanco y espeso. Se dice que contiene semen. Thibaut ha rogado a menudo al cielo que lo bombardease.

Ahora apenas lo ve. El manif los lleva a la derecha, a través de la desolada maraña de jardines detrás de la iglesia, y allí al punto más lejano del islote del puente del Arzobispado, de vuelta al lado sur y al puentecillo de la vecina isla

de Sant-Louis, que ya no están. Nada más que escombros en el río. No hay dónde ir.

Se dan la vuelta. El barro se estremece.

—Nos han encontrado —dice Thibaut.

Fuera, en la oscuridad, junto a los contrafuertes de Notre-Dame, se acerca una cosa terrible.

—Cristo —dice Sam. Levanta la cámara. Parece casi exultante de miedo.

Thibaut grita sin palabras a lo que se acerca.

Una púa andante, una enorme y fracturada esquirra blanca.

Superlativas piernas arias, musculosas a esa manera del Reich, patean la tierra. A la altura de un tercer piso hay una cintura, por encima de la cual se alza lo que queda de un gran cuerpo quebrado, una grieta y una gigantesca ruina sin cabeza. El lado derecho es una pendiente de piedra derruida, el izquierdo son los restos de un torso que asciende hacia una axila de la que aún se columpia el tocón de un bíceps.

A los pies de la cosa corretean la Wehrmacht y hombres de las SS. Un jeep familiar en una ráfaga de humo del color de la costra.

—¿Qué cosa del Infierno es esa? —grita Thibaut. *¿Fall rot?*, piensa. *¿Esta astilla tambaleante es el proyecto?*

—Nada del Infierno —dice Sam—. Es un manif. Un brekerhombre.

—¿Breker? —exclama Thibaut—. ¿Han hecho moverse a uno de esos?

Las amenazantes, kitsch y retrógradas esculturas de mármol de Arno Breker miran con ojos vacíos de maestría conceptual. *Übermensch* cursis, Thibaut ha pensado, tercamente inmóviles hasta en París. Pero los pisotones de esas piernas se acercan.

En otro tiempo debió de ser un hombre de mármol blanco más alto que una iglesia, aplaudiendo con manos de piedra; ahora está resquebrajado, partido y con una de sus mitades desaparecida, pero caminando. ¿Puede morir el arte viviente? ¿Puede vivir, antes de hacerlo?

—Lo han levantado otra vez —susurra Sam.

—¿Otra vez?

Un clic de la cámara. Las ruinas del brekerhombre oscilan hacia atrás como si el sonido lo hubiera golpeado varias veces. Se estabiliza con su medio brazo, se echa hacia delante. Aplasta árboles y empieza a correr.

Los soldados van detrás, con los rifles preparados. El jeep parece impacientarse. Dentro, el conductor que vieron antes y el hombre con galas eclesiásticas, los otros dos con ropa normal. Esta vez Thibaut logra ver la cara del sacerdote, sombría, arrugada, corrompida, como la ha visto, en los boletines de noticias, en los carteles.

—Alesch —grita. El propio Alesch. El sacerdote-traidor, cabeza de la Iglesia de sesgo demoníaco de la ciudad.

Los soldados de infantería corren hacia Thibaut, Sam y el cadáver exquisito. El manif nazi incompleto se acerca.

Thibaut dispara un tiro inútil. Las piernas de piedra levantan un pie de piedra. Eleva estúpidamente la mirada y ve que la cosa parece más viva en la parte de abajo, todo pliegues, verrugas, nudos. Pisotea. Salta con valentía infundida por el pijama. El faldón se abre en un paracaídas y la mugrienta tela aletea. Las balas lo golpean pero el algodón se endurece.

Dispara en el aire. No al manif incompleto sino más allá, y por encima de la infantería, al jeep detrás de todos ellos. El conductor se sacude y escupe sangre, y cuando el coche se desvía, el cadáver exquisito desde algún lugar acarrea a Thibaut y lo aparta del peligro, dejándolo sin respiración. Resopla y dos de los soldados más cercanos se doblan entre lamentos hasta desaparecer, dejan bocetos a lápiz de sí mismos donde habían estado. Thibaut ve el jeep que gira salpicando tierra y se estrella con una fea explosión de metal en un lado de la iglesia.

Esas piernas de brekerhombre corren hacia delante y con un fuerte balanceo le dan una patada al cadáver exquisito en el centro de su amontonado ser. El manif surrealista se tambalea violentamente, se bambolea y se le desprenden pedazos de sí mismo. En el cielo negro hay cosas dando vueltas.

Sam está detrás de un afloramiento de pared, atrapada por el fuego y las ráfagas de magia de la Gestapo. Está apuntando su cámara, de nuevo, y Thibaut ve que lo que va entre el aparato y los soldados es un un chorro de mala energía. Saca una foto de los soldados y los hace saltar por los aires. También saca una foto de las piernas del brekerhombre pero se flexionan para absorber el impacto, se yerguen y van a por ella.

Fría y súbitamente, al ver al brekerhombre incompleto resistir y la arremetida de los soldados, Thibaut sabe que incluso con lo que sea que Sam despliega con sus lentes, a pesar de la muda solidaridad del cadáver

exquisito, perderán este combate.

Saca del bolsillo la carta de Marsella. Y juega su mano.

La sirena de los ojos de la cerradura aparece. Entre Thibaut, los soldados y el tambaleante manif nazi hay una mujer de ojos muy abiertos, vestida con elegantes y anticuadas ropas. No es como una persona. Sus líneas no son las líneas de la materia.

Farfulla. Thibaut se queda mirando un sueño de Hélène Smith, la psíquica, muerta hace veinte años y conmemorada en la carta, glosolálica canalizadora de un extraño Marte imaginado. El inaugurado pensamiento de ella, su avatar invocando un espíritu en un nuevo palo en una nueva baraja. Las cerraduras por el conocimiento. Escribe en el aire con un dedo. Una escritura brillante aparece en un alfabeto de ninguna parte.

Las balas alemanas se alejan de ella, pulverizadas como gotas. Las letras de Smith crepitan y en el cielo se oye una turbulencia. Las nubes nocturnas corren. Un círculo llameante está bajando, acercándose, el sueño de un sueño, el manif del conjuro de la manif de Smith de una nave marciana, girando.

Detrás de las súbitamente inmóviles piernas de mármol, Thibaut puede distinguir al sacerdote y a otro hombre salir a trompicones del coche humeante. Retroceden, apoyados el uno en el otro, cada vez más atrás mientras él les dispara, alejándose de él hasta desaparecer; y aunque dispara, Thibaut ya no puede prestar más atención porque ahora la cartomante Smith está convocando la presencia de naves de más marcianos y ultramaricanos de aspecto trolesco. Sus contactos extraterrestres existen, al final, en este momento, y están descendiendo, rasgando el aire, disparando. La obra Smith está exultante.

Los rayos abrasan, retuercen, derriten el metal. El fuego desciende y agujerea la tierra. Una descarga de disparos venida del cielo envuelve a los nazis y a su manif gigante, destrozado. Se oye un sonoro y ligero cataclismo.

Y, al final, silencio y oscuridad.

El cielo está vacío. Smith se ha ido. La carta se ha ido. Las húmedas torres de Notre-Dame tiemblan. El vinagre sale a chorros por la soldadura abombada de una de ellas.

El terreno donde atacaron los marcianos oníricos se ha convertido en cristal. Los moribundos se retuercen entre los pies del brekerhombre. Las piernas están pulverizadas, los pies de mármol carbonizados. Estos no se retuercen. Se hunden despacio en el barro envinagrado.

Sam corre detrás del cadáver exquisito. Tiembla, herido pero en pie. Ella está sacando fotos, tocando cosas, empujando con los dedos los restos humeantes. Su cámara vuelve a ser una cámara. Llega hasta el coche combado y sin aparente esfuerzo abre de golpe la puerta donde está tirado sin vida el conductor. Ella rebusca en el interior.

—Mira —le dice a Thibaut.

—Espera, ten cuidado —responde él. Ella le quita un maletín humeante al hombre del asiento del pasajero y lo levanta para que Thibaut pueda ver en él la letra K. También levanta algo más, algo retorcido, tres patas rotas como otro marciano herido.

—Es un proyector —le dice cuando se acerca.

El pasajero está clavado y aplastado, con espasmos y espirando sangre coagulada a través de una absurda imitación de un bigotillo del Führer. Está intentando hablar con el conductor. «Morris», dice entre exhalaciones. «Morris ¡Violette!». El uniforme del conductor es de hombre pero se trata de una mujer musculosa y ancha, ahora convertida en un despojo muerto que llena sus ropas de la Gestapo. El pasajero vuelve la cabeza, temblando, mirando al cadáver exquisito mientras se acerca.

—El cura —le dice Thibaut a Sam—. Se escapó. —Con su otro colega de ropas normales. Movidos por algún medio inquietante—. Sam, ese era Alesch. El obispo. El traidor.

El jeep está supurando un humo sangriento. Sam saca documentos de entre los restos, más objetos sucios, los trozos restantes de máquinas.

—Bueno, se fue demasiado rápido —dice—. Se dejó cosas. —Saca un cartucho humeante lleno de película fotográfica.

—¿Qué habéis hecho? —dice Thibaut. Se arrodilla, le habla casi con delicadeza al pasajero, que ve que se está muriendo, también, que mira con ojos desorbitados la maleta que Sam le quitó, la letra K—. ¿Ahora podéis controlar manifs? ¿Es ese vuestro plan?

El hombre respira entre sibilancias y golpea débilmente a Thibaut mientras este le registra los bolsillos y encuentra y lee sus papeles.

—¿Es ese vuestro plan, Ernst? —continúa Thibaut—. ¿Herr Kundt?

Sam se queda mirando al hombre al oír eso.

—¿Qué es Fall Rot? —pregunta Thibaut.

El pasajero tose entre sangre.

—*Sie kann es nicht stoppen...* —dice. No pueden detenerlo. Incluso sonrío

—. *Sie eine Prachtexemplar gestellt. Hicieron un... Algo.*

—Un espécimen —dice Sam—. Un buen espécimen.

—¿Un espécimen? —pregunta Thibaut—. ¿De qué?

Pero el hombre muere.

¹ Fall Rot es un juego de palabras multilingüe. En la riqueza expresiva del inglés, podría tener múltiples combinaciones de significados. En la mente de Thibaut aludiría al sustantivo *fall*, «otoño», y *rot*, «podrirse» («otoño podrido»), o los verbos «caer» y «podrirse». En alemán hace referencia al proyecto Fall Rot («caso rojo» u «operación rojo»), el plan de la Wehrmacht para iniciar la segunda fase de conquista de Francia. (*N. de la T.*)

Capítulo seis

1941

Jack Parsons estaba borracho.

Los surrealistas jugaban a un juego. Él los observaba malhumorado. Varo dibujó una serpiente enrollada sobre un carro. La garabateó en segundos. Desde donde estaba sentado, solo Jack podía ver lo que estaba dibujando.

—*Allons-y* —dijo. La levantó y le dio la vuelta, durante un segundo, para enseñársela a Lamba, que dibujó su propia y rápida versión. Que enseñó a Lam, que enseñó su propia interpretación a Yves Tanguy, y así sucesivamente. Los destellos eran ecos menguantes, que evolucionaron de una serpiente enroscada sobre su cuadriga a una espiral sobre un cuadrado.

La frivolidad le repugnaba, pero, aunque no sabía decir por qué, a Parsons le resultaba emocionante verlo.

Sus anfitriones jugaron a juegos de susurrar, escuchar y entender mal las palabras que se decían. Jugaron juegos de atención y azar. Jugaron a juegos del absurdo y a los malentendidos. Fry observó con afectuoso interés; Miriam, con fascinación. Mary Jayne fumaba en la puerta, rodeando a Raymond con el brazo. Este irradiaba desprecio.

Los juegos producían extrañas figuras, y frases que no tenían sentido, pero que también hacían que a Parsons se le agitase la respiración. *Haz tu voluntad.*

Los surrealistas dibujaron y escondieron lo que dibujaron, doblando el papel para ocultarlo. Se pasaron los papeles y añadieron imágenes a las que no veían de los demás. Al contemplarlo, Parsons espiró al mismo tiempo que una ráfaga de aire, que sacudió una pintura olvidada en un dosel arbóreo del exterior.

Ah, pensó de pronto, cuando se pasaron los papeles de nuevo. Cada uno dibujó una cabeza y la escondió y la pasó; cada uno dibujó un cuerpo y lo

pasó de nuevo; cada uno dibujó unas piernas o un basamento. *Ah, lo capto. Lo capto.*

Se balanceó en la silla. Entendió la conexión entre su Colquhoun, la ocultista, la hermetista, y la Colquhoun próxima a este austero, cortés Breton. La conexión del amanecer dorado y los animales y lo pleromático más allá de la mujer comprometida con la liberación de los sueños.

Desde una superposición en el medio de un diagrama de Venn, Colquhoun lo miraba.

Quizá, pensó, en los suburbios de esta ciudad oprimida, este confín de un confín, quizás en este momento en una habitación llena de apátridas, en una nación de la que querían escapar, quizás aquí, mientras jugaban sus estúpidos juegos para hacerle un palmo de narices a los perpetradores del asesinato en masa, quizás una máquina que había construido para hacer los cálculos para que un hombre de arcilla caminase, para hacer que las palabras y los números interviniesen como presencias, también podrían aprovechar algo más. Algo que igual molestase a los nazis.

—Conozco un juego —dijo. Nadie lo miró.

Corrió escaleras arriba, regresó con todos sus mecanismos. Los surrealistas estaban ya en otra ronda. Parsons los observó dibujar mientras él conectaba cables a baterías y susurraba palabras de poder.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Fry, observando ese revoltijo mecánico—. ¿Es arte? —Miró con una expresión triunfal a Miriam.

Los surrealistas siguieron pasándose los papeles.

—Justo —dijo Jack—. Es algo de arte. —Encendió interruptores, comprobó manómetros. Puso cristales, tubos de vacío, trozos de papel en lugares estratégicos de la habitación—. Esperad, solo un momento. Solo un momento. Antes de que les déis la vuelta.

Una ráfaga de estática los recorrió a todos. Breton frunció el ceño. Lamba se rio. Varo enseñó los dientes. Todos miraron a Jack Parsons.

Y él ahogó un grito cuando abrieron sus papeles, porque ya había comprendido de qué iba el juego, cómo funcionaba, lo que revelaría. Los artistas aplanaron lo que sostenían, y lo que habían dibujado, en una colaboración improvisada, eran cosas imposibles.

Figuras ni desarrolladas ni diseñadas. Coágulos de ideas fugaces y diferentes, producto del azar. La batería de Parsons sonó con un clic. La habitación empezó a llenarse de algo invisible.

No eran demonios lo que habían dibujado, ni cabras ni bestias del Infierno. Ese era el azar objetivo, las quimeras de esa era.

Jack vio la figura de la cabeza de un ave cantora, con el cuerpo de un reloj en el que oscilaba un péndulo, las piernas una masa de colas de pescado dibujadas con pericia a pluma y tinta. El bosquejo de la cara de un oso sobre un ataúd que caminaba con pies de payaso. Un hombre con bigote, que parecía dibujado por un niño, con el cuerpo de un rollizo leopardo, enraizado como una planta. Cadáveres exquisitos, degustando un nuevo vino.

Los artistas se rieron. Las agujas de los manómetros oscilaban mientras la batería de Parsons se cargaba. Podía sentir energías alzándose como volutas desde aquellas cabezas, desde esos dibujos, desde esa habitación, y metiéndose en sus cables.

No era solo la bebida lo que los aturdiría ahora. Ni solo los cadáveres exquisitos que dibujaban, ni cualquier otro juego. Era la sensación de algo que acababa, una contraventana cerrándose. Un nudo, sí, estrechándose. Una última canción.

Volvieron a jugar, hicieron bestias del inconsciente colectivo. Se volvió más oscuro con cada ronda. Fuera los árboles movían sus dedos de ramitas como si quisiesen agarrar el arte. Dejaban recuerdos de madera. Parsons podía sentir las imágenes que habían colgado de ellos deslizarse al interior de su máquina.

Parpadeó con rapidez, entrevió cosas pasar veloces a su lado, destellos, presencias que parecían salidas de los papeles de los surrealistas, de sus juegos. Nadie más levantó la mirada.

La habitación se estaba llenando de historia, con su movimiento de reflujo, de surrealismo, de Marx y Freud y coincidencia, de revoluciones civiles, liberación, y lo aleatorio. El conocimiento se vertió de todos ellos y los dejó conoedores aún, y más borrachos, con las defensas bajas.

Y en las colinas donde se ocultaba, Hans Bellmer tembló. Sus muñecas y sus trabajos de tinta cargaron la batería. Marc Chagall soñó y las agujas convulsionaron. En su isla, Claude Cahun miró a Suzanne Malherbe con absoluto apremio y compartieron ira y amor, una determinación. Un hilo se extendió de cada uno de ellos hasta la Villa Air-Bel.

Por todo el mundo, los sueños e imágenes, el trabajo de esas mujeres y hombres, la rabia de Simone Yoyotte y los rebeldes estudiantes martiniqueños, la furia y el placer de Suzanne y Aimé Césaire, la fascinación

de Georges Henein, el caos rojo de Artaud, las fantasías de Brauner, los constructos de Duchamp, de Carrington, de Renée Gauthier, de Laurence Iché, de Maar y Magritte, Étienne Léro, Miller y Oppenheim, Raoul Ubac y Alice Rabon, Richard Oelze y Léona Delacourt y Paul Nougé, Paalen, Tzara, Rius, cientos de mujeres y hombres de los que no se sabe nada, y nunca se sabrá, pero que eran el espíritu de este espíritu, las inspiraciones detrás de este feroz arte y sus practicantes no aclamados, que resuena en Francia. Entraron volando. Por el cristal. Hacia la batería de Jack Parsons.

Las obras más antiguas de los renegados, los poemas de Aragon previos a su capitulación ante el hombre de acero. Los héroes del pasado insuflaron un hálito muerto en la máquina, el cantor de *Maldoror*, Rigaut, los fantasmas de Rimbaud, las meditaciones de Vaché, que nunca se fueron, nunca se han ido y que nunca se irán, y que fueron por y para siempre parte de Francia, todas ascendieron ardientes como balas trazadoras. Y descendieron de nuevo, por el desagadero hasta la recopilación.

Hasta la máquina.

La caja zumbaba como una avispa; por lo demás, la habitación estaba en silencio. La gente regresaba despacio de donde fuera que hubiera estado.

Todo el mundo parpadeaba menos Raymond. Él miraba la caja.

Mary Jayne suspiró.

—¿Se lo ha pasado bien? —preguntó.

Parsons se rio.

—Desde luego —dijo, con la voz temblorosa—. Me lo he pasado de miedo. Gracias por invitarme.

Breton cerró los ojos.

—Esta —dijo en francés— ha sido una noche excelente.

—Nos alegra que hayas venido —le dijo Varian Fry a Jack.

—Y a mí venir. Más de lo que te imaginas.

Jack escuchó las aves nocturnas francesas. Allí estaba bajo la luz de la luna, con una batería llena de destilado, de esa cosa imbricada, de ese surrealismo. Aquello, allí mismo, era una libertad.

Parsons sabía cómo coger una sustancia, licuarla, quemarla y usarla.

¿Qué puedo alimentar con esto?, pensó. Construiría una máquina de la libertad. A casa, pensó. Se lo contaré a Von Kármán. Construiremos un nuevo cohete. Armado con esto. Vamos a hacer volar por los aires al puto Reich.

Por la mañana temprano, Miriam y Mary Jayne estaban en el jardín bebiendo un sucedáneo de café, llenas de una timidez que no sabían explicar. Toqueteaban la hierba con los dedos de los pies.

Oyeron el primer grito de Jack Parsons y alzaron la mirada. Él levantó la voz, bramó de nuevo y golpeó la ventana con un puño.

Corrieron escaleras arriba y entraron en su habitación, y lo encontraron despeinado, desvestido y gritando. Horrorizado, tirando la ropa fuera de la maleta, en busca de la batería.

Que no estaba allí.

Capítulo siete

1950

En la esquina de la calle de Faubourg y el bulevar Poissonnière suena una música estridente. Acordeón, piano y un violín le dan un aire judío a la ciudad. El Rex se levanta entre oscuras nubes, su rótulo salpicado de balas y aún brillante.

—¿Quién era? —pregunta Thibaut.

—¿El hombre de Les Deux Magots? —dice Sam—. Un bandido. Un ladrón. Solo un asesino. Ya ni siquiera importa. Yo pensé, pensamos, si pudiera... Que la caja podría ser una forma de abrir la ciudad. Abrir las puertas y enviar mensajes. Fuera y... —Baja la mirada—. Pero no. La bomba S salió de esa caja y está aquí ahora.

—Alesch estaba allí —afirma Thibaut. Sam no dice nada—. Y alguien más. ¿Qué está pasando?

—No lo sé. De verdad —dice. Levanta unos documentos quemados y la lata de película—. Fall Rot. Lo mencionan aquí, pero de forma velada. Está todo en código y son solo alusiones, pero creo que están hablando de los demonios. Y no sé por qué. Ese era *Kundt*. Su comisión solía cazar a los artistas y creo que después de la explosión empezaron a cazar el arte. Se volvieron especialistas en manifs. Y ahora la Comisión K está trabajando con demonólogos. La iglesia de Alesch.

Abre un archivo carbonizado. Mueve los labios mientras lee las frases a medias, que son lo único que queda.

—Dicen que los demonios deberían ser «aspectos» de algo. Y que hay algo que quieren manifestar pero no pueden, necesita más de lo que tienen... —Duda—. Están intentando hacer algo, Thibaut. Quieren algo.

El tren-barba del cadáver exquisito pita. Este cine es una fortaleza de los franceses libres y de sus aliados, nada amigos de los Main à plume, y Thibaut

concentra su mente, rogándole en silencio al manif su silencio. Cada vez que se comunica con el cadáver exquisito —porque eso es lo que es, comunicación— no oye nada más que un tono como un tinnitus.

—Quieto —dice Thibaut. Tira de la cuerda. El cadáver exquisito se deja caer en el pavimento en una esquina, fundido con la arquitectura.

Los guardias del Rex los registran, los interrogan con incompetencia y los dejan entrar al ruido, al calor y al olor de la bebida, la suciedad y el sudor. Una hilera de tocones de asiento baja por el salón inclinado. La gente está bailando. Mujeres y hombres observan la enorme pantalla desde un medio suelo levantado sobre ellos. Donde se muestran recortes de imágenes, luz monocroma. Alguien en la cabina de proyecciones está juntando fragmentos; coge centímetros rasgados de cualquier película que tenga en los dedos y la proyecta durante segundos, después la cambia. Melodramas, viejas películas mudas, espectáculo, noticias, imágenes de documentales.

El surrealismo viene a por todos, piensa Thibaut.

Se quita la gorra y se adecuenta el ruinoso pijama. Nadie los mira: la verdadera afiliación de Thibaut es peligrosa aquí, pero ni el más estricto de los franceses libres se contendría de usar un artefacto tan potente, surrealista o no. Espléndidas figuras se sientan en oscuras esquinas vestidos con ropas de antes de la guerra. Una mujer negra juega insistentemente al ajedrez contra sí misma. Los pasos de los bailarines levantan polvo.

Harapientos uniformes de franceses libres, las mugrientas ropas de otros partisanos, con pistas que sirven a Thibaut para juzgar si esta persona era de los Francotiradores y Partisanos o del grupo Manouchian, este de la cofradía Notre-Dame, este del Armée Juive, ese del Ceux de la Libération. Ese delgado intelectual del Groupe du musée de l'Homme, quizás, o un rastreador de la Sociedad de Gévaudan, el legendario centro de la Resistencia en un sanatorio de Lozère. Puede que incluso haya imprudentes derechistas aquí, antinazis leales a Vichy. *Vichysto-resistant*, los pensó. Un epíteto del futuro. Pero ningún Main à plume.

Estas calles serán bombardeadas. Quizá pisadas por otra escultura furiosa, supone, o arrastradas hacia el Infierno por demonios irritables. Hasta entonces, al final del mundo, hay bebida y hay baile, alcohol destilado ilegalmente y toscos cócteles a base del licor sobrante. Detrás de la barra hay

numerosos pagarés: nadie tiene muy claro ya cómo funciona el dinero. En las paredes hay pósteres, recuerdo de las victorias de la resistencia. Han permitido que los restos de una esvástica sigan en pie para poder pintarrajearlos reiteradamente.

—Mira la pantalla —dice Sam.

—No deberíamos estar aquí.

—Entonces lo haremos rápido. Tenemos que saber. ¿Tienes otro proyector que podamos usar?

Ella corre hacia las escaleras. Thibaut contempla las imágenes por encima de las cabezas de los bailarines. Después de un minuto se agitan y se iluminan. Imagina a Sam apartando de un empujón a quienquiera que esté arriba. Poniéndole una pistola en la cabeza. Reemplazando a quienquiera que alimente el proyector con esos cachitos de imágenes antiguas.

La pantalla se oscurece, después se aclara.

Ahora muestra aeroplanos que se dispersan, una larga toma de baile. Una figura oscura, en una enorme cámara. La luz entra por una gran ventana. Hay un salto y Thibaut ve otro pasillo. Apenas puede distinguir las imágenes por la distorsión del quemado. El interior de una habitación vacía. Después, sin transición, la habitación contiene una figura. Un hombre con un abrigo mira sin ojos desde una cabeza de tablero de ajedrez.

En el Rex, el insistente jazz continúa.

La figura de la pantalla podría haber sido un hombre sosteniendo un tablero frente a su cara, incluso tiene una mano en la base de un tablero, pero hay algo en su quietud. Thibaut sabe que está mirando a un manif.

Ningún sonido acompaña a las imágenes. Una ráfaga de balas rompe al hombre ajedrez. Thibaut grita.

La figura no se tambalea pero la parte delantera de su abrigo y de su chaqueta se cubren de sangre. Gotea del tablero.

La música empieza a desvanecerse. La gente está mirando a la pantalla. Ven un soldado con uniforme de la Wehrmacht, que se aleja despacio de la cámara, en otra cámara entrecruzada por rayos de sol llena de polvo flotante.

Una figura en un abrigo blanco entra en la imagen y toca al soldado con un dedo. Se mueve una maquinaria. Hay un crucifijo en la pared. El soldado se sigue dando la vuelta, y justo cuando sus facciones van a ser visibles a la cámara, con una suave transición vuelve a apartarse, volviéndose, con la cara aún oculta.

—¡Ese es el Soldado sin Nombre! —grita una mujer en la habitación cada vez más silenciosa—. Lo vi una vez.

Un oficial alemán, con un uniforme sucio, camina por la ciudad lanzando monedas en las que hay escritos eslóganes que hacen volverse a los soldados alemanes. Monedas estampadas con sedición. El manif fomenta apostasía. Ahora, en la pantalla, está sobre una plataforma. Aún aparta la cara. Nunca la verás. Tiene una soga al cuello.

Se abre una trampilla y el soldado cae por ella con un espantoso chasquido. La multitud grita.

Se balancea. Incluso en la muerte, el rostro del manif no se vuelve nunca hacia la cámara.

La gente está de pie. En la pantalla hay ahora un sacerdote que no es Alesch. El destello de una habitación más oscura, una figura enorme durante un momento.

—Ese es Drancy —dice alguien.

Una cosa masiva e intrincada, atada con muchas correas. A un extremo de una mesa de disecciones, una máquina de coser; en el otro, un paraguas. Entre ellos, parpadeando en blanco y negro, un cadáver exquisito. El tercero que Thibaut ha visto en su vida. Su cabeza es una enorme araña, meneando las patas por encima del cuerpo de un hombre bien vestido. Sus piernas son ánforas. El manif está atrapado con alambres.

Aparecen dos hombres, con delantales y máscaras quirúrgicas. Levantan un triturador y una motosierra.

—No —dice Thibaut en voz alta, pero no puede enviar órdenes atrás en el tiempo a través de una pantalla.

Los hombres encienden sus herramientas en silencio. El cadáver exquisito mira con su racimo de ojos. La cara arácnida trata de escapar. Lo que sea que la tiene sujeta la sujeta bien. Los hombres bajan las cuchillas.

El público en el Rex está gritando. Las máquinas tocan donde se unen los componentes. Algo salta, salpicando, demasiado pálido, demasiado espeso para ser sangre, cuando despedazan al manif.

Los viviseccionistas atraviesan el cuerpo imposible. El cadáver exquisito se reteje y se hincha de algo como serrín o jirones de algodón, y los hombres cortan más deprisa, contra la recalcitrante materia surrealista. Bajan las sierras.

Y el cadáver es nada. Tres ordinarias nada. Retazos. Inanimados.

Y oscuridad. Luz. Más sacerdotes, científicos, alguien que lleva las partes de otro manif. Un hombre que asiente a la cámara; no tiene bigote, pero Thibaut reconoce al hombre de pelo oscuro que escapó con Alesch.

La película se ampolla y el hombre desaparece. Durante varios segundos no hay más que luz. Luego, de repente, la pantalla está llena de una figura, una enorme y tambaleante sombra con un rostro terrible, yendo hacia la cámara.

El Rex es un tumulto. La imagen está congelada. Solo hay esos ojos como cuencos de sombras, una boca como un agujero lleno de colmillos. Se acerca amenazante.

—Ese no es un manif —dice Sam en voz baja, sobresaltando a Thibaut entre el caos. No la oyó bajar de la cabina—. Es un demonio. Pero algo le pasa.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Le pasa unos pocos extremos de película y ve minúsculos cadáveres exquisitos a los que las máquinas han descuartizado para dejar sus distintos componentes, sangrando por los tentaculares dedos del pie; piernas dobladas hacia atrás, o piernas montañosas, o piernas de bufandas retorcidas, torsos de anillos concéntricos con brazos de cuchillos de mantequilla, las cabezas colgantes, un martillo y una hoz o el yelmo de un caballero, o un par de amantes ensangrentados besándose. Ejecuciones exquisitas.

—Sabemos que están aprendiendo a controlar manif —dice. Se miran el uno al otro mientras los clientes del Rex dan voces—. El látigo de las mesas lobo. La mujer en la Vélo. Ella no estaba de su parte, pero tienen que conocer las técnicas unos de otros. Y ahora están usando algunos manif para sacrificios.

—Y hay demonios —dice Sam—. Están preparando algo. ¿Viste a ese hombre? ¿Justo antes de la última cosa? ¿El hombre del jeep?

—A lo mejor es Wolfgang Gerhard —dice—. Del proyecto Fall Rot.

—Puede que se le dé ese nombre —dice—. Pero no es así como se llama. Lo reconozco y sé su nombre. Se llama Josef Mengele.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunta Thibaut al final. Está enfadado

consigo mismo por preguntar—. ¿Qué significa todo esto?

Sam habla de prisa mientras el ruido en el cine aumenta, los franceses libres y otros gritan sobre lo que han visto.

—Lo que significa es una especie de plan. Mengele es un especialista. Experimenta. Con vida humana, antes. Y ahora ha venido a París para trabajar con Alesch. ¡Mengele no es religioso! Necesita un especialista en demonios. Están colaborando. Y con la Comisión K, también. Manif y demonios, y lo cambiante de la vida.

—«Fall Rot» —dice Thibaut.

—Tenemos que salir de aquí —dice Sam—. Van a cerrar en cualquier momento la puerta de este sitio y a planear un estúpido asalto a gran escala, abocado al fracaso.

—Bien —se obliga a decir—. Trae ayuda.

Sostiene la mirada tranquila de Sam. Ve que ella está pensando cómo responder. Nadie puede oírlos en medio del escándalo.

—Vamos —le dice—. Deja de jugar. Ve y trae ayuda.

—No puedo —responde.

—¿Crees que no lo veo? —dice él—. Esa cámara no es una cámara. ¿Cómo es que sabes tanto de todo esto? Sobre los demonios. ¿Porque te gustaban las brujas de niña? Venga. Eres de la OSS.

Parece muy tranquila. Si de verdad es una agente de Estados Unidos, entonces ella es una aliada de estos franceses libres, y su enemiga. Pero él aquí sigue. Aún lo necesita para algo, lo sabe, y quizás él a ella.

—Operaciones especiales, sí —dice, después de un largo silencio—. Y la cámara sí que es una cámara. Pero tiene otros usos, también.

—Me mentiste.

—Por supuesto.

Él parpadea con desconcierto.

—La mujer en la Vélo era británica, SOE. ¿También ella estaba intentando descubrir algo sobre el programa Fall Rot?

—Aquí hay muchos de nosotros —dice—. Ella lo había hecho bien. Necesitamos saber qué clase de programa es. No podemos dejar que continúen.

Thibaut le da la espalda, asqueado, y ella sisea, sisea de verdad como un animal.

—Ni se te ocurra —le dice—. Tú quisiste venir conmigo.

—¿Y qué pasa con el libro? —pregunta. Apenas puede creer sus propias palabras. Espera que se ría.

—¿Cómo que qué pasa? —pregunta sin reírse—. Las imágenes son de verdad. El libro será de verdad. Estamos preparando algo llamado el Congreso para la Libertad Cultural. Quizá —dice con fría cordialidad— ¿te gustaría participar?

—Eres mi puta enemiga...

—Sí. —Una espía. Sabe que ella lo entiende. Sabe exactamente en qué están enfrentados.

A su alrededor se están reuniendo todas las facciones.

—Ya me has oído —dice ella con apremio—. En cualquier momento van a preparar un estúpido plan y probablemente atacarán a algún insignificante Gruppenführer local, lo que al menos supongo que servirá de distracción, pero van a enfrentarse a ti y a mí, y a descubrir que eres un Main à plume. Lo que no saldrá bien. Y créeme, tú eres más, mucho más valioso para mí que cualquiera de ellos. Así que ódiame todo lo que quieras... Por mí, tú y Trotski y tu puto Papa Breton muerto... podéis sacar vuestra peor artillería para derrumbar el imperialismo capitalista o lo que sea cuando esto acabe, pero como ese Fall Rot suceda, todo habrá terminado para los dos.

—Pues pide ayuda, espía. —Debería matarla ahora mismo. Está seguro de que si lo intentara, ella lo mataría primero. Vuelve a mirar al rostro inmóvil de la pantalla.

—Hay un inhibidor sobre esta ciudad, incluso más allá de los distritos —dice—. No puedo llamar a nadie. La mayor parte del tiempo nadie puede. Algo está ocurriendo y necesito saber qué, ahora. Jesús, tú tienes instinto. ¿Me estás diciendo que no puedes sentirlo? E incluso aunque pudiera avisar a alguien, ¿crees que serviría? Si alguien lleva una bomba no lo desarmas haciéndola estallar. ¿Sabes por qué los edificios de Drancy tienen forma de herradura? Son un foco. Se han hecho muchos, muchos sacrificios aquí.

»Alesch y Mengele están convocando algo —insiste— y necesitamos un escalpelo, no una escopeta.

—Yo no soy un escalpelo —dice él.

La estridencia y la furia de la habitación van en aumento. Thibaut imagina terribles planes materializándose justo al otro lado de los distritos, en la zona ocupada.

—Desde luego que no —dice Sam—. Pero me vendría bien eso. —Sacude

la cabeza hacia la puerta, hacia el cadáver exquisito en el exterior—. Y no le gusto. Y tú quieres irte. Quieres escapar, pero no traicionar a tu ciudad. Bueno, pues esta es tu oportunidad de servir a París marchándote, Thibaut. Así que... ¿qué tal si no perdemos más tiempo?

»No puedo pedir apoyo, llamar a la caballería. —Se golpea en el pecho y se hace más alta. Thibaut retrocede un paso al ver su expresión—. Eso —dice— es justo lo que soy. Yo soy lo que se ha enviado.

Capítulo ocho

1941

Raymond Couraud olía a sudor. Arrugó la frente por el calor y se limpió el delgado rostro con su camisa. Caminaba tan rápido por un campo que, supuso, cualquiera podría creer que no eran más que campiña primaveral y carreteras, pequeñas aldeas, iglesias, los saludos mascullados de los lugareños. Esa no era la realidad. Había escuadrones de la milicia de Vichy. La frontera de la zona ocupada, donde las patrullas empezaban a ser de soldados alemanes.

Raymond no sabía qué era lo que se había llevado de la habitación de Parsons, pero era contrabando, algo para lo que no encontraría compradores en ese mundo. La temblorosa cajita hacía que le picase la piel y le secaba los ojos. No había tenido más que abrir la puerta de un empujoncito y ver la estúpida cara del americano resoplar mientras dormía. Raymond se había marchado antes del amanecer. Le lanzó un beso a la carretera que dejaba a su espalda. *Lo siento, Mary Jayne*. Raymond intuía siempre lo que valía dinero. Reconocía una mercancía.

Dejó atrás iglesias, cuyas veletas giraban demasiado rápido. Había un pájaro muerto incrustado en la corteza de un árbol. Raymond reconocía una ofrenda cuando la veía. Una noche oyó algo que sonaba casi como vacas, pero el mugido estaba cargado de ironía: algo estaba imitando al ganado. Había cosas en Francia que ahora no quería comprender.

Su trabajo era llevar esa cosa, fuera lo que fuese, a París, y vendérsela a cualquiera que odiase a los nazis. Iría a Inglaterra. Cruzaría el canal con el dinero que sacase y se uniría a los franceses libres. Mataría tantos alemanes como pudiera, y lo haría como un hombre rico.

París: esvásticas y alemanes. Raymond pasó al lado de oficiales nazis, que conversaban en la terraza de un café, igual que si fuera un hombre inofensivo. Cruzó entre bicicletas bajo el Arco del Triunfo, vio a una mujer coquetear con un joven oficial alemán e imaginó que los mataba a los dos. Primero al hombre, con un disparo en la cabeza, luego a varios, para hacer que ese cuerpo muerto bailase mientras la traidora gritaba.

No había lugar más peligroso para Raymond que París, pero no tenía miedo. Pagó por una habitación barata cerca de las Tullerías. Un día de calor abrasador entró en una farmacia en la avenida de las Ternes y esperó, aparentemente absorto lejos del mostrador entre paquetes y polvos, hasta que el último de los demás clientes se marchó. Se volvió y sonrió al comerciante.

—Ay, Dios mío —susurró—. Asesino.

—Relájate, Claude —dijo Raymond—. Solo necesito algunos contactos.

—¡No tengo ninguno! Ahora es demasiado arriesgado...

—Venga ya. No te creo. Y aunque sea cierto, necesito que vuelvas a ello y hagas correr la voz. Tengo algo que vender. Estaré en Les Deux Magots. El reparto de siempre, si alguien viene de tu parte.

La avaricia se apoderó del rostro de su viejo contacto.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—Asesino —rogó Claude.

—No lo sé. De verdad. Ya conoces los rumores. —Miró al hombre a los ojos—. Vengo del sur, tío. ¿Sabes cómo andan las cosas por ahí abajo? Lo que sí que sé es que hay un mercado de curiosidades. No nos hagamos los tontos. Desde que llegaron esos malnacidos las cosas han... —Se encogió de hombros.

Desde que vinieron los nazis. Desde sus experimentos del sol negro, desde que lo que fuera que se estaba levantando había empezado a levantarse. Había un mercado de libros y de objetos que no se comportaban del modo en que los objetos deberían comportarse. Raymond no lo había creído hasta que vio la batería de Parsons.

—Haz correr la voz —le dijo.

Durante dos días no vino nadie. Raymond era paciente. Se sentaba en el café con su mercancía en una maleta. Descifraba quiénes eran criminales,

camareros, artistas. La Resistencia. ¿Estaban los residentes de la villa maldiciéndolo? Sin lugar a dudas. Sintió un despectivo afecto por Mary Jayne.

A la tercera tarde, un hombre grande vestido con una bata de pintor se sentó frente a él y preguntó que cuánto. Raymond le dijo un precio, y el hombre se levantó y se marchó sin decir palabra.

Volvió la siguiente noche, como Raymond había pensado que haría. Raymond atravesó la cortina de cuentas en la parte de atrás de la habitación. Le puso un billete al camarero en el bolsillo para que se marchara. Raymond esperó al fondo de la cocina. Había utensilios colgados de ganchos. El hombre grande fue hacia él.

Raymond abrió la maleta. Anidada entre periódicos arrugados estaba la caja de Parsons. El hombre abrió mucho los ojos.

—¿Puedo tocarla? —preguntó.

Raymond negó con la cabeza. Los cocineros hicieron como que no miraban.

—Ya ves que es algo —dijo Raymond—. No sé el qué y no me importa. ¿Lo quieres?

—Lo quiero —dijo el hombre—. ¿Hay espacio para la negociación?

Por supuesto que lo había, por supuesto que esa era la forma en la que funcionaba siempre. Pero hubo algo en la vacilación del hombre, en la lentitud de sus respuestas, en el tono preciso de su agitación, que le hizo decir a Raymond: «No.»

Se produjo una conmoción en el café. Raymond se echó la maleta al hombro y el otro hombre miró atrás, hacia la puerta, y Asesino supo que había cometido un error. Tuvo tiempo de preguntarse si era Claude quien lo había vendido, cuando un oficial de cuero oscuro abrió la cortina de cuentas y entró.

Raymond se movió.

Alguien gritó, los camareros y los cocineros empezaron a correr. Raymond agarró del pelo a su supuesto comprador y tiró de él hasta ponerse a cubierto detrás de un armario de especias.

Oyó gritos en alemán y en francés. El hombre que tenía agarrado se retorció, y Raymond le dio una bofetada en la cara y le puso una pistola en la sien. La caja chisporroteó. Raymond Asesino Couraud pudo ver desde detrás del armario que había hombres de las SS fuera. Uno vestía ropa de calle.

Tenía las manos levantadas y brillaban.

—No puedes salir —dijo alguien.

Raymond empujó a su prisionero hasta donde pudieran verlo, con la pistola en la nuca.

—Disparad y le dais a vuestro chico —gritó.

—No queremos disparar a nadie. Solo queremos lo que vendes.

El hombre con el abrigo largo estaba emanando luz. Raymond se protegió los ojos. La figura era una tracería de resplandor, las venas le brillaban debajo de la piel. Las manos brillaban con luz tenue. Las cacerolas y las sartenes repiqueteaban. El hombre canturreó y se formaron carámbanos en los extremos de sus dedos. Escoria interviniendo la energía.

Asesino disparó. Un oficial cayó, estalló una ráfaga de disparos de contraofensiva y las balas se estrellaron contra la pared, de modo que Asesino se agachó hacia atrás y le quitaron al prisionero. De repente hacía un frío gélido, todo estaba fuera de control, todo iba demasiado deprisa, y Asesino disparó sin apuntar, hacia donde esperaba que el hombre resplandeciente estaría intentando su bastarda invocación.

La caja zumbaba tan alto que parecía que la maleta cantase. Tembló. Algo se elevó y avanzó, y se oyó un golpe sordo cuando aterrizó dentro, recogido por la batería, como una gruesa manzana. «*Nein!*», gritó alguien. «*Nicht...*»

Era una granada. Raymond la cogió. Gateó.

Salieron vertiginosos haces de fuerza de aquellas manos llenas de magia malvada, energía, palabras, luz oculta, todas mezcladas con la caja zumbante, y la granada cuando empezó a estallar, y en la explosión y el polvo negro y la llama hermética de todo aquello la propia batería, el surtidor, la máquina llena de sueños surrealistas, se incendió.

La caja de Jack Parsons se convirtió en una cabeza explosiva.

Nada podía retenerla.

Una ráfaga, una aceleración, el destilado, el espíritu, la historia, el alma destructora de convulsiva belleza se puso en marcha.

Se desplegó.

Un gemido, un grito, un zumbido de alas de insectos, el tañido de una campana, una riada ancha como una ciudad, una explosión, un barrido y un torrente y una nova, megatón imaginario, de aleatoriedad y de sueños. Ese viento aventador de Arnaud, de Lefebvre, Brassai, Agar, Malkine, Aline Gagnaire y Desnos, Valentine Hugo, Masson, Allan-Dastros, Itkine, Kiki,

Rius y Boumeester y Breton, y de todos ellos en todo el mundo y de todo lo que habían amado y de todo lo que alguna vez habían soñado. Una puta tormenta, una reconfiguración, una onda expansiva de amor descabellado, una abrasadora detonación del inconsciente.

París cayó, o se levantó, o cayó, o se levantó, o cayó.

Capítulo nueve

1950

La frontera de la vieja ciudad sigue bloqueada con alambre y pistolas.

—No hay forma de que vayamos a conseguir salir a la superficie —dice Sam.

Pero Mairie des Lilas, la última estación de tren de la línea, está a unas calles al este del borde de la barrera. Fuera, más allá de los veinte sellados.

Sam baja las escaleras en la unión del noveno y el vigésimo en una incómoda oscuridad, y Thibaut la sigue. Caminan por túneles en los que nunca se debería entrar. Por los subterráneos de la ciudad.

Thibaut respira discreta y superficialmente, las manos le tiemblan. Una barrera se alza fuera de la penumbra, delante de ellos. Los restos de un puesto de control abandonado allá en los primeros días, cuando los alemanes decidieron que los depredadores de debajo del pavimento ya eran bastante seguridad.

Sam tiene la cámara levantada, y barre con ella el espacio que queda delante de ellos. El cadáver exquisito sigue detrás de Thibaut.

Thibaut vigila en busca de monstruos. Busca trenes que se levantan sobre sus cuartos traseros y cuentan historias.

Algo se escurre rápidamente más allá de su linterna. Sam grita una orden en una voz terrible y resonante, en ningún idioma que Thibaut reconozca, y la cosa grita y se escapa, y Thibaut dispara.

Es un pequeño demonio moribundo, se asemeja a un hombre encogido con una cabeza reducida de caballo. La voz de Sam y las balas de Thibaut han desgarrado sus débiles maldiciones.

Vine abajo, runrunea para sí. Para volver a casa. Para tratar de volver a casa, chis, vine abajo.

Ese pequeño demonicidio es el único que hace falta. Thibaut apenas puede

creerlo. Suben al final, temblando, hacia el aire más allá del viejo París, con la luz inundándole los ojos.

Ha pasado mucho tiempo desde que aspirara el aire más allá de los distritos. Huele a arquitectura. Thibaut abre los ojos en el tejado de Drancy y espera a ver qué dice Sam.

Esta zona ha sido evacuada, bajo lluvias de bombas. Está mucho menos afectada de manifestaciones que las calles que conoce, pero más destruida y desierta, una ruina cotidiana.

Se han movido rápido, con sigilo y prudencia. El apremio de Thibaut es evidente por sí mismo y el cadáver exquisito les ha doblado un poco el espacio para que pudieran recorrer sin ser vistos las millas que faltaban hasta Drancy en menos tiempo del que les habría llevado. En ese momento el sol se remolca hacia el cielo. Thibaut y Sam miran hacia abajo, a un pasillo vacío bajo una luz resquebrajada.

—Comentaste que ya habías visto al brekerhombre —dice Thibaut—. ¿Cuándo?

Sam le echa una ojeada y luego mira a través del cristal.

—¿Por qué yo? —pregunta—. ¿Por qué me trajiste?

—Tú viniste conmigo —dice—. Y me alegro, por esa cosa. —Mira al cadáver exquisito, que está de pie como una chimenea en el borde del tejado—. Nunca les he gustado, a los manifs. Nunca dejarían que me acercara.

Thibaut mira el cielo.

—¿Me has estado usando para llegar hasta un manif? ¿Para lo que sea que es esto? ¿Estabas buscando a alguien como yo?

—¿Cómo iba a hacerlo? Fuiste tú quien se acercó a mí, en el bosque.

—Aun así. No sé cómo, pero me seguiste el rastro.

—No te atribuyas eso —dice. Pone las manos en las lamas del tejado. Muy en el interior del edificio, Thibaut oye una débil ráfaga de viento—. ¿Quieres saber la verdad? La verdad es que si hubiera podido encontrar a alguien como tú lo habría hecho. Porque sí, quería a alguien que fuera aliado de los manifs. Porque quería un manif. Pero solo me estaban persiguiendo y fuiste tú quien vino a por mi ayuda.

»Tú eres el surrealista. Eres tú quien usa el azar objetivo. Querías saber sobre Fall Rot. Eras tú quien quería saber lo que estaba ocurriendo. Bueno,

pues París te escuchó, Thibaut. Fuiste tú quien me encontró a mí.

Hace una mueca por el esfuerzo y el viento abajo se hace más fuerte.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Thibaut.

—¿Crees que la OSS nos habría podido sacar del Rex? —dice con los dientes apretados—. Jesús, ¡qué fuerte es aquí! ¿Crees que los americanos podrían habernos llevado por el metro? —Le tiemblan las manos.

Thibaut recuerda el viento dispersando los fantasmas de humo en el puente. La cámara de Sam está alrededor de su cuello, pero no es la cámara la que está vibrando ahora, es ella, los tendones se le están tensando en el cuello, la esclerótica de sus ojos se está oscureciendo. Lo que sea que está ocurriendo en el edificio no está saliendo de la cámara, sino de ella.

—Así que me querías porque esta cosa me escucha —dice Thibaut—. Porque podía entrar en el café.

—Yo no le gusto —dice con la voz entrecortada—. Puede oler algo en mí. —Sonríe—. Soy del servicio secreto, sí, pero no de los americanos, OSS. Fuiste tú quien dijo eso. Vamos. Ni de los americanos ni de los británicos. Ni de los franceses ni de los canadienses ni de ninguno de ellos.

Sus manos extendidas aprietan tan fuerte el tejado que parecen prensar su sustancia. Algo se cierra con fuerza. En el patio de abajo, por todo Drancy, los soldados emergen a la luz del día.

—Jamás dejé todo ese ocultismo del que te hablé —dice Sam, respirando con dificultad—. Ya sabes de lo que te estoy hablando, Thibaut..., me has visto. Y no hay ningún lugar al que puedas ir, ni nada que puedas hacer. Y sí, eres mi enemigo, pero los nazis son mis enemigos también, más de lo que lo eres tú, y también son tus enemigos.

»Los demonios y los nazis no trabajan bien juntos. Tienen que colaborar, están vinculados, hay pactos, les guste o no. Eso es la magia. Y la bomba S o algo cerró las puertas. Me encantaría pedir refuerzos, como lo llamas tú, pero las rutas están cerradas, así que mis empleadores me enviaron. Porque yo soy de este lugar, así que no estoy atrapada. Y conozco este lugar mejor que ninguno de ellos.

Abre una mano delante de él y está cubierta de escarcha, y después de oscuridad.

—Estoy en una operación encubierta, sí, y hasta el fondo. Doble. Estoy con los libros de la OSS, pero eso es una tapadera, Thibaut. Trabajo para una agencia que se conoce coloquialmente como Mal Tuétano. Y ni tú ni yo

podríamos pronunciar jamás su nombre real, no con estas bocas. Es el servicio secreto del inframundo.

»Soy una espía del Infierno.

Thibaut y Sam bajan siguiendo al cadáver exquisito por pasillos llenos de humo. Aparecen jóvenes soldados alemanes y levantan sus armas.

Sam mata a dos con disparos de bruja, Thibaut a un tercero con una ráfaga de balas mal apuntadas. Su corazón lo sacude. El manif termina otro ataque con un asesinato surrealista: el hombre a quien se queda mirando se sienta de repente, se desabrocha los botones, contempla su cuerpo, que es ahora una jaula llena de cuervos furiosos, y se queda quieto.

Estoy colaborando con el Infierno. Thibaut se siente aturdido, no avergonzado. ¿Desprecia al Infierno, piensa, más que a los imperialistas? Pocos demonios quieren estar en París. Obedecen a los nazis con belicosa oposición, cuando lo hacen.

—Tú no eres una de ellos —le dice a Sam. La sigue por los pasillos. No le pregunta qué razones podría tener para trabajar para estos poderes infernales.

—El Infierno no quiere arriesgar una guerra abierta con Alemania —dice. Echa un vistazo a una esquina y le hace una señal para que la siga—. Una agente humana es algo que se puede desmentir. Aquí está ocurriendo algo, pero no sabemos el qué, incluso más allá de los distritos, hay maleficios impidiendo que lo veamos.

—¿Por qué estabas en la ciudad? —pregunta Thibaut—. ¿Por qué no has estado aquí todo el tiempo?

—Por Les Deux Magots. Teníamos que conseguir lo que había allí. Fue un bufón que pensaba que era uno de los nuestros el que hizo todo esto, de algún modo, ya sabes. En el cuarenta y uno. Un americano idiota llamado Parsons. Después un ladrón, Couraud. Pensábamos que quizá la máquina seguía siendo la clave. —Sacude la cabeza.

—¿Cuándo viste antes al brekerhombre? —Thibaut agarra a Sam de un brazo. La detiene en el pasillo y la obliga a mirarlo—. Aquella cabeza. En tu película. Y esa foto del brazo enorme. Y el elefante Celebes estaba allí...

—Jesús —dice, en inglés—. Quítame la mano de encima. Lo que vi —dice despacio— fue al brekerhombre que mató a tus profesores. Esa foto fue el resultado.

—¿Estuviste allí? ¿En la emboscada?

Thibaut sabe ahora lo que acabó con Iché y los demás, de qué forma había llegado el asalto nazi. Aquel pisoteador de mármol, entonces entero. La sangre le corre a toda prisa por las venas.

—¿Qué ocurrió?

—¿A la estatua? —Su mirada es fija y estable—. Celebes fue lo que ocurrió. Uno de los últimos de tu gente que quedaba con vida debió de invocarlo, o atrajo su atención. Llegó en estampida para luchar. Solo que... demasiado tarde. Destrozó a ese brekerhombre, eso sí. ¿Es un consuelo? Ya viste lo que hizo.

Por un momento, Thibaut imagina cómo fue. El elefante manifiesto bajo un microclima de arremolinada oscuridad, haciendo que se desplomasen las paredes, pisoteando ruinas con sus cuatro patas cuadradas. Saltando y vapuleando con la trompa, fulminando con su ira la piedra nazi.

—¿Por qué estabas allí? —pregunta Thibaut.

—No habría funcionado nunca —afirma casi con cariño—. Los nazis lo sabían. Por eso estaba esperando el brekerhombre. Se habían infiltrado en vuestras células. Fue una emboscada.

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Cómo sabías que tenías que estar allí?

Por un momento no responde.

—Cuando estaba en el octavo —dice—. En sus oficinas. ¿No me preguntaste que qué fotografías había tomado para que me persiguieran? Bueno. —Se encoge de hombros—. Creo que ellos piensan que yo sé más de lo que sé, pero sí que vi planes.

Thibaut respira muy agitado.

—¿De su contraataque? ¿Dijiste algo? No dijiste nada, ¿verdad? Tendrías que habérselo dicho. —Levanta la voz hasta que le grita en la cara—. ¿Trataste de avisar a los Main à plume lo que iba a pasar?

—No sabía lo que iba a pasar, solo que pasaría algo. —Se muestra bastante tranquila—. Esa era la idea. Tampoco es que tuviera tiempo de avisar a nadie.

¿Cuántas veces había dicho que quería sacar fotos de todo?

—No sabías lo que iba a esperar, pero lo esperaste —dice—. No se lo dijiste porque pensabas que podría ser esa cosa que está aquí, ese Fall Rot, lo que pasaría. Que podrías averiguar lo que era.

—Sí —dice—. Así es. No había nada que pudiera hacer para evitar que tus camaradas perdieran la vida en ese estúpido ataque. Los franceses libres lo

vieron todo, ¿sabes? Estaban allí, también. Pero no intervinieron. No podría haber salvado a tu gente incluso aunque hubiese querido, pero pensé que quizá podría averiguar lo que era esa «invocación secreta» de la que hablaban los documentos. Parecía que tenían problemas con ello. Imagina mi sorpresa cuando al final solo fue un manif.

Solo la vulgaridad de Breker.

—¡Los dejaste morir!

—Necesitaba saber lo que tenían los nazis. Para detenerlos. Tus «camaradas» —pronuncia esa palabra con sorna— iban a morir de todos modos. Trabajo para el Infierno, Thibaut.

Sam aprieta una mano en un puño y abre la boca en un repentino grito mudo, y Thibaut oye ventanas reventar en otros pisos. Quiere seguir hablando, pero han aparecido hombres en el pasillo, de nuevo, y los guardias están disparando con ametralladoras al cadáver exquisito. Se tambalea pero se restablece. Atraviesa el espacio intermedio para abrirles la cabeza. Abre una puerta y, educado como el empleado de un museo, espera a sus compañeros.

—Después de esto —dice Sam—, podemos salir de aquí. Pero ahora, ¿seguimos? —Le indica el camino.

Thibaut la mira, a ella y a la luz parpadeante en el umbral.

Cuando después de largos instantes él no dice nada, ella avanza hacia allá, y él la sigue.

Una enorme estancia. El centro de Drancy ha sido vaciado y transformado en una oquedad bordeada de restos de tuberías y puertas, paredes, donde en otro tiempo hubo literas y camastros, oficinas, laboratorios, cámaras de tortura, antes de que los indeseables de Vichy fueran ubicados en otra parte. La habitación está llena de máquinas terribles.

Los aterrorizados científicos y los oficiales de las SS toquetean manómetros y selectores debajo de un crucifijo de Alesch. Se han quedado atrás mientras las maldiciones de Sam prenden fuego a partes del edificio. En una pared encima de ellos hay un enorme sello que hace que a Thibaut le duela la cabeza al mirarlo.

En el centro de la cavernosa habitación, los sacerdotes forman un círculo alrededor de un palpitante bulto cubierto con una lona. Están unidos por cadenas y por cables, una cerca de hombres. Están rezando con fervor,

haciendo sonar sus rosarios.

Debajo del sudario algo enorme brama enfurecido. Aúlla y se agita.

Justo debajo del crucifijo Thibaut ve al propio Alesch, ve que él también los ve a ellos. Alesch levanta las manos en una especie de crispamiento asesino.

Un hombre uniformado da un paso adelante con la pistola alzada. Una cara casi añorada debajo de un pelo oscuro y aceitoso por el sudor, la boca en una mueca retorcida de dientes separados. Josef Mengele. Apunta a los intrusos y toda la Gestapo les apunta, también.

Sam saca una foto, su cámara embrujada despedaza a un hombre de una explosión. Thibaut levanta su propio rifle, contrayendo las entrañas tan fuerte como puede cuando dispara, y una bandada de jarras con cabezas de búho cae en picado desde la nada y atosiga a la Gestapo.

El cadáver exquisito corre hacia los alemanes. Los soldados disparan. Las balas no le hacen nada. Alguien grita una maldición. El manif los alcanza. Golpea con sus martillos, rompiendo manos, huesos y armas de nazis mientras ellos gritan y disparan de nuevo.

—¡Cárgate a Alesch! —grita Sam—. ¡Y a Mengele! —Gatea para ponerse a cubierto. El cadáver exquisito va a por los curas ahora—. ¡Dile que se aparte, rápido! ¡Lánzalo a por el puto médico!

Y Thibaut le grita, pero el manif está ciego de ira. Trata de detenerlo, apretando fuerte sus ojos, pero, si oye su súplica no vocalizada, hace caso omiso de ella. Llega al círculo de los orantes.

Da un salto al acercarse, las piernas se vuelven rígidas, desciende. Aplasta a un cura.

El hombre cae y muere. Las cadenas que lo unen a sus compañeros se rompen.

Uno a uno empiezan a gritar. Miran a su colega muerto. Se oye el sonido del desgarro de una tela.

—¡Espera! —grita Sam—. ¡Ha roto el círculo! Esas máquinas...

—¿Qué habéis hecho? —alguien grita en francés.

De debajo del sudario aparece un caparazón entre rugidos. Una hilera de fuego abre un agujero en la pared.

Silencio. Dedos que se agarran al agujero rasgado desde abajo. Se aferran.

Algo brama.

Los sacerdotes están tirando de los cables que los unen, dan arañazos para escapar. Alesch está gritando, aplastado contra una pared, y Mengele está corriendo. La cosa de debajo de la lona la sujeta y empieza a romperla. Con un grito que resquebraja una pared, la bestia se destapa y se abre paso a la luz entre desgarrones.

Fall Rot.

Rechinan ruedas de oruga. La tela impermeabilizada cae a jirones y deja un tanque al descubierto. Un Panzer III, manchado por la guerra, rueda hacia delante sobre el hormigón. De la parte delantera del chasis, frente a la torreta del cañón, protruye el torso y la cabeza de un gigante. Un hombre.

Fall Rot.

Es inmenso. Lleva un gigantesco casco alemán. Tiene la piel de un blanco frío, con las venas y los músculos marcados como por huellas de gusanos. De sus ojos rezuman sombras. La boca está llena de dientes afilados. Arracimados, unos brazos enormes.

El demonio es un centauro de tanque y hombre gigante. Está festoneado de banderas alemanas.

—¡Han fabricado su propio demonio! —grita Sam. Absurda como siempre, levanta la cámara y corre directamente hacia Fall Rot. Su rostro destila odio—. Lo han construido...

Fabricado por órdenes alemanas, por las investigaciones en biología de Mengele y la fe tóxica de Alesch, de los fragmentos de materia de los nativos del Infierno y de las energías del arte ejecutado y manifestado, y su propia energía homicida. Para que fuera un demonio leal, para que estuviera hecho de gloria nazi. El avatar de la derrota de Francia.

Pero sus protecciones eran precarias. El cerco orante se ha roto y Fall Rot da rienda suelta a su ira.

Agarra a dos sacerdotes que escapaban a rastras con una cabeza en cada puño. Los hace chocar entre sí, matándolos como si tal cosa, hace oscilar sus cuerpos sin vida como garrotes contra sus compañeros.

Aúlla en lo que jamás debería haber sido un idioma, vomita tierra y gases. Sam va hacia él, escupiendo magia.

Mengele arrastra a Alesch de la sotana y le grita que se concentre. La

habitación se está llenando de humo, escombros, sacerdotes arrastrándose y soldados heridos. El médico nazi se interpone en el camino del demonio. Le da un guantazo a Alesch en la cara y señala.

Fall Rot va hacia ellos.

—*Sie werden mir gehorchen* —grita Mengele.

Alex hace alguna clase de señal sagrada. Fall Rot hace una mueca y aporrea el aire.

Detrás de la forma humana, el arma del carro gira de modo que el cañón machaca el flanco pálido de Fall Rot. Sigue empujando.

—Dios mío —susurra Thibaut.

El demonio aúlla cuando el metal se hunde ferozmente en su cuerpo. Le destroza las costillas, le desgarras la piel que chorrea sangre, le rompe el interior apartando órganos y entrañas. El demonio grita.

El cañón atraviesa a Fall Rot y el pecho del demonio se remienda a parches tras su estela, los huesos vuelven a colocarse toscamente en su sitio, la sangre se seca, la piel se une con imprecisión. El arma se libera por el otro lado de la carne de Fall Rot con un sonoro plop.

—*Sie...* —empieza a decir Mengele, luego se calla. Levanta su pistola y dispara varias veces seguidas en la carne del demonio. No falla. Fall Rot sigue acercándose. El arma gira, chorreante de la sangre de Fall Rot. Alesch grita una oración, empuja a Mengele hacia delante.

El demonio se ríe y dispara. El doctor desaparece en una explosión de sangre, llama y mortero.

El cadáver exquisito ataca.

El manif se precipita hacia Fall Rot, chascando con frenesí, empujado con ansia por todo el odio hacia lo demoníaco que pone en uso todas sus transmutables atenciones. Con un grito de engranajes, Fall Rot se abalanza hacia el manif. Golpea con un revés al cadáver exquisito y lo lanza dando vueltas.

El demonio construido y el arte viviente dan círculos el uno alrededor del otro. El manif acecha, mirándolo fijamente con sus ojos de anciano. El demonio-máquina pivota con torpeza, sin dejar de fijar sus objetivos en el arte. El cañón vuelve a triturar el cuerpo de Fall Rot, haciéndolo aullar, y el cañón se detiene a medio camino de su carne, apuntando a través del

esternón.

Los miembros del manif se retuercen en busca de energías, y el aire vibra. Pero nunca se ha enfrentado a un demonio como este. Fall Rot avanza, con el cañón apuntando directamente al cadáver exquisito.

Thibaut grita sin palabras una advertencia, pero Fall Rot no dispara. Parece extrañado. Alarga un brazo y agarra a su adversario, una mano enorme de uñas largas en cada una de las articulaciones del manif. Esas garras se tensan. El cadáver exquisito tiembla.

La cosa demonio producto de la ciencia y la demonología, construida para obedecer y desobedecer ese mandato, avatar infernal de una invasión, levanta su rostro y canturrea.

De un solo tirón espantoso, Fall Rot hace pedazos al cadáver exquisito.

Una explosión de energía, una liberación enorme. Todo el mundo se estremece. Los componentes del manif se desparraman. Las máquinas tiemblan.

Cuando a Thibaut se le despeja la cabeza, alza la mirada y ve al demonio chupar el desgarrado extremo de la cabeza del cadáver exquisito. Lame las partes de la máquina rota donde despedazó a la pieza de arte. A Thibaut le entran arcadas. El demonio bebe.

Lo hicieron manífago. *Esa es la energía*, comprende Thibaut. *El combustible es el sacrificio de manif, eso es lo que mantenía abierto este canal secreto, para que pudieran agarrar carne del Infierno y hacer esto. Devora arte.*

Fall Rot arroja la cabeza del cadáver exquisito a un lado, las piernas humanas a otro.

Sam grita el nombre de Thibaut, está forcejeando con Alesch. Thibaut se abalanza hacia ella dando bandazos. Levanta su arma, pero no puede disparar al obispo porque tiene miedo de darle a ella. Están luchando en el polvo, junto a los manómetros y los selectores. Thibaut siente las sacudidas de las orugas de tanque. *Fall Rot se acerca.*

Ve a Sam acuchillar a Alesch con una pata afilada de trípode. El sacerdote grita y se convulsiona. Ella lo tira al suelo y se arrodilla sobre él, le vuelve a clavar el arma. Alesch gime. Ella brama algo a la cámara que protruye del cuerpo del vicario.

¿Una radio, también, sintonizada al canal de ultratumba? Ella extiende un brazo hacia arriba y presiona unos botones en las máquinas nazis.

Fall Rot tantea con sus enormes manos y su enorme cara sonrío. El cañón se libera de su cuerpo.

Sam sigue pulsando botones mientras el demonio se acerca, rápidas secuencias repetidas hasta que se oye un súbito crepitar de estática.

—¡Aquí! —grita Sam en inglés—. ¡Está abierto! ¡Aquí!

Fall Rot andará suelto por París. Devorará a los manifs de París y se hará más fuerte.

La cosa levanta los brazos y Sam grita a su cámara de nuevo, y la habitación retumba.

Fall Rot baja la mirada.

Un rugido grave se intensifica. Más alto y más fuerte, crece con el efecto Doppler. Hay un grito a través del inframundo, como si un avión volara rápido a través de enormes cavernas y túneles, se hace más y más alto hasta que es insoportable, hasta que Thibaut y Sam se tapan los oídos con las manos y él ve a Fall Rot hacer lo mismo, con una expresión de angustia, y Thibaut siente que las entrañas se le estremecen y algo surge vertiginoso hacia la luz.

La tierra plana estalla.

Una convulsión. Thibaut sale despedido hacia atrás en una llamarada de pedazos de piedra.

Un estallido de bomba. Un ataque desde las profundidades. Thibaut entrevé fuego y una explosión hinchándose a través de la tierra, un penacho ardiente, metiéndose en el tanque centauro, envolviéndolo con fuego, llama que ruge hacia arriba y que hace rugir también a Fall Rot, en una agonía que no comprende, que aumenta y después se detiene, un congelado momento de incendio. Un momento de quietud.

Que cuando él mira se revierte de pronto a toda velocidad, como una película rebobinada, y lo absorbe todo hasta que desaparece. Corre de regreso al nuevo abismo. Atrapa a esa cosa-tanque Fall Rot consigo, hacia las profundidades, sin dejar huella. Regresa al foso.

Thibaut tose en el suelo un largo rato. Un enorme cráter se desliza de nuevo a la negrura. No hay tanque, ni ruina de tanque, ni desmesurado torso

humano a la vista. Thibaut se pone de pie.

Suena una segunda percusión, una explosión crepitante más discreta en una habitación cercana, y se acobarda. Acaba pronto y Thibaut se levanta de nuevo.

—Me comuniqué con ellos —susurra Sam. A Thibaut le pitan los oídos, pero la oye—. Esta pequeña puerta se abrió un poco. Yo la ensanché. —Con las energías del sacrificio. Con lo que le hizo a Alesch—. Tenían que subir por esto. A por esa... cosa.

Se reclina en una pared. Saltan chispas de la maquinaria. Unos pocos investigadores siguen con vida, se mueven, se arrastran en el polvo.

—Esto —les grita Sam— iba definitivamente en contra de los putos pactos.

—Dijiste que ellos... tus jefes... que no podían intervenir —dice Thibaut—. O no querían.

—Había un bloqueo. Ya viste lo que estaban haciendo los sacerdotes hasta que el manif... los detuvo. Y mis jefes querían evitar la confrontación. Pero yo los localicé. Y eso no podían dejarlo pasar. Habrá un serio enfrentamiento diplomático.

Thibaut se ríe con eso durante un buen rato, lo que le provoca dolor en su herida. Incluso Sam sonrío.

Atraviesan las ruinas a trompicones mientras los alemanes que aún siguen vivos se arrastran para apartarse de ellos. Cuando Thibaut llega hasta ella, primero duda, pero después recoge la cabeza del cadáver exquisito.

Es la mitad de grande que la suya, pero carnosa y ligera como papel maché. Mueve los ojos para contemplarlo, con tristeza. Un último bolo de vida. El tren de la barba hace un ligero sonido fricativo como una efe. La crisálida no palpita.

Van hacia el pasillo. Al final hay una celda que contiene una pila de objetos terribles. Piezas de granja, una cabeza de elefante putrefacta, hojas, raquetas de tenis, peces de ojos grandes, extremidades, una pistola, una figurita pequeña, una pila de sartenes, un globo terráqueo.

—Todos esos son de cadáveres exquisitos —dice Thibaut.

Un vertedero de componentes amontonados, una tumba de manifestación desgarrada. En el otro lado hay otro banco de máquinas, un motor y un solo catre como el de un prisionero. A Thibaut le entran arcadas con el olor de la

imagen en descomposición.

—Han estado aprovechando lo que sangra de los manifs —dice Sam.

Hay tres paredes resquebrajadas, caóticas. Una parte de la habitación está perfectamente pulcra, perfecta y antinaturalmente ordenada. La ventana está intacta, la pared, empapelada.

—He oído otro ruido que venía de aquí —dice Thibaut. Examina con cuidado la pila con el cañón de su rifle. Da golpecitos con una mano y la suave descomposición de sueño materializado le mancha los dedos.

Sam sonríe, pero Thibaut no le devuelve la sonrisa. Está pensando en los Main à plume que murieron. Mira la pared intacta.

—Tiene que haber expulsado un montón de energía cuando tus jefes hicieron volar por los aires a esa cosa —dice Thibaut.

—Era una abominación —dice ella.

Yo salvé París, se obliga a pensar Thibaut. Destruí un nuevo demonio absoluto. Salvé el mundo. Se siente plano. Fuera, la luz del sol los golpea de forma diferente a cómo lo hacía en la vieja ciudad.

¿Ya está? ¿Han acabado?

—¿Dónde están los soldados?

Continúan, a traspiés, solos y sin ser molestados. Aguzan el oído para oír a los atacantes que saben que vienen de camino, pero nada llega. Aliviados, confusos, esforzándose por mantenerse alerta, Thibaut y Sam se arrastran por edificios sucios y ruinosos. No sueltan las armas de las manos en esos vecindarios fantasmales manchados por la guerra, deambulando, repara Thibaut, de regreso a los viejos distritos.

Y, después, de forma brusca y repentina, están en un tramo discordantemente perfecto de París. La ciudad y las casas más hermosas. Perfectas fachadas, colores vibrantes, sin fisuras. Hasta el cielo parece más luminoso.

Sam y Thibaut se detienen perplejos. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Y cómo es que ese barrio está tan limpio?

Las calles están vacías, el sol está alto, las sombras, pequeñas.

¿Por qué no tenemos que ocultarnos? Thibaut piensa que tendrían que estar moviéndose a hurtadillas por los armazones de los edificios. ¿Dónde están los soldados? Ve casas bonitas sin daños de guerra.

—Hay algo que no tiene sentido —dice Thibaut.

—¿En serio? —se burla Sam—. ¿Solo una cosa?

Siguen caminando durante un largo tiempo. Calles indemnes e inmaculadas. No ven a nadie.

Pasan un gran hotel. Pintoresco, impoluto, desierto.

—La cuestión es que Fall Rot ya había despertado —dice Thibaut, despacio—. Quizá no era eso lo que estaban teniendo problemas en manifestar. A lo que le estaban ofreciendo sacrificios. Escribieron que había algo así, ¿verdad? Que les estaba dando problemas, tratando de que apareciera. Pero Fall Rot ya se había manifestado. Quizá se dieron cuenta de que no podían hacer que Fall Rot funcionara. Quizás estaban intentando librarse de él, pero no podían matarlo. Pero ¿y si había algo más que no podían invocar? Hasta que Fall Rot fuese abatido. —Sam permanece quieta—. Por tus jefes. Ya oíste ese ruido. Hubo un montón de energía cuando Fall Rot murió, eso seguro. Quizá la suficiente, al final, para lo que esperaban.

»Cuando lo mataste —dice Thibaut—, quizás eso fue como otro sacrificio. —Mira los ojos de la cabeza del manif que aún lleva consigo—. Si la muerte de un cadáver exquisito alimenta a Fall Rot —susurra—, ¿qué es lo que alimenta la muerte de Fall Rot?

Sam y Thibaut intercambian miradas. Ninguno de los dos habla.

Empiezan a correr. Por calles que no solo están demasiado pulcras, demasiado perfectas, demasiado vacías para los tiempos que corren, sino que jamás han tenido el aspecto que tienen ahora. Que no parecen reales. Thibaut se siente como una mancha, como un tizne de mugre.

—Pensábamos que eran los manif los que alimentaban a los demonios —dice Sam—. ¿Y si es al revés? ¿Y si han estado tratando de reclutar un manif?

¿De ese poder?

Han estado experimentando para controlar ese arte. Mesas lobo congregándose a la orden del látigo. El brekerhombre obedeciendo órdenes mientras se derrumbaba.

—Han estado tratando de invocar algo —dice Sam. Oyen disparos—. En secreto. Y fracasaban.

—Solo que —dice Thibaut— nosotros lo logramos.

En la calle de París, por el oeste hacia el extremo del distrito veinte, ven que se levanta la barricada de la ciudad al final de esta extraña cretona. Allí,

en los puestos alemanes, jeeps, armas, morteros, las tropas preparadas, la ciudad es abruptamente caótica de nuevo, mugrienta e imperfecta de nuevo, hecha trizas, y se convierte poco a poco en polvo.

Entre ellos y los guardias nazis expectantes, donde cambian los muros, hay una figura menuda en un traje marrón.

El joven camina despacio hacia la vieja ciudad, como si estuviera en un sueño o en una película a cámara lenta. Los pasos tardan demasiado en pisar el suelo. Lleva ropas anticuadas, pantalones que se inflan como un globo por encima de los calcetines subidos. El pelo es un extraño cercado negro echado a un lado.

Sam se ha puesto muy blanca. Dice «no». Cuando el joven se les acerca, las tropas alemanas disparan.

Y Thibaut casi se cae del estupor al ver que el hombre no se inmuta ante ninguna de las balas que impactan en él, ve que mira con dureza al tirador más cercano. Y donde el hombre mira se alza una casa.

Emerge al instante de la nada, limpia, recién pintada, trazada con profusión de detalles, pálida, casi traslúcida. Y el soldado, todos los soldados que estaban donde ahora está la casa han desaparecido sin más. Reemplazados, con una pincelada de atención, suprimidos de la escena.

Las fachadas de París reaparecen, cuando la figura se las queda mirando, y son más bonitas y más perfectas de lo que nunca han sido, y muy vacías.

—Nunca fue Fall Rot —dice Sam—. Al matar a Fall Rot hemos llamado a un manif. Cielo santo. Está trayendo una ciudad.

El hombre lo hace con cada mirada, está restableciendo París en contornos de color pastel, no restableciendo sino estableciendo algo nuevo, una pretensión afectada, como nunca ha sido. Un imaginario empalagoso.

—Han encontrado un autorretrato —dice Sam.

Los últimos soldados nazis se están dispersando antes de que la mirada aniquiladora los encuentre. Ahora el joven se está dando la vuelta despacio hacia Thibaut y Sam.

—No sabía pintar gente —susurra Sam—. Siempre los dejaba fuera. Lo pintaba todo vacío. Incluso cuando se pintaba a sí mismo, no sabía dibujar facciones...

La figura se da la vuelta y Thibaut ve una cara sin rostro. Vacía. Un borroso trazo de grafito donde debería haber unos ojos. Inexpresivo como un huevo. Una pobre y cobarde interpretación a mano de un artista joven y malo.

—Es un autorretrato —oye repetir a Sam.

Ella y Thibaut se acercan el uno al otro, se apoyan el uno en el otro atemorizados.

—De Adolf Hitler —dice Thibaut.

Y tratan de correr, y mientras Thibaut le grita a Sam y le agarra su mochila, y mientras la atención del manif de acuarela se dirige hacia ella, Sam se mueve con una fuerza más que humana. Se mueve para sacarlos de allí con una velocidad y una resolución obtenidos de sus pagadores de abajo. Sus ojos centellean y un halo llameante los rodea mientras ella salta, estirándose, luchando por llegar al cobijo de una pared...

... y se ralentiza en su trayectoria, y suelta a Thibaut y el manif de Hitler se da la vuelta y mira sin ojos y la encuentra, y a su alrededor todo, incluso los edificios destruidos, se vuelve perfecto, de postal, en el cono de esa mirada. Y la propia Sam se congela. Está en el aire y el autorretrato la mira y desaparece.

Desaparece. Sam es noperpersonalizada. Borrada con la mirada del manif.

Thibaut gatea hacia atrás y reprime el nombre de Sam. La calle es bonita, y Sam no está en ella.

Demasiado lento, demasiado tarde, comprende que el manif está mirando en su dirección, ahora.

Se arroja a la ventana de un sótano. Al caer, el cristal detrás de él se cura, pulverizado como el azúcar, mientras el manif de Hitler revisa la historia, impone su visión.

Detrás de la nueva fachada que la visión del manif invoca, persiste la podredumbre de la guerra. Thibaut aún tiene la mochila de Sam, y Sam no está.

Sube las escaleras, se orienta rápido y se tira por otra ventana de una calle lateral que aún no está en el campo de visión del manif.

Y no queda rastro de Sam. En la distancia Thibaut puede ver unos pocos de los últimos soldados alemanes, heridos y lentos. El manif de acuarela tiene que mirar a su barricada, porque desaparece, imperfecta para el paisaje deseado. Una calle monótona aparece en su lugar. Cuando la mirada del manif asimila a los soldados, ellos también dejan de estar allí al instante.

Una no entidad de rostro inexpresivo, que lleva paz y lindura, pone fin a los

escombros. Donde hay discordancia, trae la paz. Ni siquiera de la muerte sino de la nada. París será una ciudad vacía de casas encantadoras.

Eso es lo que autorretrato del Führer proclama.

Thibaut se apuntala contra una pared perfecta. Se mantiene fuera de la vista cuando pasa. Estira el cuello a su espalda y trata de apuntar al manif. Dispara. Falla. El manif sigue caminando. Thibaut vuelve a disparar, pero el autorretrato no le hace caso. Suelta un lamento cuando el manif cruza el umbral del viejo París. Lleva su terrible, vaciadora y pintoresquizante mirada a su embellecido hogar.

La acuarela levantará una evocadora ciudad. Y todo acabará. Las luchas de los manif, el humo rabioso, las paredes susurrantes, los combatientes por convicción, los partisanos de la libertad y de la degradación. Estiércol humano, listo para vivir y morir.

Thibaut oye el chasquear de unos labios. En su mano, la cabeza del cadáver se está moviendo. Puede ver una vibración en la larva. El tren-barba exhala humo.

La cara le sonrío. Parece cómplice. Lo mira a los ojos.

Thibaut empieza a correr. Toma la bonita calle detrás de la acuarela, el vidente de edificios vacíos. El manif del Führer. El rostro del cadáver exquisito murmura sonidos de aliento en la mano de Thibaut.

El manif de Hitler está de pie en el límite de la vieja ciudad. Oye a Thibaut y empieza a darse la vuelta.

Y Thibaut no tiene ningún plan. Ninguna idea. Justo antes de que la mirada lenificante y vaciante lo alcance, él se limita a lanzar lo que sostiene.

La cabeza del cadáver exquisito se lleva la mirada del manif en vez de él, pero no desaparece. Vuela por el aire hacia la figura sin facciones. Lo golpea de lleno.

Thibaut parpadea. Baja la mirada para verse. Sigue allí. Sigue sin ser visto.

El manif está peleando con una cabeza demasiado grande, una cabeza que ha caído encima de la suya. Como un disfraz de carnaval. La cabeza del cadáver exquisito se balancea cuando la acuarela se tambalea. La máscara bloquea sus ojos. Bloquea la mirada desadornadora que arregla las ruinas, convirtiéndolas en nada.

El autorretrato se debate debajo de la cabeza y Thibaut puede sentir las

ondas de la empalagosa atención de la acuarela. La cara del cadáver exquisito hace una mueca. Se vuelve traslúcida. Desaparece casi por completo debido a la vista que tiene debajo. Pero con un gruñido el cadáver exquisito atornilla su propia presencia y allí se queda.

Un desplegarse. Un trasegar de presencia.

Ahora la acuarela lleva en un pie una bota fuera de lugar, una bota manif aparecida bruscamente. Su cabeza no fue elegida por el artista. El manif sin rostro de Adolf Hitler se está aleatorizando. Un aleteo, una cascada de opciones. Mientras Thibaut observa, un rápido circuito cliqueante de objetos alternativos se coloca en el lugar de la cabeza del manif. Ahora sus piernas no son sus piernas, sino una sucesión de otras cosas, en un tartamudeo aleatorio. Su cuerpo también. Se está volviendo una triple figura.

Y aunque aún puede ver el marrón de su traje original y el distintivo y feo vacío de su cabeza ponerse en posición repetidas veces entre las partes que han empezado a componerlo, a concatenarse al azar, el batiente manif no se define por ello más que por la fruta, los ladrillos, los lagartos, las ventanas y la lavanda, las líneas de tren y las incontables otras cosas que son de repente, también, por momentos, sus componentes.

Se está volviendo un cadáver exquisito. Es un rehecho. No tiene artista.

Y en su despertar, su estela demacrada es sustituida por ese rigor estocástico, ese sueño soñado a sí mismo, los edificios que vio con afectada perfección vuelven a ser menos perfectos. Tiemblan. Sus colores se destiñen. Están demasiado saturados, las líneas vuelven a ser inapropiadas. Recuerdan sus grietas. Y, entonces, con alientos de polvo de piedra vuelven a su estado de ruina, o no están, o están azotados por el tiempo, marcados con el material de la historia, de nuevo. París es París.

Hay un grito. Una deglución. La luz cambia. El sol corretea hacia delante, impaciente por acabar este día. Thibaut se desploma sobre sus rodillas. Se arrodilla frente la entrada de París. Inclina la cabeza. La ciudad es lo que era.

De pie frente a Thibaut, donde había estado el Hitler, está su cadáver exquisito. Alto de nuevo. Cara de anciano, una hoja en el pelo. Un cuerpo de piezas y yunque. Se inclina... No, repara Thibaut. Está haciendo una reverencia. Está presentando su despedida.

Thibaut se pone de pie, también, para devolver el gesto.

El cadáver exquisito se da la vuelta y se aparta cortésmente de él, más allá del umbral, hacia el decimonoveno. Donde muy pronto sabrán, los civiles, los partisanos, que algo ha ocurrido.

No pasará mucho antes de que los invasores restablezcan el control de esas fronteras. Este plan para remodelar la ciudad ha fracasado, así que volverán a sus métodos originales de control, y conspirarán de nuevo. Thibaut está fuera, solo desde que el manif miró. Durante unas cuantas horas, en ese punto, las fronteras se abrirán.

El cadáver exquisito se está presentando en el bulevar Sérurier. Las partes de su cuerpo parpadean como un panel de horarios, entre opciones. Se reconstruye a sí mismo: cuatro partes, esta vez, los pies debajo del agua, piernas de mujer, cuerpo de alguna meditación cubista, cabeza aplanada, un sueño de labios fruncidos. Sigue caminando, se adentra en la ciudad, donde seguirá cambiando.

Thibaut mira al este, hacia calles fuera de la vieja ciudad que ya no son enfermizamente perfectas, pero que están, durante un tiempo, vacías.

Puede ir casi a cualquier parte. Aparta la mirada del corazón de la ciudad durante largo tiempo.

Y se da la vuelta, al final, hacia los distritos que conoce desde que era niño. Donde continúa la lucha.

Se siente melancólico, disfruta del aire más allá de los límites, sabedor de que pasará mucho tiempo hasta que vuelva a respirarlo. Su camino está claro.

Hay otras cámaras en París, hay que encontrarlas.

Los últimos días de Nueva París tiene que ser escrito. Incluso aunque estos no sean los últimos días, concluye.

Thibaut le concede a Sam un recuerdo. Le desea algo. *Tengo una misión, piensa. La misión. Empezar de cero, rehacer la historia, hacerla mía. Un nuevo libro.*

Pone el cuaderno y los carretes de Sam en la mochila. Thibaut la entierra en un agujero en el ladrillo de la barricada. Los límites de la zona. Hace que sus anotaciones, la prueba de la traición y las maquinaciones, los planes ocultos, los hechizos y el arte disidente sean parte de la sustancia del margen. Para

que alguien lo encuentre.

El sol resalta los límites de la parte afectada, el desmoronamiento donde antes hubo destrucción. Espera hasta que ve murciélagos en el cielo. Entonces, magullado y cansado, triunfante e inseguro, Thibaut respira hondo y pasa la frontera, de vuelta a Nueva París, la vieja ciudad.

Epílogo

Sobre la escritura de *Los últimos días de Nueva París*

En el otoño de 2012 mis editores me reenviaron un mensaje escrito a mano. Era de alguien en quien no había pensado durante muchos años. La había conocido cuando los dos estudiábamos en la misma universidad, aunque pertenecíamos a departamentos distintos. Hacía casi dos décadas que no hablábamos. Al principio ni siquiera reconocí su nombre.

Unas cuantas pesquisas en Internet me hicieron recordar y llenaron las lagunas. Cuando la conocí, ella estudiaba Historia del Arte, y por lo visto se había marchado a dar clase de esa disciplina en universidades europeas, en la especialidad de Modernismo. A finales de los noventa, hasta donde yo pude averiguar, había ganado una cierta notoriedad al montar una serie de pequeñas colaboraciones con científicos y filósofos, algo a caballo entre *performances* y provocaciones *avant-garde*, con títulos como «No río sino ría: remontando el Aurelio» y «Lo que es una vez y lo que no fue es aún». No pude encontrar detalles o descripciones de ninguno de aquellos actos.

Alrededor de 2002 su rastro en Internet se desvanecía. Como si desapareciese. Hasta que me escribió.

El mensaje era escueto. Había leído un ensayo mío de hacía tiempo en el que mencionaba de pasada al surrealismo, y le había recordado mi interés en el movimiento. Era por eso, dijo, que me contactaba de parte de alguien que tenía muchas ganas de conocerme, y con quien, a su vez, estaba convencida de que me resultaría interesante conversar. Pero había, dijo, una ventana de posibilidades muy limitada, pues «algunas puertas se abren solo de tanto en tanto y por muy poco tiempo».

Me dio el nombre de un hotel en Farringdon, un número de habitación, una fecha y una hora (con menos de dos semanas de antelación), me dijo que

llevara un cuaderno, y eso fue todo.

No estoy seguro de por qué elegí no hacer caso omiso del mensaje. Curiosidad, sobre todo, supongo; he recibido unas cuantas invitaciones excéntricas al cabo de los años, pero ninguna con ese tono de apremio vagamente violento. En cualquier caso, después de darle unas cuantas vueltas, muy sorprendido de mí mismo y decidido a marcharme en el momento en el que me sintiera incómodo, me dirigí al (deslucido pero no deprimente) hotel. Llamé a la puerta indicada, a la hora indicada.

Para mi sorpresa, no fue mi contacto por correo quien me abrió, sino un anciano. Se echó a un lado para dejarme pasar.

Saltaba a la vista que era octogenario, aunque caminaba muy erguido. Le quedaba la mitad del cabello y no todo era gris. Estaba delgado pero aún parecía fuerte, llevaba ropa limpia, desvaída y estropeada, en un estilo muy anticuado. En las horas que estuve con él jamás perdió su aire de suspicacia.

Pregunté por mi conocida, pero el hombre sacudió la cabeza con impaciencia y respondió en un rezongante francés: «*C'est seulement nous deux.*» Solo estamos nosotros dos.

Mi francés es pobre, aunque mucho mejor pasivo, como oyente, que hablado, lo que resultó ser más que suficiente.

Me presenté y él asintió, pero, con toda intención, no me correspondió.

Me indicó que me sentara en la única silla de la habitación y apartó su mochila de ella. Dudé si hacerlo dada la edad del hombre, pero él repitió el gesto, impaciente, así que obedecí, y durante la mayor parte de las horas que siguieron estuvo de pie, deambulando a veces de un lado a otro, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra, pero sin perder nunca su nerviosismo o energía. Cuando se sentaba lo hacía en el borde mismo de la cama, que estaba hecha, pero nunca se quedaba así por mucho tiempo.

Me dijo, que según tenía entendido, yo era escritor y que me interesaba el surrealismo y la política revolucionaria, y que sobre eso tenía una historia que contarme. Concedí que así era, pero le advertí que no me consideraba ningún especialista en la historia del movimiento. Le dije que había mucha gente mucho más experta que yo, y que quizá tanto él como mi conocida deberían buscar a alguno de ellos.

El hombre me ofreció una de las que serían sus escasas y glaciales sonrisas.

«*Elle a déjà essayé*», dijo. Ella ya lo había intentado. Yo era, me informó, la cuarta persona con la que la mujer había contactado, y lo había hecho

acicateada por una prisa acuciante, a medida que, según ese difuso calendario, el tiempo se acortaba. Dejó reposar aquello durante un momento. Así que yo era lo mejor que ella logró encontrar, y ahora mi trabajo era escuchar, tomar apuntes y, por último, hacer lo que creyese más oportuno con lo que él me contara.

Esperó a que me organizase, preparé el papel y el bolígrafo. Saqué mi teléfono para grabar, pero él negó con la cabeza, así que lo aparté. Hizo un gesto como si cortara el aire con las manos delante de mí, organizando sus pensamientos.

—Tu París —empezó— es el viejo París. En Nueva París, las cosas eran diferentes. Hubo un hombre en Nueva París. Estaba mirando el suelo. Era de noche. Más allá del muro de una ciudad desgarrada, los nazis estaban disparando.

Así comenzaron treinta y nueve horas extraordinarias (el adjetivo no es hiperbólico) de las que te cambian la vida. Durante su transcurso de ininterrumpida vigilia, horas cada vez más borrosas e imprecisas, alimentadas por patatas fritas, chocolate, agua y el vino espantoso del minibar, el hombre me contó sobre los últimos días de Nueva París, la historia que he presentado aquí.

Habló en *passé simple* e *imparfait*: fue siempre del todo ambiguo sobre si me estaba o no contando una historia, aunque sus explicaciones de la quiddidad de la ciudad, de su historia, sus descripciones de las calles y de los paisajes de Nueva París, resultaban absolutamente vívidas. A veces dudaba, me quitaba el cuaderno y dibujaba deprisa una ilustración de lo que estaba describiendo. Aún las tengo. No era ningún artista, pero me ayudaban a visualizar. Y a menudo me evocaba el recuerdo de una imagen, poema o pasaje, y entonces yo se lo quitaba y lo dibujaba, preguntándole: «¿Así está bien? ¿Se parecía a esto?» En ocasiones, mucho tiempo después, yo volvería a mis propios libros, en busca de una fuente que pensaba que podía recordar. Aquí he reproducido algunos de mis bocetos, que, según él insinuó, eran muy precisos.

En tres ocasiones durante el tiempo que pasamos juntos, sacó alguno de sus propios cuadernos. Objetos deteriorados, viejos, manchados de sangre, tierra y tinta. No me dejaba leerlos en su totalidad, pero sí que me enseñaba algunas secciones, algunas entradas con fecha en un francés garabateado, y me dejaba copiar frases o incluso bocetos de lo que había documentado (esos últimos

claramente no los había dibujado él).

El hombre era un narrador sumamente convincente, pero caótico. Yo estaba fascinado y flotaba. Hablaba concentrado y sin titubeos, pero (claramente abrumado por la presión del tiempo) iba demasiado rápido y mis notas, que tomaba traducidas, vacilaban. Contaba los acontecimientos sin orden. Volvía sobre sus propios pasos para rellenar los detalles que había olvidado. A veces se contradecía, u oscilaba entre la especulación histórica y la aparente autenticidad. Se desviaba y se enredaba en cavilaciones y comentarios de un particular aspecto de Nueva París que, si bien raras veces no resultaba sino fascinante, guardaba relación solo tangencialmente con la historia que estaba contando.

Sobre la propia Nueva París, él no hablaba nunca sino con la más desgarradora y onírica especificidad. En sus descripciones del tiempo anterior a la bomba S, de Marsella, de la Villa Air-Bel, usaba un registro distinto. Entonces estaba transmitiendo algo que alguien le contó, un relato reconstruido, el resultado de investigaciones: investigaciones inacabadas y llenas de lagunas que yo, obedientemente, con mucha documentación por mi parte, trataría de rellenar lo mejor que pudiese.

Al principio el hombre fue muy tajante ante cualquier interrupción. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, sobre todo a altas horas de la noche, cuando el aislado sonido de algún coche o de un peatón solitario en la noche de allá fuera (no echamos las cortinas) me sobresaltaba a la conciencia de mí mismo, si levantaba la mano para pedir una aclaración, para sugerir la fuente de algún manif que él estaba describiendo, para preguntar algún detalle histórico, escuchaba con más paciencia. Hacía preguntas que él a veces respondía, y nuestra interacción se convirtió en una entrevista de excursos, a veces durante más de una hora, antes de regresar al tema principal del viaje de Thibaut y Sam por las ruinas de Nueva París.

El hombre nunca me dijo su nombre y yo nunca se lo pregunté.

Nunca se refirió a Thibaut sino en tercera persona, incluso cuando me enseñó los cuadernos. Sin embargo, llegué a la firme conclusión de que él era Thibaut. En estas notas he proseguido sobre la base de esa asunción.

La situación resultaba muy desconcertante. Porque si, me pregunté, yo creía que él era Thibaut, ¿tenía que pensar entonces que me estaba contando la verdad?

Todo aquello era absurdo, qué duda cabe. Pero allí, sentado en esa silla

barata, escuchando exhausto al visitante contarme batallas de vida y muerte, mientras el tráfico de madrugada de Londres murmuraba en el exterior, no me lo parecía. Pareció posible, después plausible, después probable. Que estaba hablando con un fugitivo de Nueva París que me describía alguna vieja lucha.

¿Cómo había escapado de aquel lugar? ¿Por qué había venido aquí? No me atreví a preguntárselo. Fui demasiado cobarde, o demasiado respetuoso, o demasiado algo, y después perdí la oportunidad.

Me resulta difícil reconstruirlo ahora, pero creo que pensé que todo eso era solo un capítulo. Que la historia de Thibaut y Sam, y el más parcial e incierto trasfondo de la Villa Air-Bel y cómo Nueva París llegó a ser lo que fue, era la primera parte de una historia más larga; que él me contaría más historias, de los años que siguieron, y quizá detalles de otros lugares de ese mundo contaminado de arte y demonios.

Pero a la llegada del segundo día se puso más nervioso, más intranquilo, y hablaba cada vez más rápido. Se apresuraba para encontrar el final de la historia, de lo que al final no fueron, según resultó, los últimos días de Nueva París.

Cuando por fin acabó —con un palpable alivio en él— me permití levantarme para orinar por primera vez en mucho tiempo. No estoy seguro, pero ahora siento como si recordase oír, desde el baño, una puerta que se abría con un chirrido y que se cerraba después.

En cualquier caso, cuando regresé a la habitación, el hombre y su cartera y sus cuadernos habían desaparecido, dejándome mis páginas y páginas de garabatos, angustia, entusiasmo, absoluta confusión, y la cuenta del hotel.

Nunca más volví a verlo. Tampoco, incluso con la costosa ayuda de un detective privado, fui capaz de encontrar a la antigua conocida que nos había presentado. Solo tenía mis notas, y la tarea que se me había —de forma obvia, si bien tácita— encomendado. Me ha llevado mucho trabajo, pero al menos he intentado cumplir con ella.

Lo que he escrito —como aquellos que me contactaron tenían por seguro que haría— ha sido cuidadosamente extraído, destilado y organizado como mejor he sabido, a partir de las voluminosas notas que tomé de la atropellada narración del hombre. He rellenado algunas partes, incluso en ocasiones he

corregido lo que dijo, como resultado de mis propias investigaciones. Una vez más, estoy seguro de que ese era el papel que me fue concedido.

Quizás algunos lectores considerarán indecoroso por mi parte no haberme limitado al más parco y desapasionado, incluso textual, reportaje de lo que me fue contado. A ellos solo puedo decirles que yo soy, ante todo, un escritor de ficción, y tanto la mujer que me contactó como el hombre que conocí sabían eso. Quizá no les quedaba otra que conformarse con lo que había y habrían preferido otro cronista; quizás, en cambio, buscaban que la historia fuese contada con algo del registro de la ficción, para transmitir un poco del brío que puede incorporar la narrativa. He llamado a la historia una *novella* por cuestión de decoro, y para justificar el modo en el que la he contado. No sé si ellos lo aprobarían.

También he añadido una sección de referencias. Al organizar este relato, y para entender siquiera un poco del poder generador de la bomba S, pasé mucho tiempo tratando de rastrear las fuentes de los manifs que me describió el hombre. Muchos, por supuesto, resultaban bastante obvios. El origen de otros me lo contó él mismo, recurriendo a menudo a las explicaciones de lo que «Thibaut» sabía. En algunos casos le he imitado al hacerlos explícitos dentro de la historia; otros están en las notas que siguen. El origen de unos pocos no los reveló, o quizá no lo conocía.

Durante el curso de nuestra conversación, mencionó muchos otros fenómenos y manifs vivos, algunos de los cuales reconocí o identifiqué más tarde, y todos ellos los apunté en mis largas notas sobre la historia de la ciudad, demonología, manifología, mis bosquejos de una enciclopedia de Nueva París. No están tratados aquí, puesto que participan en su historia solo como acotaciones. Todas sus improvisadas descripciones me dejaron sin respiración por cuanto evocaban el hervidero que tenía que ser la ciudad desgarrada por la guerra y lo onírico. Una exploradora de Nueva París podía encontrar desnudos descendiendo escaleras o novias desvestidas, compuestos de líneas oscuras de Emmy Bridgewater, los gatos noctívagos de Alice Rahon. Su boca y sus ojos podrían ser tapados por mariposas, un eco asaltante de Dominó alado de Roland Penrose. Su reloj podía derretirse. La figura con cabeza de caballo y envuelta como una momia de Wilhelm Freddie podría ir a por ella; un vestido de onduladas faldas de Rachel Baes, o un taburete de Seligmann que corretease con piernas de mujer; un cuello de cisne sobre piernas de bailarina, un manif de Teige. Podría ver los cuerpos

superpuestos de Picabia reptar unos a través de otros, o ver las exhaustas formas rojas, acarreadoras y traqueteantes, de la máquina de segar de Eileen Agar. Un clérigo podía arrastrarse por su camino, manifiesto de la película de Germaine Dulac. Podría encontrarse la joven vestida de jirones de Lise Deharme. Cazar los flacuchos esqueletos animales de Wols. Recoger la carne que crecía abundante en los árboles incrustados entre las losas del pavimento. Escondarse de las presencias de brillos oscuros solarizados de Lee Miller y Man Ray.

Creo haber transmitido la idea con claridad: las calles de Nueva París rebullen.

De los manifs que he mencionado en esta narración hay, estoy seguro, muchos que no he podido identificar. Si lo he entendido correctamente, forma parte de la naturaleza de la bomba S que el grueso de sus secuelas sean aleatorias, o manifiestos de la obra de artistas desconocidos, es decir, lo que llamo, de manera surrealista, personas. Eso ya no tengo forma de saberlo. A otros manifs puede que no los haya reconocido como tales durante el relato. Había también presencias que, estoy convencido, derivan de obras que he visto, pero que no he sido capaz de recordar o de encontrar sus fuentes. Alguien más entendido en arte que yo quizá pueda rellenar los huecos.

La literatura sobre el surrealismo es, sin duda, extensísima: existe tal abundancia de libros excelentes que sería imposible citar solo una milésima parte de ellos. Además de una enorme pila de volúmenes de reproducciones, varios diccionarios y enciclopedias del surrealismo, colecciones de sus manifiestos y textos, unos pocos de los volúmenes que encontré particularmente útiles para comprender Nueva París, tal como me fue descrita, y en identificar los manifs, incluyen *Morning Star*, de Michael Löwy; *Black, Brown & Beige: Surrealist Writings from Africa and the Diaspora*, editado por Franklin Rosemont y Robin Kelley; *Surrealist Women: An International Anthology*, editado por Penelope Rosemont; *Surrealism Against the Current*, editado por Michael Richardson y Krzysztof Fijałkowski, y *La Main à plume: Anthologie du surréalisme sous l'Occupation*, editado por Anne Vernay y Richard Walter.

Por qué razón querían el visitante y la mujer que la historia de Nueva París fuese contada es algo que desconozco por completo. Siento que puede ser pertinente, de algún modo, que un buen número de los manifs parecen originarse de obras que, en nuestro mundo, son posteriores al momento de la

bomba S en el suyo. Lo que eso puede decir de la relación entre nuestras realidades (si hay o no algunas piezas que insisten en nacer, cualesquiera que fueran las contingencias de una cronología, si hay o no algunas fuerzas manifestadas que atraviesan lo que de otro modo podrían parecer barreras ontológicas impermeables, dejando huellas o llevándolas) eso lo ignoro.

Tres semanas después de mi encuentro en el hotel, estaba en un café en Stepney pensando en nuestra entrevista. Resultó que en un momento dado alcé la mirada, justo a través del escaparate, y vi a un hombre que me miraba detrás del cristal. Es decir, creo que me estaba mirando. No puedo estar seguro. La comida estaba dispuesta sobre estanterías en la ventana y, desde donde yo estaba sentado, una manzana me bloqueó la visión del rostro del hombre. Pude verlo por encima de ella, vestido con abrigo y sombrero, inmóvil. La manzana le tapaba los ojos, la nariz, la boca. Aun así, creo que me estaba mirando fijamente.

Al fin respiré hondo y desapareció, demasiado rápido para que lograra verle la cara.

Quizás algún entendimiento de la naturaleza de los manifs de Nueva París, de la fuente y el poder del arte y la manifestación, nos sean de alguna ayuda, en los tiempos que vendrán.

En cualquier caso, después de que me transmitiera la historia de Nueva París, hubiera sido imposible que yo no la contara.

Notas

Algunos manifs, detalles y sus fuentes

- 12 «¡Es la *Vélo!*»: La mujer-bicicleta es de Leonora Carrington «*I am an Amateur of Velocipedes*» [Soy una Aficionada a los Velocípedos]. Aunque Thibaut se escandalizó al verla, en su dibujo Carrington también dibujó una conductora sobre el artefacto con un mascarón.
- 15 **Mientras todos los que se habían congregado allí observaban la virtud negra:** La expresión «virtud negra» («*La Vertu noire*») fue la que usó mi informante. Basándome en eso, y en su descripción de oscuridad llena de presencias detrás del cristal, el caos de colores en la casa parece haber sido un manif de una pintura al óleo de Roberto Matta con el mismo nombre.
- 18 **Hay cosas peores que trampas de jardín para aviones:** Alrededor de 1935, Max Ernst pintó más de una *Trampa en el jardín para aviones*, paisajes en los que unas flores plumosas, vívidas, fungosas, como anémonas, crecen sobre ruinas de aviones.
- 18 **Bandadas de damas y hombres de negocios con alas de murciélago:** Las figuras aladas difícilmente se pueden considerar algo sin precedentes culturales, pero esta particular burguesía voladora que aquí se describe me parece que nace del collage de Ernst de 1934, *Une semaine de bonté*: del martes de esa «semana de bondad», sus figuras son recortes de catálogos, «quimerizadas» con alas dragontinas.
- 18 **geometrías de monoplanos, biplanos y triplanos:** Las horripilantes y descoloridas formas aéreas que sobrevuelan depredadoras como la antimateria son de una pintura de René Magritte de 1937, *Le Drapeau noir* [La bandera negra]. Se ha dicho que la obra está inspirada en el bombardeo de Guernica: en los cielos de Nueva París, sus manifs parecen como iteraciones implacables de máquinas de alguna clase de Tánatos.
- 19 **Girasoles enormes echan raíces por doquier:** Aunque no se refirió

explícitamente a ello, había algo en la escala de los girasoles que describió Thibaut, y la angustia con la que habló de ellos, que me hace sospechar que la progenitora de esos desmesurados especímenes de lo que Dorothea Tanning llamó las «más agresivas de las flores» es un manifiesto de su cuadro de 1943 *Eine Kleine Nachtmusik* [Pequeña serenata nocturna], en el que un espécimen colosal de un brillo funesto amenaza a dos chicas.

19 **las serpientes erguidas que son sus tallos:** Las plantas sostenidas por serpientes de pétalos de ojos y corazones, la «flor de los amantes», fueron un dibujo que le hizo a André Breton («con desmaña», afirma sin elegancia) «Nadja», la mujer que ahora sabemos que tenía por nombre Léona Delacourt, y reproducidas en su cuasi novela de 1928 del mismo título.

19 **manos humanas reptan debajo de caparazones en espiral:** La siniestra foto-collage de Dora Maar *Sans Titre* [sin título] (1934) es la fuente del manif de las manos metidas en conchas. En los cuadernos de guerra que me enseñó, Thibaut describe un pueblo de pescadores de tiendas de campaña debajo del muelle d'Auteuil. «La gente draga con alambre, sube crustáceos en espiral que se arrastran por la arena húmeda perezosamente sobre dedos humanos. Las uñas pintadas. Los locales los cuecen. Sacan la carne-mano humeante de sus caparazones y se la comen sin remordimiento caníbal.»

19 **cada tiburón tiene un hueco en el lomo en el que hay un asiento de canoa:** En 1929, la revista belga *Variétés* imprimió los resultados de varios juegos surrealistas. En «Si, cuando», un jugador escribe una oración condicional y otro, sin mirar, una oración principal, que se combinan entonces en una nueva frase. «Si», propuso Elsie Houston, «los tigres pudiesen probar lo agradecidos que son con nosotros», después, la fotógrafa Suzanne Muzard terminó «los tiburones se dejarían usar como canoas». Como en Nueva París, según parece, los tiburones se dejan a veces.

20 **los tocones de sus puntales, a cuarenta pisos de altura:** Del mismo modo que la torre Eiffel es la imagen más icónica de París en nuestro mundo, en el de Thibaut lo es el asombrosamente truncado pináculo flotante. En su *Paris and the surrealists* [París y los Surrealistas], George Melly comenta de pasada que durante un debate sobre «embellecer» París, «se propuso que solo se dejase la parte de mitad hacia arriba». He sido

incapaz de encontrar ninguna otra mención a esa misteriosa sugerencia, que claramente se adhiere a la dinámica de la bomba S.

- 24 **un compuesto imposible de torre y humano... un par de pies de mujer calzados en tacones altos:** La figura con casco que examinaba al joven Thibaut parece ser el manifiesto de un cadáver exquisito creado por André Breton, Man Ray, Max Morise e Yves Tanguy.
- 25 **enervación que infectaba casa tras casa:** No he encontrado ninguna fuente específica en la obra de Céline para el manifiesto de la enervación mencionado. Esa sensación general, desde luego, permea toda su obra.
- 25 **Enigmarelle, un robot dandi que salió a tumbos de la guía de una exhibición:** Enigmarelle fue una extravagante máquina con el pelo en tirabuzones y una vacía sonrisa de cera. Los surrealistas estaban fascinados con el «Hombre de acero», supuestamente creado por el inventor estadounidense Frederick Ireland en 1904, y popular en el vodevil. Prometieron que atendería la exhibición de 1938 (no lo hizo). Lo que sin duda fue una falsificación en nuestro mundo parece haberse convertido, en Nueva París, en algo auténtico.
- 26 **El gato soñador:** El gato bípedo es un manifiesto de *El sueño del gato*, una imagen de Nadja. No está claro si el animal es peligroso, constreñido como está por un peso enganchado a su pata derecha, y con la cola atada por una cuerda a una anilla de metal que, según Thibaut, flota constantemente detrás de él y encima de su cabeza como un improbable globo.
- 26 **los paisajes, topografías alpinas allanadas como cortinas tendidas:** Me llevó un tiempo darme cuenta por su descripción y el extraño nombre de la zona que los *paisages*² son lugares donde la geografía ha llegado a manifestar algunas pinturas de Kay Sage, con sus ondulantes, heladas, retorcidas y melancólicas volutas, y sus formas rocosas.
- 26 **Debajo de una farola es de noche:** El solitario puesto de noche manifiesto, con su luz, parece sacado desde luego de la serie de pinturas de Magritte *El imperio de las luces* (1953-1954).
- 32 **Jacques Hérold prendió fuego a una cadena negra:** Era mayo de 1944, en nuestra cronología, cuando la revista *Informations Surréalistes* salió publicada con una portada de Jacques Hérold: una imagen sencilla y austera de una cadena en llamas.
- 40 **un mamífero onírico lo observa con ojos de tití:** Thibaut no hizo

ninguna mención a la fuente de la imagen del animal con garras, y no pensé en tratar de rastrearla. Pero durante mis numerosas investigaciones llegué al dibujo de Valentine Hugo «El sueño del veintiuno de diciembre de 1929», de ese mismo año, y estaba claro que era de ahí de donde se había manifestado el animal. La imagen incluye, además, una mujer ahogada: es posible que la presa, al igual que el depredador al que interrumpió Thibaut, fuera un manif.

42 **la aviesa araña de diez patas:** La araña sonriente, con un rostro casi simiesco retorcido en una mueca data de 1880, dibujada primero a carboncillo, en litografía después. Odilon Redon era uno de los predecesores reverenciados por los surrealistas, y más de uno de sus *noirs*, de sus «cosas negras», han sido avistados en Nueva París: Thibaut me describió, por haberlo visto, el enorme ojo globo que mira al cielo de Redon alzarse serenamente por encima de las ruinas humeantes de una batalla entre soldados nazis y las fuerzas del Groupe Manouchian.

44 **remilgados huesos de Delvaux... esqueletos boca abajo de Mallo:** Los manifs de la obra del artista belga Paul Delvaux parecen ser relativamente habituales en Nueva París, sobre todo los esqueletos como los aquí descritos, a los que, si bien no de forma tan obsesiva como lo hacía con las mujeres desnudas de enormes ojos, regresaba a menudo. Para citar el título de su imagen de 1941, toda Nueva París podría considerarse *la ville inquiète*: la intranquila, aprensiva, ansiosa, inquieta ciudad. La desasosegante ciudad. Una ciudad también habitada, apropiadamente, por otras trémulas figuras de huesos, que se descoyuntan mientras yacen temblorosas, y se reconstruyen una y otra vez. Son los manifiestos del cuadro de 1930 de Maruja Mallo, *Antro de fósiles*.

45 **El Museo del Ejército está siendo vaciado... por extraña maleza:** La idea de Paul Éluard, del número 6 de *Le Surréalisme au service de la révolution* de 1933, se ha manifestado claramente. El «irracional embellecimiento» que sugirió para Los Inválidos fue que la zona fuese «sustituida por un bosque de álamos».

47 **Se llaman mesas lobo... Manifiestos de una invención de un hombre llamado Brauner:** La más famosa iteración de la *loup-table*, de la «mesa lobo», del artista rumano Victor Brauner, fue el objeto físico que él mismo hizo, en nuestra realidad, en 1947. Si lo hizo físicamente o no en la de Thibaut, también, lo desconozco, pero había imaginado el mueble-bestia

en al menos dos ocasiones antes de la bomba S, en sus pinturas de 1939, *Espacio psicológico y Fascinación*, que Thibaut parecía conocer. Como menciona él, en las dos versiones tempranas, como en la escultura posterior, la cabeza de dientes amenazantes del depredador —«gritando sobre su hombro en la muerte», como lo expresó Breton— con una cola y un ostentoso escroto parece más vulpino que lupino. Breton consideró la mesa lobo de Brauner como una canalización de una sensibilidad única del miedo, de la anticipación de la guerra que estaba por venir.

48 **un libro cubierto de percebes**: Al principio supuse que «el libro que había descansado bajo el agua» era el grimorio de Próspero, pero más tarde, en la conversación, Thibaut me corrigió: es el manif de un objeto de 1936 hecho por Leonor Fini.

49 **una cuchara cubierta de pelo animal**: La cuchara que Thibaut había medio esperado encontrar acompaña a menudo una taza cubierta de unas pieles parecidas, dijo, y es por supuesto un manifiesto de un famoso montaje de Meret Oppenheim, a veces conocido como *Breakfast in Fur* [Desayuno con pelaje]. Una razonable minoría de las cucharas que quedaban en Nueva París están, por lo visto, cubiertas de pelaje animal.

51 **«Incluso los durmientes... son trabajadores y colaboradores de lo que sucede en el universo»**: La frase con la que se abre *Geographie Nocturne*, que Thibaut citó, es de Heráclito. Junto con *La Main à plume*, fue impresa en 1941.

58 **«¿Ithell Colquhoun?»**: Colquhoun, en nuestra realidad, fue una artista menor e inusual, que fue expulsada del Grupo Surrealista de Londres en 1940. Mantuvo una fascinación de por vida por lo oculto, sobre todo la Cábala, y a lo largo de los años fue miembro de varias órdenes y grupos de índole mágica. Más tarde fue la autora de la extraña novela hermética *El ganso de Hermógenes*.

62 **«Confusamente, los bosques se mezclan con criaturas legendarias ocultas entre los matorrales»**: La descripción de Robert Desnos del bosque data de 1926, del poema «Los espacios del sueño».

63 **como los que precipitan esas futuristas presencias de aviones**: Lanzada con un manifiesto en 1929, la *aeropittura* (aeropintura) fue una iteración de marcada influencia fascista del futurismo de segunda generación en Italia. Estaba asociada con Benedetta Cappa, Enrico Prampolini, «Tato» (Guglielmo Sansoni), Fortunato Depero, Fillia y Tullio Crali. Se

caracterizaba por una cuasi abstracción en desfondado servicio a la idea de velocidad y la propaganda bombástica, y a la cuasi religiosa iconografía fascista, como en el retrato de Mussolini de Gerardo Dottori de 1933. Fueron esas frenéticas presencias angulares de aviones de la *aeropittura* que parecieron haberse manifestado de tanto en tanto en Nueva París.

63 **¿Fovistas?... ¿La insignificante vieja estrella?**: El fovismo de André Derain, al que se hace referencia aquí, fue tolerado, y hasta cierto punto celebrado, por el régimen de Vichy. Nueva París es hogar de unas cuantas figuras de colores estridentes que salieron vagamente de sus imágenes. Un breve y elíptico poema de seis líneas de Gertrude Stein le da nombre —y en Nueva París, su desagradable quiddidad de manifiesto— al manif conocido como «la insignificante vieja estrella».

66 **El urinario de un gigante**: Fue Paul Éluard, en 1933, en la discusión colectiva del «irracional embellecimiento» de París, quien sugirió la metamorfosis del Arco de Triunfo en un orinal.

67 **un enorme pez de cabeza falciforme... una mujer hecha con guijarros desproporcionados**: El pez con su enorme cabeza naranja en forma de media luna era uno de los numerosos manifs que emergieron de los vívidos monstruos de Wifredo Lam. La figura de la mujer de piedras apareció más de una vez en el testimonio de Thibaut. La dibujó para mí, y fue gracias a ello que al final fui capaz de identificar al manif como la pintura de Meret Oppenheim de 1938, *Mujer de piedra*. Y hay, desde luego, algo particularmente fascinante en esa simple imagen, incluso entre tanta extrañeza. No soy capaz de expresar exactamente el qué. Pero creo que puede tener que ver con el hecho de que hemos oído, en muchas ocasiones, en cuentos populares, de gente convertida en piedra, y como hemos visto estatuas, pensamos que sabemos el aspecto que debe de tener una «mujer de piedra». Pero la mujer recostada de Oppenheim, en cambio, está compuesta, de forma discordante, de un puñado de guijarros sueltos y coagulados. Sentimos su cualidad táctil, sabemos cómo encajarán en nuestras manos. Pero el corte de agua en sus tobillos muestra que la mujer es pertinentemente alta, y que esas piedras suaves representadas con cuidado se salen completamente de la escala. La problemática de la escala, así como el hecho de que la mujer es roca, es lo que resulta tan discordante.

68 **el palacio Garnier, sus escaleras, huesos de dinosaurio**: Las sugerencias

de Breton para el «irracional embellecimiento» del Palacio Garnier, la sala de ópera, era que se convirtiese en una fuente de perfume, y que se reconstruyese la escalera «con los huesos de animales prehistóricos».

68 **Le Chabanais:** El extraordinario y extraño destino de Le Chabanais es un manifiesto de la propuesta de «embellecimiento» de Tristan Tzara de 1933. Del famoso burdel, exige que «se llene de lava transparente y, después de que se solidifique, sean demolidas las paredes del exterior». Esto, de forma horripilante, es lo que ha ocurrido en Nueva París, encerrando a todos los del interior. Están congelados, suspendidos y sin descomponerse, en eterna sorpresa, como insectos en ámbar.

68 **Una marioneta vegetal, fibrosa, un compuesto floral:** Las marionetas vegetales son manifs de una obra de 1938 de la artista y anarquista hispano-mexicana Remedios Varo. Retorcidas, angustiadas, fibrosas y deslizantes figuras recortadas contra un fondo oscuro, que conservan aquí y allá débiles trazas de visibles rasgos humanos.

69 **Celebes:** La pintura de Max Ernst de 1921, *Celebes*, o *El elefante Celebes*, es una de las obras más celebradas y reconocibles al instante del canon surrealista. La vasta actualización —un elefante cuasi robot extraño, terrorífico, derivado en la forma de una imagen que Ernst vio una vez en un contenedor de maíz sudanés— se ha convertido en uno de los más conocidos de Nueva París. Deja un rastro de sus vagabundeos por la ciudad, me dijo Thibaut. Donde se detiene deja charcos de grasa pegajosa y amarilla.

70 **El sol sobre París no es un círculo sin nada dentro:** El «*sol niger*», el sol negro, que lleva a veces un agujero en el centro, es una imagen tomada de la alquimia que fue popular entre los surrealistas. Max Ernst lo pintó varias veces, como parte de su serie de bosques durante la década de 1920.

70 **Figuras de humo que aparecen y desaparecen flotando:** Wolfgang Paalen, el pintor austro-mexicano, creó el método semiautomático que llevó a los *fumages* que aquí se manifiestan en la década de 1930, al situar el papel o lienzo sobre una lámpara encendida para que el hollín y el humo lo decoloraran, moviéndolo para que las marcas se extendieran en formas vagamente reconocibles. Sobre esas figuras de *schmutz* evanescente aplicaría entonces tinta o pintura, o las dos, haciendo modificaciones, añadiendo detalles y textura.

72 **La cabeza de caballo:** Thibaut vería después la fotografía de lo que Sam

llamó «la cabeza de caballo». Era una figura envuelta, alta y siniestra que miraba a la cámara, tocando con los dedos un crucifijo en su voluminosa mano de tres dedos. La cabeza tenía, dijo, un aspecto tan equino como canino, y con unos colmillos salvajes. Creo que este es el manif del dibujo de Leonora Carrington de 1941 *Do you know my aunt Eliza?* (¿Conoces a mi tía Eliza?).

- 72 **Seligmann. Colquhoun. Ernst y De Givry:** Los surrealistas tenían un largo interés en la adivinación, las tradiciones ocultas, herméticas y alquímicas de la brujería. Además de Ithell Colquhoun, entre otras muchas figuras que ejemplifican esta tradición están Grillo de Givry (cuyo libro de 1929 *Le Musée des sorciers, mages et alchimistes* los surrealistas recibieron con entusiasmo) y Kurt Seligmann, y las inspiraciones de Nicolas Flamel, Hermes Trimegistus, Agrippa y Joséphine «Sar» Péladan.
- 73 **«Ciertas posibilidades para el embellecimiento irracional de una ciudad»:** La fuente de gran parte de la materia de Nueva París, el extraordinario artículo al estilo de un cuestionario sobre el «embellecimiento irracional» de París, «*Sur certaines possibilités d'embellissement irrationnel d'une ville*», data, como he indicado, de 1933, del número 6 de *Le Surréalisme au Service de la Révolution*. La revista pregunta a siete surrealistas si «se deberían conservar, trasladar, modificar, transformar o suprimir» una lista de treinta y un lugares de París escogidos de forma excéntrica (aunque ninguno de los consultados da respuestas para todos ellos). Aquellos a los que preguntaron fueron Andre Bréton, Paul Éluard, Arthur Harfaux, Maurice Henry, el temible trotskista Benjamin Péret, Tristan Tzara y Georges Wenstein. Aunque no ha sido muy citado en la literatura en lengua inglesa de nuestra cronología, es obvio por su historia que, en el tiempo de Thibaut, esta pieza ha resultado clave en la naturaleza manifestacional de Nueva París.
- 74 **«Azules de química de máquinas retorcidas de un azufaifo de carnes podridas»:** La descripción de los habitantes manif de los bosques que Thibaut cita viene del poeta y teórico de la negritud martiniqueño Aimé Césaire, de su *Cahier d'un retour au pays natal* (Cuaderno de regreso a la tierra natal), publicado inicialmente en 1939, y en una versión ampliada (en nuestra realidad), con un encomio de Breton, en 1947. Césaire, en el original, no está meramente describiendo, sino que invoca los fantasmas que se manifiestan en Nueva París: «Alzaos fantasmas azules de química

de un bosque de bestias acorraladas de máquinas retorcidas de un azufaifo de carnes podridas de una cesta de ostras de ojos de una red de correas recortadas en el hermoso sisal de una piel de hombre.»

75 **una esfera con plumas del tamaño de un puño:** Los rostros de plumas que se alimentan de la vista de Thibaut y Sam son manifs de la pintura de 1937 *Objeto-fantasma* de la asombrosa artista conocida como Toyen, tras rechazar el nombre de Marie Čermínová (y, en la gramática checa, el género femenino). La obra de Toyen parece haber tenido una enorme influencia en la topografía y en los habitantes de Nueva París, después de la bomba S.

76 **un mono alado con ojos de búho:** El mono del alféizar se reconoce al instante como el manif de la bestia que se agacha a los pies de la mujer semidesnuda en el umbral de una puerta en la pintura de Dorothea Tanning de 1942 *The Birthday* (El cumpleaños).

77 **Se pone de pie como una persona debajo de un enorme peso... un seto vivo de sofisticada elegancia:** Ellos no inventaron el juego de «Consecuencias», pero en el 54 de la calle de Château, a finales de 1910 y principios de 1920, los surrealistas se encargaron desde luego de desarrollarlo, dándole el nombre por el que ahora lo conocemos: «Cadáver exquisito». Lo encumbraron en el que quizá fue el lugar principal de todas sus metodologías. Simone Kahn describe la técnica y su importancia: «En una de esas ociosas y cansadas noches que tanto abundaron en los primeros días del surrealismo... salió el invento del cadáver exquisito... La técnica de transmisión la hallamos enseguida: la hoja se doblaba después del dibujo del primer jugador, tres o cuatro de sus líneas quedaban más allá del plegado. El siguiente jugador empezaba prolongando esas líneas y dándoles forma, sin haber visto la primera, de ahí en adelante todo era un delirio.» «Teníamos a nuestra disposición un modo infalible de mantener en suspenso el intelecto crítico, y de liberar la actividad metafórica de la mente», dijo Breton.

Hay un sinfín de hermosos ejemplos en los archivos. Algunos son solo sencillas líneas de tinta sobre papel; otros están coloreados con esmero; otros son mucho más elaborados y requieren de más tiempo, como las obras de cortar y pegar. Grotesca, lúdica, siniestra, una combinación de iconografía política, los componentes de un bestiario, maquinaria industrial, y gramática del sueño. Los colaboradores incluyen el trabajo de

Óscar Domínguez, Yves Tanguy, Pierre Naville, Jeannette Tanguy, Gerardo Lizárraga, Greta Knutson, Valentine Hugo, Breton, Max Morise, André Masson, Nusch Éluard, Picasso, Man Ray, Duchamp y muchos otros.

El cadáver exquisito del que Thibaut y Sam se hicieron insólitos compañeros —que puede verse como el frontispicio de este libro— es el manif de un collage compuesto de 1938 de grabados pegados juntos de André Breton, Yves Tanguy y Jacqueline Lamba. De pie, una pila tambaleante de diversas partes, y mira desde debajo de su sombrero de oruga con una melancolía profética.

79 **todo el mundo... siente que estuviera en el entrepiso de una escalera moteada de serpiente:** Thibaut fue muy específico sobre la ansiedad que sintió en el momento descrito, lo que me hizo pensar en las pinturas al óleo de Pierre Roy de 1927 y 1928, *Peligro en las escaleras*, de una enorme serpiente que desciende sinuosa hacia el espectador.

81 **Están entre escombros llenos de jaulas... una cabeza de bebé del tamaño de una habitación:** El campo de tiro es un manif de los diversos dibujos de Toyen de ese título, de 1939 a 1940, variaciones de los paisajes llanos, inquietantes e inquietados. Todos los componentes y habitantes de los tramos que me describió Thibaut provienen de esas imágenes: la gigantesca cabeza de bebé, por ejemplo, se describe en *Tir IV / La galería del tirador*.

82 **Una tormenta de pájaros:** Los pájaros son recurrentes en la iconografía surrealista, y este pájaro colectivo mencionado, la figura danzante que Thibaut vio en el cielo, puede ser *Loplop*, el «Pájaro superior» de Max Ernst.

84 **Chabrun, Léo Malet y Tita:** El rol de estos y otros incondicionales de los Main à plume, el grupo surrealista clandestino, tuvo, por supuesto, un impacto mayor en Nueva París (lo que no quiere decir que fuera poco interesante o sin trascendencia en nuestro mundo).

84 **Thibaut había luchado contra la Carlingue una vez, junto con Laurence Iché:** Traté repetidamente de persuadir a Thibaut para que hablase más de sus camaradas de los Main à plume, pero se mostró reticente, agobiado, diría, con un respeto y un duelo que lo enmudecían por razones que no era capaz de articular: quedaba claro que su muerte suponía un peso tremendo para él. En particular la de Iché. En nuestra

cronología, Iché sobrevivió a la guerra y vivió hasta 2007. Por razones que no sé perfilar, ni siquiera para mí mismo, eso no se lo dije.

Los manifs junto a los que dijo haber combatido, que Iché fue capaz de traer y dirigir, vienen de su poema «Prefiero tu intranquilidad como una linterna oscura», publicado —en nuestra realidad— en *Au fil du vent* en 1942. Allí escribe sobre «la oruga de cabeza de águila», «el águila de pelo de viento» y «la bañera de espejos despedazados».

Iché hizo en ocasiones de modelo para varios artistas, incluido su padre, el escultor René Iché, un activista de la Resistencia con el Groupe du Musée de l'Homme. En 1940, fue modelo para su estatua de bronce *La Déchirée* (El desgarró), una estatuilla de una mujer semidesnuda, ciega, con un brazo estirado hacia el cielo. La histriónica alegoría de la Francia bajo la ocupación nazi pasó de contrabando a Londres donde fue entregada a De Gaulle. Este la mantuvo en su escritorio y se convirtió en una especie de símbolo de la Resistencia. En nuestra realidad, la estatua desapareció después (Thibaut nunca había oído hablar de ella, así que desconozco qué destino le deparó en su mundo). No fue una enorme pérdida para el arte.

88 **Sagrado Corazón:** Fue Breton quien sugirió, como uno de sus «embellecimientos irracionales», que la basílica se convirtiera en una terminal de tranvías, pintada de negro. También dijo que debería trasladarse a la región norte de Francia, el Beauce. Eso, obviamente, no ocurrió.

89 **una escalera de brazos nervudos y musculosos:** Las escaleras de brazos gruesos que se agarran la una a la otra, saliendo de la tierra y apoyándose por el codo, sujetas en las paredes, son manifs de un dibujo a tinta de Tita, *Les Bâtisseurs de ruines* (Los constructores de ruinas), impreso en *Transfusion du Verbe* en 1941. Otros aspectos del paisaje de Nueva París, como me describió Thibaut, también parecen derivados de ilustraciones de esa revista, piedras como garras de mantis religiosas, una mano en una ventana que crece del suelo, manifs de ilustraciones de Aline Gagnaire en el mismo número, por ejemplo.

91 **Un gigantesco manif mujer sin rasgos agujereado por cajones que se abren para emanar cosas... maniqués reptando como cangrejos:** La mujer descabezada con cajones en la que Thibaut imagina que Sam está pensando viene de una pintura de Dalí de 1937, *Jirafa ardiente*. La famosa jirafa, me dijo, también ha galopado más de una vez por Nueva París,

echando humo, pero las enormes mujeres apuntaladas, con cajones sobresaliéndoles de las piernas y el pecho, de las que se desprenden hojas al viento de ramas de árboles donde debería haber habido cabezas, son manifs de lo más peligrosos y amenazantes. Sus cajones se abren y se cierran con voracidad.

Las muñecas mencionadas son manifs de las famosas esculturas grotescas de Hans Bellmer, hechas con distintas partes del cuerpo de maniqués femeninos y reconfiguradas en composiciones libidinosas y terroríficas.

91 **«Mi pijama bálsamo martillo dorado de azul celeste»:** Simone Yoyotte, de cuyo poema se manifestó el pijama que llevaba Thibaut, era natural de Martinica. Colaboró con el grupo surrealista de París antes de su muerte en 1933, a la edad de veintitrés años. Lo más relevante fue que ella, junto a su hermano Pierre, fue una activista en el grupo *Légitime Défense* (Legítima Defensa). Fue en su revista, del mismo nombre, en la que se publicó el poema, en 1932. El grupo se formó en la calle Tournon en 1932 y lo integraban los poetas y filósofos martiniqueños Étienne Léro, Jules Monnerat, René Ménil y otros cinco, incluidos los Yoyotte. Ninguno tenía más de veinticinco años. Aquella extraordinaria e incendiaria revista, con sus contundentes intervenciones anticoloniales, marxistas y surrealistas, fue descrita más tarde por Léon-Gontran Damas, uno de los llamados «padres» de la negritud, como «el documento más insurrecto jamás firmado por gente de color».

104 **Atrapados en el interior de Marsella... los surrealistas habían dibujado nuevos palos, una rebelión cartográfica:** El origen de la historia del «juego de Marsella», una baraja de cartas que los surrealistas cautivos crearon y describieron a Parsons, es el mismo en nuestro tiempo que en el de Thibaut. Los detalles completos de las cartas y los artistas que las describieron son los siguientes:

ESTRELLAS NEGRAS, PARA LOS SUEÑOS:

As: Óscar Domínguez

Genio: Lautréamont, el autor de un favorito de los surrealistas, *Los cantos de Maldoror*; Wifredo Lam

Sirena: la Alicia de Lewis Carroll; Wifredo Lam

Mago: Freud; Óscar Domínguez

LLAMAS ROJAS, PARA EL AMOR Y EL DESEO

As: Max Ernst

Genio: Baudelaire; Jacqueline Lamba

Sirena: la monja portuguesa, la supuesta autora de un conjunto de cartas de amor apasionadas del siglo xvii (que ahora se cree que son ficticias);
André Masson

Mago: el poeta y el filósofo Novalis; André Masson

CERRADURAS NEGRAS, PARA EL CONOCIMIENTO

As: André Breton

Genio: Hegel; Victor Brauner

Sirena: Hélène Smith, la psíquica francesa del siglo xix; Victor Brauner

Mago: Paracelso; André Breton

RUEDAS ROJAS, PARA LA REVOLUCIÓN

As: Jacqueline Lamba

Genio: el Marqués de Sade; Jacques Hérold

Sirena: Lamiel (la heroína de la novela de Stendhal del mismo nombre);
Jacques Hérold

Mago: Pancho Villa; Max Ernst

Los comodines eran imágenes de Père Ubu, el monstruoso y soez payaso-tirano de las obras de Alfred Jarry, precursor del movimiento, admirado por los surrealistas. La imagen que escogieron fue la del propio Jarry.

En nuestra cronología, los diseños fueron publicados en la revista surrealista VVV en 1943, en Nueva York, algunos un tanto reelaborados. En la mayor parte de los casos apenas se modificaron un poco las imágenes, pero hubo también algunos cambios sustanciales. El As de las Revoluciones, por ejemplo, se convirtió en una rueda que se mantiene en equilibrio sobre un patrón de salpicaduras de sangre, en vez de un molino de agua batiendo sangre, como en el diseño original de Lamba. La radical melancolía y el funesto presagio de sangre como el motor del cambio, de forma atípica en el movimiento, quedaron así expurgados.

En la realidad de Nueva París, las cartas nunca se publicaron, aunque es

evidente que aparecieron en la ciudad, precisamente en forma de carta, y eran unos objetos de inmenso poder, capaces de invocar a sus genios, sus sirenas y sus magos. Thibaut me aseguró que no fueron solo las figuras sino los ases y los números los que estaban presentes en París. Lo que manifestaban, y cómo, eso lo desconocía.

110 **Una langosta. Con cables...:** Resultaría sorprendente si la absurdamente icónica *Teléfono langosta* de Dalí no apareciese en el universo reconfigurado de Thibaut.

111 **figuras rayadas con llaves:** En la década de 1930, Brassai fue conocido por fotografiar las imágenes garabateadas y rascadas con tosquedad en las paredes de París. En Nueva París, los rostros (pues eso eran en su mayor parte) en blanco y negro que tan compulsivamente capturó están vivos y se mueven. Thibaut dijo que si ponías el oído cerca de las paredes, movían sus bocas de rasponazos y te susurraban en su lenguaje cementerial incomprensible para cualquier humano.

112 **una enorme boca de tiburón... sonriendo como un ángel estúpido:** Este manif es de un texto de Alice Rahon, de 1942, en el que describe, en el horizonte de la ciudad, «una enorme boca de tiburón que aparece con la sonrisa de un ángel estúpido».

113 **Es el sandbumptious:** El sandbumptious es una aberrante bestia que aparece en la obra *March 7 1937-4 (Sandbumptious)*, de la extraordinaria Grace Pailthorpe. Pailthorpe, ahora una figura oscura, fue descrita en 1936 por Breton como «la mejor y la más auténtica surrealista» de los surrealistas británicos (que podría leerse, desde luego, como una débil y contenida alabanza). Había sido cirujana en Francia durante la Primera Guerra Mundial y terminó siendo una pionera en el psicoanálisis británico. Nacida en 1883, su transición hacia la pintura fue tardía, a la edad de cincuenta y dos años, cuando conoció al artista Reuben Mednikoff, quien se convertiría en su pareja; en otro de esos solapamientos entre los mundos del ocultismo y del surrealismo, se conocieron en una fiesta organizada por Victor Neuberg, satanista y uno de los amantes de Crowley. Pailthorpe y Mednikoff fueron expulsados del grupo surrealista de Londres en 1940, en un arrebatado de tóxicas luchas internas (Conroy Maddox llamó a Pailthorpe «ogro»), pero es obvio que el espíritu de su obra quedó lo bastante vinculado con el surrealismo como para que se manifestara en la Nueva París posterior a la bomba S.

- 115 **el León de Belfort:** El León de Belfort es uno de los lugares parisinos irracionalmente embellecidos en 1933, pero ninguna de las sugerencias del artículo concuerda de forma exacta con la descripción que Thibaut hace aquí. Las figuras de piedra entre las que pasa Thibaut parecen, quizá, refugiados de la sección «León de Belfort» de la novela collage de Max Ernst *Una semana de bondad*.
- 118 **La estatua de la Libertad:** El sustituto semivivo de la estatua real del jardín de Luxemburgo es un manifiesto del grotesco collage de 1934 de la estatua de la Libertad del artista surrealista checo Jindřich Štyrský.
- 124 **el lugar en el que estaba el Palacio de la Justicia... el serrín se arremolina en las ventanas y puertas de la Sainte-Chapelle:** La forma tomada por el Palacio de la Justicia de Nueva París es una combinación del «embellecimiento irracional» sugerido por Benjamin Péret, que propuso que se sustituyera por una piscina, y de André Breton, que quería que fuese reemplazado por un enorme grafito que fuera visible incluso desde un avión. Fue Tristan Tzara el que propuso llenar la Sainte-Chapelle con serrín.
- 124 **las cuadradas torres pequeñas y anchas a cada lado del rosetón central:** Las dos torres de la Notre-Dame de Nueva París han sido irracionalmente embellecidas siguiendo la sugerencia de Breton, quien propuso que se sustituyeran por contenedores de vidrio llenos de sangre y esperma. La razón por la cual la sangre parece ser una mezcla de sangre y vinagre, así como el motivo por el que las torres son silos en vez de las botellas gigantes que sugirió Breton, le eran desconocidos a Thibaut.
- 126 **Las amenazantes, kitsch y retrógradas esculturas de mármol de Arno Breker:** Josef Thorak y Arno Breker, el artista austrogermano y el alemán, los «oficiales» de los nazis, eran escultores especializados en la grandilocuente y siniestra iconografía aria, que se consideraba en las antípodas del arte «degenerado», sobre todo el «judío».
- 128 **Hélène Smith... glosolálica canalizadora de un extraño Marte imaginado:** Los surrealistas describieron a la médium Hélène Smith (seudónimo de Catherine-Elise Muller), el manif por ellos soñado y que invocó la carta de Thibaut, como una musa de la escritura automática. Era en un estado parecido al trance que ella «canalizaba» el garabato espontáneo que llamó la escritura marciana. Así describió las vidas de los extraterrestres, marcianos y «ultramarcianos», extraordinarias figuras

manif que Thibaut también entrevió en la Isla de la Ciudad.

143 la Sociedad de Gévaudan... en un sanatorio de Lozère: Estaba impaciente por que Thibaut me contara más cosas sobre la Sociedad de Gévaudan, que él mencionó, pero de la que sabía poco, y él no parecía muy interesado. De las fuentes de nuestro mundo que yo consulté, aprendí que este extraordinario colectivo estaba en el hospital psiquiátrico Saint-Alban, en la región de Lozère, en el sudeste de Francia. Bajo el experimental liderazgo de Lucien Bonnafé y François Tosquelles, contrarios a la salvaje ideología eugenésica de la Francia de Vichy, se formó en el hospital un grupo de resistencia que comprendía a varios de los médicos, incluso los psiquiatras *avant-garde* (que más tarde se convirtieron en lo que se vendría a llamar el movimiento de la «antipsiquiatría», además de filósofos, de los cuales algunos, como Paul Éluard, habían permanecido cercanos al surrealismo, y los propios pacientes. Parece ser que llevaron una editorial clandestina, colaboraron con otros grupos de resistencia, organizaron suministros de armas, y todo mientras perseguían la «psicoterapia institucional» y la «geopsiquiatría», y fomentaban la integración terapéutica y colaborativa de los pacientes con la población local. Esos hechos son extraordinarios incluso para nuestro tiempo. Pero de todas las historias que no se han contado del mundo de Nueva París son las acciones de la Sociedad de Gévaudan lo que más ansío conocer.

144 Un hombre con un abrigo mira sin ojos desde una cabeza de tablero de ajedrez: El hombre con el rostro de tablero de ajedrez parece ser el manif de una foto de Magritte tomada por Paul Nougé en 1937. Antes de su asesinato filmado, se había rumoreado que caminaba por Nueva París en su voluminoso abrigo, invocando *zugzwangs* y gambitos, convirtiendo las situaciones en sucesos de jugadas de ajedrez.

145 «¡Es el Soldado sin Nombre!»: el Soldado sin Nombre (*der Soldat ohne Namen*) era el personaje de un oficial alemán antinazi a las órdenes del cual el incomparable Claude Cahun y su compañera Suzanne Malherbe intervinieron en la guerra en Jersey. Los dos artistas instigaron una extraordinaria campaña de propaganda entre los alemanes allí estacionados, distribuyendo panfletos y monedas pintadas con eslóganes contra Hitler en los bolsillos de los soldados y a través de las ventanas de los coches. Se decía que el soldado, como manifiesto en Nueva París,

tiraba esas monedas a todo el que lo veía, trayendo, o quizá legitimando, un espíritu de motín y resistencia antibélica, sobre todo entre las fuerzas alemanas. No es de extrañar que fuera uno de los objetivos de las investigaciones de los nazis.

147 **minúsculos cadáveres exquisitos a los que las máquinas han descuartizado para dejar sus distintos componentes:** A juzgar por las descripciones de cadáveres exquisitos con los que se experimentaba, los nazis de Drancy habían capturado especímenes manifestados de obras colaborativas concretas de Man Ray, Miró, Yves Tanguy, Max Morise, Picasso, Cécile y Paul Éluard, y otros.

148 **«Es un autorretrato»... «De Adolf Hitler»:** No hay manera de ver una obra ni de un joven Adolf Hitler de veintiún años libre de sombras. Ni podemos ni debemos tratar de hacerlo. Esa sensación de horror que infecta al espectador de esta desmañada acuarela del futuro Führer resulta algo ineludible. «Un Hitler», leemos en la esquina inferior derecha de la imagen. «1910». Un Hitler, desde luego.

En nuestra cronología, la pintura de la que salió este manif fue encontrada por un sargento mayor de la compañía, Willie McKenna, cuando viajaba con otros miembros por Essen en 1945. Según Thibaut, era desconocida en el mundo de Nueva París. No es debido, por tanto, a ninguna fama particular que Sam y Thibaut fueran capaces de saber lo que era el manif, de reconocerlo.

He llegado a pensar, creo, que pudieron hacerlo porque es un retrato muy preciso.

Un puente de piedra salva un arroyo. Las aguas están pintadas de un rojo aguado. Quizá pretendía ser el reflejo del amanecer o el atardecer, es casi imposible no ver ese río como un afluente de sangre. Sentada sobre el puente en el punto más alejado de nosotros, desgarrada en una pose infantil, con las piernas colgando sobre el agua, se encuentra una figura vestida con ropas marrones.

El artista ha dibujado una cruz encima, y —ansiosa, patéticamente— ha escrito «A.H.». Eso es todo. Hay una pincelada de ese familiar peinado con raya a un lado, y debajo, nada. Unas dubitativas líneas como barras por cejas, el rostro no tiene rostro. Es virgen de cualquier rasgo.

La acuarela del joven Hitler a manos del joven Hitler no tiene especificidad. Está vacía. La incompetencia la convierte en una pulsión de

muerte que se sueña a sí misma, en carne insulsa.

[2](#) *Sagelands*, en inglés. Más que un creacionismo del autor, se trata de una palabra polisémica que, aparte de aludir a las pinturas de Kay Sage, significa «tierras donde crece la planta aromática de la artemisa». (*N. de la T.*)

Agradecimientos

Por toda la ayuda recibida en este libro, debo mi más profunda gratitud a Mic Cheetham, Julie Crisp, Rupa DasGupta, Maria Dahvana Headley, Simon Kavanagh, Jake Pilikian, Sue Powell, Julien Thuan y Rosie Warren. Le estoy muy agradecido a todo el equipo de Random House, en especial a Dana Blanchette, Keith Clayton, Penelope Haynes, Tom Hoeler, David Moench, Tricia Narwani, Scott Shannon, David G. Stevenson, Annette Szlachta-McGinn, Mark Tavani y Betsy Wilson; y a todo el mundo en Macmillan y Picador, sobre todo a Nick Blake, Robert Clark, Ansa Khan Khattack, Neil Lang, Ravi Mirchandani y Lauren Welch. Por esa infinidad de juegos formativos de lo que aún no sabía que se llamaba cadáver exquisito, deseo expresar mi amor y gratitud a mi hermana, Jemima Miéville, y a la memoria de mi madre, Claudia Lightfoot.